

An abstract painting with a textured, woven appearance. The background is a mix of blue and purple tones. In the upper left, there is a structure resembling a house or a small building with a conical roof, rendered in shades of blue, purple, and yellow. In the lower right, there is a figure that looks like a crucifix or a person on a cross, also rendered in similar colors. The overall style is expressive and somewhat somber.

De  
una  
tierra  
sin  
Santos

Alberto Peralta de Legarreta

**2002 ® Alberto Peralta de Legarreta**

La reproducción de esta obra se permite  
bajo las condiciones establecidas por *Creative Commons*



*Consulta la última página para conocer esta licencia.*

**En portada: *De una tierra sin santos*. Óleo sobre tela 22 X 30 cm. por *Jagale*, Gabriela Beltrán.**

**A *Lilith*, la por siempre primera mujer**

# I

**L**a cosa es que se quemó la iglesia de San Filemón, y con ella todos los demás santos y la gente que estaba adentro rezando el rosario. Ahora Cuetzpaltenco se ha quedado sin protección y sin las mujeres que todos los domingos recogían las limosnas de cada misa. Apenas quedaron piedras y algunas vigas calcinadas, porque la torre se vino abajo justo cuando el fuego se había acabado y comenzábamos a creer que era lo único que iba a quedar en pie. Pero no fue así, aunque de hecho aguantó hasta el último momento, cuando ya todos habíamos dejado los baldes de agua a un lado y nos acercábamos llenos de curiosidad al montón de tabiques renegridos de los que salía un olor asqueroso, como de brea mezclado con cuero quemado. Entonces oímos una especie de rechinado, algo crujió, y la parte baja de la torre empezó a desmoronarse, rompiéndose justo en su base. Y qué bueno, porque gracias a eso no se derrumbó en pedacitos sepultándonos a todos, sino que se fue inclinando y cayó cuan larga era sobre el empedrado del atrio, donde sólo alcanzó a matar a Doña Séforis, una de las ancianas más necias del pueblo. Luego pensé que si la torre del campanario se hubiera desmoronado por completo el daño habría sido más grave, porque ahí cerca andábamos todos los hombres. Además hubiera sido más difícil encontrar aquella ancestral placa

de piedra, que para nuestra sorpresa fue de lo poco que sobrevivió, y que nos hizo saber que la iglesia había sido originalmente construida en honor a San Pánfilo y no a San Filemón, como todos habíamos jurado toda la vida.

Después de recoger la campana, otra de las pocas cosas rescatables del incendio, alguien que había estado moviendo piedras con un palo nos recordó que mucha gente se había muerto allí adentro del templo, haciéndonos notar una cabeza pegajosa que asomaba entre los escombros.

—Es la Lilia— dijo Atanasio, voltéandome a ver como con pena. —Yo mismo la vi entrar a la iglesia con su vestido azul.

—Puede ser— le contesté sin ganas, esforzándome por encontrar los restos de algún otro muerto. Los que estábamos ahí sabíamos que no podría haber tantas personas dentro de la iglesia, en martes y a esas horas de la tarde, pues a los rosarios sólo asistían señoras de esas que creen que si no le rezan diario a alguien se les cae el cielo encima. Claro que también cabía la posibilidad (y después supimos que no estábamos equivocados) de que estuviera allí también alguno de esos niños que aspiran, no por voluntad propia, a ser monaguillos. Pero la mayor parte de los muertos eran mujeres. Poco a poco las fuimos sacando de entre las piedras. Las encontramos a todas juntas, arremolinadas muy cerca de lo que había sido el portón de

la iglesia, que fue de madera gruesa con herrajes y que ahora se veía más bien como la lápida renegrida de una enorme fosa común. En serio eso parecía.

El Padre Estévez se había salvado de milagro. Confiaba plenamente en Doña Inmaculada, quien durante años había sido la voz cantante de los rosarios y las letanías. La pobre mujer nunca se había casado, unos dicen que por honrar el nombre que le había puesto su santa madre, y otros, los más, sabíamos que no lo había hecho por ser tan horrenda. Así era en verdad la mujer encargada de encender los cirios y las veladoras del templo por las tardes, antes de comenzar a recitar los misterios con un rosario de cuentas de vidrio rosa entre los dedos. La vieja era tan santa que ni a la hora de morir causó molestias; a pesar de que de ella sólo quedó un amasijo de huesos porosos, la reconocimos de inmediato porque todavía tenía su rosario en las manos. Pero de lo que sí no se pudo salvar fue de la culpa de haber quemado la iglesia, ya que no faltó quien le reprochara su eterno mal pulso al encender las velas. Varias de sus discípulas salieron de inmediato en su defensa, pero en ese momento la opinión era unánime: Doña Inmaculada se había fabricado sin querer un infierno terreno y su manía de tirar los cerillos “apagados” al suelo de la iglesia la inculpaba sin duda.

Así las cosas, el saldo del incendio de la iglesia fue de siete difuntos adultos y un niño. El Padre Estévez les

echó una bendición final y rogó a Don Eneas, quien es el Presidente Municipal de Cuetzpaltanango de Meléndez, que en vista de las circunstancias dispensara de la autopsia de ley a los difuntos y los entregara cuanto antes a sus familiares. Don Eneas ni siquiera lo pensó; dio órdenes para que los deudos pudieran hacerse cargo de sus muertos y declaró a voz en pecho día de luto oficial, al tiempo que prometía una investigación a fondo para esclarecer el siniestro. No bien acabó su alentador discurso, Don Eneas se volvió hacia el Padre Estévez, quien miraba en silencio los restos de su iglesia, y le tomó la mano para besársela mientras le pedía su bendición. El padre, sin voltear siquiera a verlo, trazó un indescifrable garabato en el aire mientras murmuraba con voz distraída alguna fórmula tranquilizadora. Después de esto Don Eneas se encasquetó el sombrero y se fue directamente al palacio municipal. Poco después, cuando ya me iba, vi que en el atrio, cubierto con un sarape donado sin duda por alguna alma piadosa, quedaba solamente el cuerpo de Lilia. Nadie lo había reclamado, y ya ni los niños, a cuya curiosidad se debía que la hubieran cubierto, se mostraban interesados en ella. Me acomodé el sombrero, porque comenzaba a correr el viento del atardecer, y salí caminando por debajo del arco labrado hacia la calle. Volteé nada más porque me pareció oír voces en el aire, en una de las ráfagas que levantaban las hojas del piso. No

escuché mal. Atanasio y el Padre Estévez venían corriendo detrás de mí y gritaban mi nombre. Todavía crucé la calle y los esperé en la esquina de enfrente. Lo primero que pensé al verlos agitando sus manos hacia mí era que querían que les ayudara a levantar los escombros y a recoger cosas que todavía pudieran servir para algo, pero para mi desgracia no era así.

—Félix— dijo el Padre Estévez resoplando por el esfuerzo  
—¿A dónde crees que vas?

—A mi casa, Padre. O a una cantina si me la encuentro primero.

—¡Cómo! ¿y vas a dejarla ahí, tendida, como si nada?

—¿A quién, Padre?— contesté, tratando de parecer intrigado.

—Pues a la Lilia— intervino mi amigo Atanasio.

—Sí hijo, a Lilia.

Debo haberme quedado mirándolos de un modo muy extraño, porque los dos volteaban a verse, azorados y con cara de no entender lo que pasaba. Yo quería carcajearme y apenas logré contenerme. Como pude, volví a poner un gesto serio y les dije en tono que pareció de franca reclamación:

—¿Y yo por qué demonios habría de levantarla?

Los dos volvieron a mirarse incrédulamente y llenos de indignación.

—Hijo— dijo el Padre, conciliador —Todos sabemos que tú eres aquí el único que tienes algo que ver con Lilia.

—Tuve, Padre, que es diferente. Ahora tiene a su marido, que venga él por ella.

—¡Apenas puedo creerlo de ti, Félix! — dijo Atanasio dejando estallar su ira —¡Eres un desgraciado!

El padre se recompuso y volvió a dirigirse a mí en aquel tono eclesial, tan cristiano, concienzudamente aprendido, falso y culpabilizante, que desde hace años me pone los nervios de punta:

—Félix, hijo, ten un poco de misericordia. Sabes que su marido hace tiempo que la dejó. Hazlo aunque sea por el recuerdo de los tiempos que pasaron juntos...

—Nada tengo que ver con ella— repliqué, dándome la vuelta. Alcancé entonces a escuchar cómo Atanasio, mi mejor amigo, me dirigía un sonoro “Maldito” mientras el padre se lanzaba tras de mí levantándose la sotana.

—Hazlo entonces para evitar la vergüenza— me dijo. Tan novedoso argumento hizo que me detuviera en seco.

—¿Vergüenza de qué, si se puede saber?— contesté, ya perdida la paciencia.

—Todos sabemos bien lo que hubo entre Lilia y tú, Félix. Y ahora la dejas sola, tirada y pudriéndose, cuando tú eres el único con derecho, y hasta quizás obligación, de darle sagrada sepultura. Pero bien se ve que prefieres eludir tu deber cristiano. La gente no te lo perdonará. Espero que

Dios...(y aquí miró al cielo abriendo los brazos) ...espero que Dios sí pueda.

Era el colmo. Siempre creí que no habría chantaje capaz de doblegarme. Y debo decir que aquél tampoco lo logró. Si llevé a Lilia, o lo que quedaba de ella, a su velorio y después a que la enterraran, fue sólo para quitarme de encima al Padre Estévez y su estúpida cantaleta. Porque la cosa es que yo a Lilia la quise mucho, la amé; pero sólo yo sé que hice también hasta lo imposible para deshacerme finalmente de lo que quedaba en mí de su recuerdo.

## II

**E**l día siguiente amaneció en Cuetzpalténango sobre calles brumosas y desiertas. Nadie, excepto dos o tres bultos embozados de camino al mercado, había salido de su casa. Caminé por en medio de la alameda con la vista clavada en los adoquines, tratando de recordar si cuando yo era chico ya existían o si en aquel entonces las veredas eran sólo de tierra apisonada, pero no pude. Creo que no hay niño al que le importen realmente esas cosas. Al salir del parque vi que en la puerta de la Quinta La Sonora había algunas camionetas de la municipalidad, ésas que uno nunca ve todas juntas, y que los hombres que las habían traído usaban para platicar recargados en ellas. La Sonora es la propiedad más grande y rica del pueblo. Pertenece a la familia Olivares desde tiempos en que era una próspera hacienda, y la habían conservado milagrosamente a pesar de la Revolución. Lo que sí es que había perdido muchas tierras durante la Reforma Agraria, pero no las más productivas, que están al margen del Río Cipacapan. A los Olivares poco pareció importarles esta pérdida, porque pronto se dieron cuenta que los pobres diablos a los que les habían repartido sus tierras no eran nadie sin su ayuda. Así es que nada más pasaron de ser dueños a ser explotadores, pues a cambio de un razonable

porcentaje de las cosechas, proporcionaban a los campesinos agua del torrente del río. Esta familia, muy cristiana, eso que ni qué, fue la que vio nacer a Don Eneas Olivares, el individuo más importante del pueblo y sus alrededores.

Don Eneas salió a reunirse con los hombres de las camionetas un momento después. Todos se acercaron a él con los sombreros en las manos, y él parecía quererlos poner en orden para explicarles algo. Mientras tanto, yo crucé la calle y me acerqué al grupo como quien no quiere la cosa.

—Tú te me vas para la capital y entregas esta carta lo antes posible— dijo Don Eneas a uno de los hombres, alargándole la mano con un sobre blanco en el que vi impreso el escudo del municipio.

Me acerqué un poco más.

—Buenos días, Don Eneas— saludé, sonriente.

—Buenas, Félix. Ya me contaron lo de Lilia. Bien hecho. Las buenas obras son siempre bien pagadas.

—Nada, nada— repliqué tratando de restarle importancia a algo que yo había hecho con evidente mala gana —¿A qué se debe la reunión tan temprano, si se puede saber?

—Ahorita te cuento— dijo, y se dio la vuelta para dar más instrucciones a sus empleados. A todos los mandó a alguna parte, a unos con cartas, a otros sólo con un recado o algún encargo. Los hombres se subieron a las camionetas y

pronto se perdieron en las calles empedradas, de las que apenas comenzaba a levantarse la neblina.

—¿No has desayunado, verdad Félix?— inquirió Don Eneas poniendo su mano en mi hombro e invitándome a pasar a La Sonora con la seguridad de que yo contestaría “No, Don, todavía no”. El viejo sabía lo que decía. Salí de mi casa esa mañana después de haber dormido nada o casi nada, raro en mí, que suelo echarme la noche de un tirón.

—No, Don, todavía no.

—Adelante pues, estás en tu casa.

Era realmente extraño. Desde luego a Don Eneas lo conozco desde hace mucho tiempo. Él es mucho mayor que yo y nunca habíamos sido grandes amigos, así como para que de pronto me invitara de desayunar en su Quinta. Por eso supe que algo se traía conmigo.

En el camino hacia la casa, que está al otro lado de un jardín enorme, apenas y hablamos algunas cosas. La Hacienda era más grande de lo que siempre imaginé. Al fondo, la casa impresionante y pintada de blanco, limpiísima y con un techo de tejas rojo e impecable, como si lo lavaran a diario. A un lado se levantaba la troje, que es más nueva que los demás edificios porque antes no se almacenaba tanto grano, y del otro lado la capilla, con su cúpula de azulejos y todo. Había mucha gente trabajando ahí dentro, entre jardineros y muchachas que llevaban cargando sábanas y ropa para lavar.

—Parece que la gente en el pueblo no se despertó hoy— comenté tímidamente.

—No sabes, a los pobres les faltan las campanadas de la misa de seis para saber que es hora de levantarse— dijo el munícipe con un cierto dejo de nostalgia —Esta gente se va a morir sin su iglesia y sin sus santitos.

Llegamos al comedor. Nunca noté que Don Eneas había hecho una seña para que pusieran mi lugar en la gigantesca mesa de madera, y acababan de hacerlo cuando nos sentamos.

—La verdad es que tengo algo que pedirte, Félix— murmuró él apenas le sirvieron los huevos rancheros con frijoles y totopos —Es un asunto delicado, ya sabrás. Necesitaba a alguien de confianza, y apenas te vi en la calle me dije “Ah, caray, pues viéndolo bien, ese Félix me viene como anillo al dedo”

Yo sabía que por alguna razón Don Eneas estaba tratando de adularme y que el desayuno era el gancho para evitar que me negara, fuera lo que fuera que quería que hiciera. En el fondo, Don Eneas Olivares no parece un mal hombre. Hace años que es el presidente municipal de Cuetzpaltenango, y la verdad es que, aunque no con mucha rapidez, ha hecho algunas cosas por el pueblo y por la gente. Fue él quien se ocupó de remozar la plaza y mandó empedrar el centro, pintó los edificios, las “joyas coloniales” como él les llama, y mandó colar el

monumento a Heriberto Meléndez, héroe e hijo predilecto del pueblo. El hombre no me caía mal a pesar de que su riqueza y sus propiedades habían aumentado considerablemente desde su llegada al cargo de Munícipe. Además, como ya lo dije antes, era muy cristiano y prudente. Nunca se le había podido probar algún escándalo. Su esposa, la señora Tricia, murió hace algunos años de no sé qué complicación tras un resbalón en el pódium de la ceremonia inaugural de la guardería. A Doña Tricia siempre le gustaron los niños, pero nunca tuvo uno por más médicos que consultó. Esto se sabe gracias a la indiscreción de otra difunta, Brígida, quien fue su dama de compañía hasta que decidió retirarse a los ochenta y cinco años y murió al día siguiente de tristeza. Al quedar solo, Don Eneas se dedicó a hacer lo que nunca pudo con su esposa, es decir, hijos. Pero el luto y la seriedad nunca los perdió. Lo de los niños lo saben todos en Cuetzpaltenango, porque las madres solteras se cansaron un día de guardar silencio y decidieron exigirle a Don Eneas algo de lo que por derecho les correspondía a ellas y a sus hijos. Claro está que nunca consiguieron sacarle ni un céntimo, y menos hoy que nadie les quiere creer ni una palabra, porque “ni siendo Dios padre”, dicen los demás, hubiera podido aquel hombre engendrar tantos hijos. Aunque por cierta casualidad esos niños estuvieran todos igualitos a él.

—Te quiero platicar un detalle curioso de lo que pasó ayer en la iglesia— continuó el hombre, acercando su cara a mi oído, de modo que pudiera yo escuchar su tono de secreto confundido con la masticación de una yema tierna con pan.

—Usted dirá, Don Eneas— contesté, fingiendo curiosidad y bajando también la voz.

El munícipe masticó otro poco todavía, puso más sal en sus huevos y volteó a su alrededor para confirmar lo que yo ya sabía: que estábamos solos en el comedor. Entonces se puso serio de verdad.

—Este asunto de la Iglesia quemada está muy extraño— dijo, trezándose el bigote y moviendo de un lado a otro sus ojos vivarachos.

—¿Extraño?

—De lo más raro, Don Félix.

Me enderecé en mi asiento, me aclaré la garganta y me limpié la boca con la servilleta que traía metida en el cuello de la camisa para darle a entender que me sentía halagado por mi nuevo nombramiento de “Don”.

—No me va usted a decir, estimado Don Félix, que no había notado las extrañas circunstancias que rodearon la muerte de esas personas y que causaron la pérdida de tan querido e invaluable inmueble...

Lo miré admirado, invitándolo a que me contara lo que había descubierto.

—Ahí donde lo ve, a esa gente la mataron. No puede estar más claro.

—Con todo respeto, Don Eneas, lo de ayer fue un lamentable accidente. ¿Qué le hace pensar lo contrario?

—Que no salieron— dijo, terminante y alzando las cejas —  
Cómo la ve.

Hubo un silencio largo. Me quedé sin palabras. Era algo que no me había pasado por la cabeza. Don Eneas sacó de la bolsa de su camisa un habano largo y grueso, arrancó la punta con los dientes y lo encendió con un cerillo.

—Como sabes— siguió —he prometido hacerme cargo yo mismo de las averiguaciones. Ya dispuse todo en Cuetzpaltenango y he pedido también la intervención de peritos y autoridades de la capital. Porque lo que es a mí, nadie me saca la idea de que esa gente se habría salvado si hubiera podido salir de la iglesia.

Esta idea tan coherente fue la causa de todo lo que sucedió en el pueblo los días que siguieron. Por mi parte, ya de camino a las ruinas de la iglesia, me di cuenta de que evidentemente iba a tener que esperar algunos días para saber de qué se trataba el favor que le iba a hacer al bueno de Don Eneas.

### III

No era tanto que la iglesia se hubiera quemado y caído; para hacer una misa cualquier mesa estaba buena para altar, las velas las vendían en cualquier lado y el Padre Estévez estaba vivo. La verdadera preocupación del pueblo después de la tragedia era que Cuetzpaltenango se hubiera quedado sin santos. Todo pueblo que se diga decente debe contar, como es sabido, con un santo protector. Pero está visto que es necesario nombrar uno con fuerza y poder reconocidos; uno, o una, que realmente sea capaz de cargar con todas las penalidades de los fieles y tenga una comunicación eficiente con el Señor. No importa que ese santo sea repetido, como San Pedro, Santa Marta o San Antonio. Esos sí que deben ser buenos patronos, por eso son tan requeridos. A ellos sí se les pueden hacer buenas festividades, son santos comprometidos que cumplen con sus obligaciones, que responden a las peticiones y están a la derecha de Dios. Se merecen, comentan los vecinos, un templo grande y una imagen con manto de terciopelo y cabello natural, como esas que venden en los pasajes de Catedral en la capital, que parecen estar vivas con sus ojos de vidrio y a las que hasta dan ganas de pedirles con más fuerza. Porque lo que es ahora, el pueblo se ha quedado desamparado, ahí nada más como quien dice a la buena de

Dios. Se ve en la cara de la gente, que ha comenzado a lamentar la confianza depositada en San Filemón, ese santucho que quién sabe de qué vida y obra se habrá podido jactar y que si no fue capaz ni de cuidarse a si mismo, cómo iba a cuidar a quienes lo habían elevado como protector.

En tiempos pasados, a San Filemón se le hacía su fiesta cada año, para lo cual hace tiempo alguien, sin duda movido por la curiosidad, había comprado un librito del Año Cristiano para ver quién había sido aquel santo desconocido que les habían heredado y en qué fecha se le tenía que hacer su festejo. Hoy todos dicen que en el pecado llevó la penitencia, porque además ese nombre tan feo nadie ha querido ponérselo a ningún niño en el pueblo, y si hubieran sabido que el destino del santo inútil (porque quién sabe también para qué era bueno) era acabar quemado e irreconocible, pues mucho menos. Inquieta, la gente había comenzado a preguntarse quién los iba a cuidar ahora, y no faltó quien en su desesperación propusiera pedir a la Mitra que les hicieran santo al eximio Don Heriberto Meléndez.

De esto fue de lo que se habló en el entierro de las víctimas del incendio, al que no asistí, en parte por haber estado desayunando con Don Eneas, en parte por haber ido después a ver las ruinas de la iglesia y ayudar al Padre Estévez, y mayormente porque me importaba muy poco.

Nunca fui bueno para eso de oír discursos finales ni dar pésames. Atanasio, que fue quien me lo contó todo, me reprochó no haber estado presente y me dijo que cuatro tipos de la funeraria habían tenido que cargar la caja de Lilia hasta su tumba, que por otra parte era nada más un montecito en la tierra con una cruz de palo, y sin flores. Todos estaban muy ocupados con su pena para andarse acordando de ella. Atanasio me dijo que la gente me había estado buscando, ya que les parecía lógico que, si yo había pagado los servicios de Lilia, estuviera presente para darle su último adiós. Lo que nadie sabe es que yo a ella le di su último adiós hace mucho tiempo.

En general, parece que el entierro colectivo no estuvo muy ameno, como suele suceder, ya que sin el padre y sin Doña Inmaculada fueron muy pocos los que se atrevieron a alzar su voz para hacer el recuento de las cualidades de alguna de las muertas, que por otro lado estaban más que probadas y todos conocían. Al que sí le hicieron más escándalo fue al niño Juliancito, tan tierno, tan joven y lleno de energía. Fue como una afrenta el ver truncada una vida tan corta y prometedora, porque claramente, decían sus deudos, se veía que Dios lo iba a llamar a su servicio. Nada más faltaba haberlo visto junto al altar en todas las misas, vestido de monaguillo con su trajecito largo de fondo rojo y su pechera de encaje blanco ayudando al Padre Estévez a sostener las escrituras y

pasándole el agua para el lavatorio. Qué bueno que se murió también, dijeron algunos, porque hubiera sido injusto verlo desamparado sin su madre, probablemente viviendo de la caridad. Porque padre nunca tuvo; bueno, sí, pero no se ve que haya sido nada religioso ni que haya querido mucho a su esposa Irene, quien nunca dejó de sufrir por su causa. Antes de que él se fuera para siempre, dejándolos a los dos desamparados, ella solía sacarlo de la cárcel sólo para verlo emborracharse otra vez. Irene hizo todo lo que estuvo en sus manos para que a Juliancito no le faltara lo necesario. Dicen que le puso ese nombre porque hubiera querido que fuera igual a ese otro Juliancito de las películas, un niño que era feo y pésimo actor, pero que hacía cosas buenas y se la pasaba viendo cómo le ayudaba a su mamacita.

En la iglesia el Padre Estévez estaba removiendo escombros. Cuando llegué a ver en qué podía ayudarle noté que había concentrado sus esfuerzos en la parte del fondo del edificio, donde suponía que estaba el altar. Se había quitado la sotana y estaba en mangas de camisa, usando un pantalón de mezclilla con valencianas tan acampanadas que probablemente era una reliquia de cuando comenzó a ir al seminario, hace casi veinticinco años. Parecía carbonero. Su rostro apenas reconocible era como una mancha que a mí se me hizo como las que hacen los niños en sus cuadernos cuando aprenden a escribir y

luego tienen que borrar con una goma empedernida. El Padre andaba acarreando pedazos de mampostería en los que todavía se notaba el aplanado centenario. Allí fue cuando nos dimos cuenta de lo viejo que era el templo de San Filemón y cuántas veces lo habían remodelado, porque con un poco de paciencia y verdadera curiosidad, uno era capaz de desprender, una de otra, las distintas capas de yeso para descubrir los motivos y colores con que habían estado cubiertas. Había rombos, grecas y flores en colores que iban del negro al marrón. Lo irónico es que en ese momento pudimos imaginar cómo había sido la iglesia trescientos años atrás, pero de la última restauración, realizada gracias al trabajo comunitario y a una colecta que organizó el párroco anterior, el Padre Camargo, no quedaba nada. Todo estaba tan calcinado que era como si de pronto el Papa se hubiera muerto y en un arranque de solidaridad fanática frente al luto, la gente hubiera decidido pintar para siempre el templo de negro.

Hallamos el altar dos días más tarde. En realidad estaba bastante bien conservado, si tomamos en cuenta que sobre él se había desplomado la cúpula que ni siquiera los cuatro evangelistas habían podido sostener, cada uno pintado en su pilar con su animalito, su libro y su pluma de pato. Sin embargo, al Padre lo que le interesaba encontrar era el sagrario. En el templo de San Filemón este pequeño hueco que en todas las iglesias está en la pared detrás del

altar, cubierto por una cortina y una puerta chapeada en oro, había sido en realidad una especie de caja fuerte hecha de madera y oro macizo que se sostenía en pie gracias a cuatro patas de plata. Fue un objeto realmente hermoso y antiguo. Pero tampoco era la belleza del objeto lo que el Padre Estévez quería rescatar buscando con tanta obstinación. Era, me explicó, el lugar donde estaba Dios. Recordé entonces el cuento del Arca de la Alianza, además de que me vinieron a la memoria pasajes de mi niñez, cuando veía al Padre Camargo hacer la elevación de una ostia grandísima, que luego partía sonoramente en cuatro pedazos y masticaba desinhibidamente para después pasársela con tragos de vino. Precisamente ahí era cuando me preguntaba si uno tenía que llegar a ser Padre para adquirir el derecho de masticar la sagrada forma, porque el mismo Padre Camargo, en la doctrina y la preparación para la primera comunión, nos daba de varazos si masticábamos las ostias sin consagrar con que ensayábamos tan trascendente momento de nuestras vidas. Pero a lo que iba es a la curiosidad que siempre me dio el lugar de donde el Padre sacaba el copón lleno de ostias. Yo observaba con detenimiento el ritual, que comenzaba cuando el Padre se hincaba frente a la cajita dorada y seguía con la extracción disimulada de una llavecita que él traía colgada del cuello bajo la sotana y el manto. Luego, una vez abierta y siempre tras la cortinita

blanca, sus manos se perdían en el interior de la caja para volver a la luz con un copón lleno de cosas blancas. Lo misterioso, además de saber que allí adentro estaba Dios con quién sabe que otras cosas, es que alguna maravilla debía pasar allí dentro, porque la copa estaba siempre llena.

Cuando al fin dimos con el sagrario el Padre Estévez hizo una mueca de desilusión. Estaba totalmente destruído. Le habían caído encima varios bloques de piedra, pero lo que lo había dejado prácticamente irreconocible había sido el fuego previo. El oro y la plata fueron fundidos por el terrible calor y habían escurrido por la pared hasta formar un charco en el piso. De los copones poco o nada había quedado, pero el Padre Estévez logró aún rescatar dos o tres medias obleas chamuscadas milagrosamente conservadas, y con una reverencia que me conmovió, las guardó en una cajita redonda y plateada que traía colgada al cuello con una cadena. Allí mismo vi de nuevo la llavecita que nunca más habría de abrir o cerrar el lugar donde estaba Dios.

En esto estábamos cuando oímos el motor de varios coches. De ellos bajaron unos hombres que nunca habíamos visto, que no usaban sombrero y que definitivamente no eran de la región. Atrás de ellos, en actitud solemne, venía Don Eneas.

—Les voy a suplicar, señores— dijo uno de los desconocidos acercándose sobre los escombros y señalándonos con un dedo —que no toquen nada y se vayan a sus casas. Este lugar queda sujeto a investigación.

El Padre y yo volteamos a vernos sorprendidos, tratando de comprender. Don Eneas se acercó también y, visiblemente apenado, besó la mano del Padre Estévez mientras le decía:

—Tendrá que perdonar las molestias y hacer lo que estos hombres le dicen, Padre. Usted sabe que es por el bien de Cuetzpalténango de Meléndez.

Y dándose la vuelta, el Presidente Municipal se alejó de nosotros limpiándose el sudor de la frente y la boca ennegrecida con un pañuelo admirablemente blanco.

## IV

**E**l conocido grito de “Andrea”, ese casi lamento al que la gente se había ya acostumbrado con los años, inundaba el aire de la Plaza y el Atrio, a un lado de las ruinas de la iglesia. Resultaba reconfortante ver a la multitud congregada como otros días, como si hubiera comenzado a aceptar la muerte del prójimo. Los días que siguieron al sepelio estuvieron llenos de calma, una quietud resignada y el convencimiento de que no habría que preocuparse por el alma de los muertos recientes, ya que, aseguraban las viejas sobrevivientes, si Dios había dispuesto que ellos entregaran sus almas alabándole en un templo, era porque indudablemente les tenía reservado un lugar en la gloria. Esta vez el duelo, tomado con mayor seriedad y madurez, no se pareció en nada al funeral aquél tan famoso en Cuetzpaltenango, cuando encontraron muerto en su mecedora a ese hombre que pocos podían asegurar haber tratado y que amablemente había dejado una nota con instrucciones para su entierro. En aquella ocasión las exequias, lo recordamos todos, pasaron sin aviso de la tragedia al jolgorio.

Los rosarios de los fieles del incendio, sin embargo, tampoco dejaron de tener un cierto sabor a inocencia, porque quienes los presidieron tuvieron que recurrir en

toda ocasión a la seguridad de los sartales de cuentas y a un librito en el que podían leer sin problemas las letanías. Algunos lamentaron la falta de validez de las oraciones ante la notoria falta de Doña Inmaculada, quien era sin duda la que en el pasado le daba a los rosarios ese ambiente de profesionalismo y experiencia. Pero era precisamente a ella a quien ahora se dedicaban los rezos, y los asistentes, café adulterado en mano, apenas podían ocultar su vergüenza por no saber de memoria el orden de los misterios. El pobre Atanasio bajaba también los ojos al estarme contando toda la escena.

“Andrea”, continuaba diciendo el viento con una necesidad conmovedora en la plaza donde hasta hace poco se levantaba el templo de San Filemón. Las bancas dentro del atrio, sobre las que se pueden leer puritanos rótulos destinados a que las parejas respeten el lugar santo y no lo mancillen con sus faltas a la moral, siguen en su lugar a pesar de formar parte de un paisaje completamente diferente. Sólo quedan para mirar los sauces de la explanada (nunca antes tan verdaderamente llorones), una araucaria, y al fondo ese lugar poco solemne y sucio donde hasta hace cinco días se amarraban los caballos durante la misa.

La gente se había congregado en el atrio. Muchos de ellos estaban ahí sólo por esa inercia dominical que los tiene condicionados a asistir al culto. Pero en realidad no

era sólo eso; el Padre Estévez había logrado colgar la campana de una rama y la había hecho sonar como si nada hubiera sucedido. Ahora mismo estaba celebrando una misa al aire libre, sobre una mesa de palo, y se había hecho un silencio grave al momento de la Elevación. Ahí el grito de “Andrea” resonó con más fuerza entre los asistentes. A Antelmo Iturralde ya nadie volteaba a verlo siquiera. Ya nadie le reprochaba ser tan inoportuno. El hombre pasó por en medio de la gente, a empujones, gritando como si nadie estuviera allí, hasta alcanzar una de las bancas; la misma de todos los días y suya por derecho propio. Al verlo llegar con sus ojos desorbitados, una anciana se puso de inmediato de pie y le cedió el lugar con calma y genuina cortesía:

—Buenos días, Antelmo— le dijo con una sonrisa.

—No ha de tardar Andrea— contestó él con la seguridad que le daba el estar completamente desquiciado. Ya sentado, cruzaba una pierna y abría el periódico viejo y amarillento que traía siempre bajo el brazo —Le digo que ya no ha de tardar. Nos vemos siempre aquí, ¿sabe?— detalló mientras pasaba las hojas del diario y levantaba la ceja fingiendo estar interesado en alguna nota.

—Claro—, contestó la anciana —Sólo tenga usted un poco de paciencia, Antelmo. Ya llegará, como siempre.

—Es que le da por esconderse— afirmó él en tono de disculpa al echarle una mirada a su reloj de bolsillo y

asomarse sobre los hombros de los asistentes a la misa, sin darse cuenta de que ya nadie le ponía atención.

Antelmo es el loco de Cuetzpaltenango. A pesar de que ha pasado por distintas etapas y manías, es un hombre absolutamente inofensivo. Durante un tiempo, hace unos treinta años, le dio por no bañarse ni cambiarse la ropa, y así, convertido en un lastimoso harapiento, recorría a diario los pasillos del mercado arrastrando un raído costal y recogiendo cuanta porquería encontraba a su paso. La gente ya no sabía qué temer más, si la presencia del mugroso frente a su establecimiento o la de su costal, que a fuerza de contener basura y hasta animales muertos, apestaba terriblemente. Cada locatario del mercado tenía asignado un día al mes en el que le daba de comer al “Pelos de estambre”, como habían dado en llamar a Antelmo, para tratar de evitar que entrara al mercado y recogiera más tiliches. Pero él de todos modos entraba, y siempre que se agachaba por alguna cosa, decía con una seguridad contagiosa: “Es que todo sirve para algo”.

Cuentan que un día cualquiera el vigilante no lo encontró más a la entrada del mercado. En cambio, vio a un elegante hombre parado frente a la puerta, quien le preguntó en un tono sobrio e inteligente a qué hora abrían las cortinas de la plaza. El vigilante, que hasta entonces no le había prestado mayor atención, se quedó pasmado. Aquella era la voz de Antelmo, pero no pudo verle por

ningún lado. Le costó mucho trabajo comprender que aquel individuo bien vestido, afeitado, peluqueado y oliendo a flores era el mismísimo loco que él conocía tan bien y que apenas el día anterior era una piltrafa por la que nadie habría dado un centavo. Ahí estaba, totalmente transformado y guapo, haciendo gala de modales más finos de los que nadie hubiera podido imaginar en él. Sin embargo, a pesar de la alegría y extrañeza que Antelmo le causó al guardia, quien durante años lo saludó y le abrió las puertas del mercado, éste no le reconoció. Tampoco reconoció a nadie más en la calle ni se le volvió a ver recogiendo nada del piso, ni siquiera las monedas que los extrañados locatarios tiraban a su paso para tentarlo a recordar su vida pasada. Todo fue inútil, porque para Antelmo, el “Pelos de estambre” estaba muerto y él mismo, hablando del harapiento como si se tratara de alguien más, decía haberle dado la cristiana sepultura que merecía todo ser humano.

Fue por esos días cuando Antelmo, que por cierto nunca fue pobre, conoció a Andrea, la mujer que estaba destinada a ser la dueña de su corazón y el motor de todos sus actos. Hay quienes dicen que no, que la conoció mucho antes y que ella era la causa del cambio tan radical que en él se había operado, pero esta versión de las cosas no estaba apoyada en la realidad sino en una visión romántica con la que la gente buscaba darle mayor interés

al asunto, porque la verdad es que Andrea sólo estuvo en Cuetzpaltenango unos cuantos días. Dicen que vino a hacer un reportaje del pueblo y que pasó fotografiándolo todo con un interés que pocos podían comprender por estar tan acostumbrados a su tierra, a su cielo limpio y a la Cruz del Cerro Gordo, montaña que domina el paisaje y a cuyas faldas corría el Cipacapan, ahí donde las tierras de Don Eneas y su familia comenzaban y parecían no terminar nunca.

Andrea también había pedido al Padre Camargo que la dejara consultar el archivo eclesial de la parroquia de San Filemón, pues consideraba que en él podría encontrar datos para enriquecer la investigación para su artículo. El padre no pudo negarse ante la amabilidad de la petición y la belleza de Andrea, pero se mantuvo cerca de ella, vigilando celosamente sus movimientos, como temiendo que un descuido suyo pudiera ser aprovechado para sustraer algún documento de importancia. Y más valía que así hubiera sido, porque con el incendio de la iglesia todos esos papeles, algunos centenarios y prácticamente insustituibles, se quemaron dejando un terrible hueco en la historia de Cuetzpaltenango, que además de quedarse sin santos ni santuario, se quedó de un día para otro lleno de gente asustada que nunca más pudo demostrar que había recibido el bautismo y que, por tanto, había sido hijo de Dios alguna vez.

Fue en el mercado donde Antelmo conoció a Andrea, durante sus últimos días de estancia en el pueblo, cuando ella casi no iba más que a dormir a la recámara que había rentado en la posada. Pasaba el día consultando a Don Rubén Ontiveros, cronista oficial y único intelectual del que se ha podido enorgullecer Cuetzpalténango, en la casa que él había convertido en biblioteca y centro de investigaciones históricas de la zona. Pero antes de ir a ningún lado, y también a la hora de la comida, Andrea iba al mercado a comprar fruta o a sentarse en alguna de las mesas donde servían comida. Deambulando un día por los pasillos, Antelmo la descubrió y no pudo volver a sacarla de sus pensamientos. “Debo estar loco”, decía a todos con una cordura que causaba espanto. Andrea resaltaba en cualquier lugar del pueblo donde anduviera. Era, ciertamente, bellísima. A mí mismo me parece recordarla como entre sueños, porque yo era un niño entonces, pero no se me ha olvidado lo profundamente claros que tenía los ojos y la brillantez encendida de su cabello. Para Antelmo ella fue una aparición, un ser que había que seguir de cerca para no perderle un solo detalle, ni un solo gesto, ni un parpadeo. Y eso fue lo que hizo. Todos los días, a la misma hora de la mañana, esperaba al pie de la estatua del ilustre Don Heriberto Meléndez a que Andrea saliera de la posada, que está enfrente, para verla aunque fuera fugazmente. Era imposible que Andrea adivinara que

en la mirada de ese pobre hombre, que a ella le pareció siempre tan respetuosa e indefensa, se escondía el más puro amor del que Cuetzpaltenco haya tenido memoria. El de Antelmo es un amor de veneración y silencio, pero Andrea nunca tuvo oportunidad de enterarse de él. Quién sabe si de haberlo sabido hubiera abordado de todos modos el camión que se la llevó para siempre del pueblo, la noche que Antelmo se quedó esperándola junto a la estatua y no volvió a verla jamás. En realidad, parece que a Antelmo esto fue lo que más le hizo bien, pues el hecho de no haberla visto partir le ha permitido pensar, desde hace veintitantos años, que Andrea sigue en Cuetzpaltenco. Y ha sido muy feliz, además. Tan feliz como puede ser alguien que ve a su prometida todos los días y platica con ella durante horas, los dos sentados uno al lado del otro en la banca del parque que Antelmo se ha apropiado. Muchas mujeres del pueblo han confesado su admiración ante el ejemplo de pulcritud, serenidad y buen comportamiento de Antelmo, quien ha pasado los últimos años remozando y limpiando su casa con ahínco y buen gusto para el día solemne en que por fin le pida a Andrea que se case con él.

Creo que nada de lo anterior vendría a cuento si no fuera porque unos meses después, gracias a la publicación del artículo de Andrea en el que describía con lujo de detalle y hasta buenas fotografías los ornamentos de oro

del traje de San Filemón y la corona de la Virgen de Almudena, llegaron unas personas desconocidas y tuvieron la delicadeza de robárselo todo. Y esta añeja anécdota tampoco vendría al caso si no se pareciera tanto a lo que pasó cuando la misa en el atrio terminó y la gente, que había estado absorta en la celebración, se dio cuenta de que otros desconocidos, los mismos que había traído Don Eneas de la capital, estaban terminando de acordonar las ruinas del incendio para comenzar al día siguiente los trabajos de peritaje. La multitud ahí congregada, igual que hace años después del robo al templo cuando los infames policías trataron de explicar la profanación como consecuencia de la negligencia y el descuido del bienamado Padre Camargo, no hizo esperar sus manifestaciones de descontento. ¿Qué tenían que hacer unos extraños, a todas luces desprovistos de alguna autoridad, evitándoles el paso al lugar más sagrado de Cuetzpaltenango? Los menos impulsivos, pero no menos indignados, calmaron los ánimos de la turba, formaron un pequeño grupo y se acercaron a los transgresores en busca de una explicación.

—Disculpen— dijo el autoproclamado portavoz del pueblo, Don Isidoro Mena, con voz fingidamente cordial —¿Se puede saber que es lo que pretenden hacer aquí?

—No, no se puede— ladró el interrogado, encajándose unos lentes oscuros como de judicial y sacudiéndose el hollín de su traje brillante de tan planchado.

—¿Cómo que no?— replicó Don Isidoro, perdidas instantáneamente la calma y la amabilidad —¿A quién se debe este atropello?

—A mí no me pregunte— dijo el judicial gruñendo con un gesto amenazante —Si quiere saber qué pasa, pregúntele a mis superiores, porque lo que es nosotros nada más cumplimos órdenes. Y ya de paso, cuando lo averigüe, viene y me explica qué diablos hago yo en este pueblo bicicletero de mierda...

Lo que pasó después es lo que más se parece a cuando hace años se metieron los ladrones en el templo, porque la gente, al notar la poca amabilidad con que los intrusos respondían a sus razonables dudas, y en un impulso colectivo que parece ser en Cuetzpalténango la respuesta inmemorial frente a las injusticias, comenzó a apedrearlos. Don Eneas, que de pronto salió de la multitud para calmar los ánimos, también se llevó lo suyo, porque en la refriega y en medio de la confusión cayó descalabrado sin decir palabra antes de que el Padre Estévez detuviera la lapidación con imprecaciones que nunca nadie antes le había oído y varias citas bíblicas que abogaban por la no violencia.

—¡Por Dios!— gritaba —¡Acabamos de darnos la Paz!

Los ánimos apenas comenzaban a sosegar cuando un estropeado Don Eneas tomó la palabra, se puso el sombrero sobre el pañuelo sanguinolento que ahora le adornaba la parte alta de la frente, separó las piernas para lograr mejor apoyo y encendió su puro para hacer otra de sus expresivas arengas a los participantes de la barahúnda. —Estimados amigos— gritó, haciendo con sus manos un ademán que pretendía infundir la calma.

“Habiéndonos reunido hoy día, aún transidos con el terrible dolor que embarga algunos hogares cuetzpaltenanquenses, y que con toda certeza puedo asegurar que empaña los corazones de todos nosotros, me es indispensable hacer de su conocimiento las decisiones que el Hache Ayuntamiento, del que funjo como legítimo representante, ha debido tomar frente a los terribles acontecimientos que opacaron la tranquilidad de nuestro pueblo en días pasados.

“Comprometido como siempre con mi deber inalienable de buscar la plena observancia de la ley para afianzar el bienestar social de Cuetzpalténango, y ante la imposibilidad y falta de recursos en nuestro pueblo para el esclarecimiento del siniestro que se cernió sobre nuestro más apreciable patrimonio arquitectónico y cultural, me he tomado la libertad de hacer una petición a las autoridades capitalinas, mismas que han tenido a bien enviar funcionarios con los conocimientos necesarios para

hacer un peritaje y ofrecernos una investigación clara e imparcial acerca de las causas de tan fatal conflagración. Porque es necesario decir, estimados conciudadanos, que existen fundadas razones para creer que el fuego, que cegó inmisericorde la vida de tantos seres inocentes... (Don Eneas hizo aquí una bien estudiada pausa de suspenso) Fue intencionado.

La gente se unió entonces en una exclamación de alarma y reprobación ante tan inesperada posibilidad. En un momento, el azoro frente a las palabras del munícipe pasó de murmullo a griterío, que Don Eneas supo aplacar nuevamente con un movimiento de sus manos.

—Es por ello— continuó —que los conmino a cumplir con su deber ciudadano de guardar la paz y a que respeten la integridad física de los peritos, quienes sólo buscan la verdad y a los que espero auxilién irrestrictamente en los posibles obstáculos que se les puedan presentar durante su trascendente labor.

En ese momento señalaba con un dedo y llamaba con la otra mano a los dos hombres que la chusma había apedreado, y que apenas se atrevían a sacar las caras de atrás de los escombros que habían utilizado como trinchera. Don Eneas parecía además estar buscando desde hacía un rato algo o a alguien con la mirada. Cuando vi que a quien buscaba era a mí, cosa que me hizo saber fijando sus ojos en los míos y sonriéndome con el puro

entre los dientes, me sentí inquieto. Supe que había llegado el momento de hacerle el favor que había amenazado pedirme el día que me invitó a desayunar, y supe también que había decidido pedírmelo en el único lugar del pueblo donde no podría negarme. A una señal suya, fui a reunirme con él frente a la multitud, caminando con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos del pantalón. Don Eneas me pasó el brazo sobre el hombro con una enorme sonrisa de satisfacción.

—Usted nomás aguante callado, Don Félix— me dijo entre dientes. Después siguió, ya recobrada su potente voz:

—Del mismo modo, les hago a ustedes partícipes del nombramiento de Supervisor de la Investigación a que se ha hecho merecedor Don Félix Perales, aquí presente, y que gozará de toda mi confianza y apoyo incondicional.

Yo no sabía ni dónde meterme. Ni quería saber nada del incendio ni tenía idea de los deberes de un supervisor de investigación. Después sabría que no era más que el que observaba los trabajos de los peritos y luego iba con el chisme con Don Eneas, labor que sólo un cuetzpaltenanquense hubiera podido desempeñar a la perfección. Me sentí utilizado, pero el dinero que seguramente me ofrecerían en el Ayuntamiento me hizo olvidar lo insignificante de mi labor, y decidí mejor callarme la boca.

La gente, más tranquila, comenzó a abandonar el atrio entre comentarios acerca del incendio, el partido de futbol que transmitirían por la tarde, y lo bien que hablaba Don Eneas, pero yo alcancé a ver que Don Isidoro Mena regresaba apenado y se dirigía hacia los maltrecho peritos, que habían salido ya de su escondrijo.

—Ustedes sabrán perdonar los piedradazos— les dijo, legítimamente contrito —De haber sabido que eran ustedes gente importante...

## V

**D**ebo decir que la presencia de los funcionarios estuvo muy lejos de traer la tranquilidad que Don Eneas anhelaba. La gente los miraba con recelo, y cuando alguien se topaba con ellos en la calle mejor se bajaba de la banqueta moviendo la cabeza con desprecio. Y aunque en Cuetzpalténango era poco común ver fuereños (de hecho no había otros en el pueblo) a éstos les fue imposible encontrar dónde alojarse, pues se enteraron de que “el cupo estaba completo y no quedaba una sola habitación”. Claro que esto era una mentira piadosa que Don Augusto, el dueño de la posada, tuvo a bien contarles a estos pobres hombres, pues “Si de plano los va uno a tratar mal, decía convencido, para qué les abre uno las puertas de su casa”. Asimismo, por una extraña coincidencia, en el mercado las comidas habían de pronto subido de precio. Al menos cuando los peritos llegaban a comer.

El cabecilla del grupo de investigación era un hombre blanco y chaparro que respondía al nombre de Edmundo Santisteban. Su rostro, completamente afeitado y sonrosado por los duros calores de aquellos días en Cuetzpalténango, siempre estaba sudoroso; las gotas que le caían de la frente y los cachetes formaban intensas manchas sobre el cuello de su camisa blanca que a veces se

juntaban con las de los sobacos. Desde el primer momento nos dio a todos la impresión de ser inteligente a pesar de que su cara era prácticamente la de un niño, además de que los feroces agentes judiciales que estaban bajo su mando le tenían un inexplicable respeto que rayaba en el temor. Uno tenía que poner a trabajar realmente la imaginación para tratar de ver enojado al gordito Santisteban, porque en realidad nadie hubiera pensado que fuera capaz de dar una palmada siquiera.

La labor de supervisor que me había encomendado la municipalidad era de lo más relajada. De pronto tenía yo que ayudar en algunas cosas a los judiciales, como remover piedras de las ruinas o informarle al gordito Santisteban dónde habíamos encontrado los cuerpos de los muertos en el incendio, así como otros detalles que se habían perdido o cambiado de lugar durante nuestras ingenuas intervenciones de rescate.

—¿Cómo diablos voy a sacar algo en claro de este lugar— decía agobiado Edmundo Santisteban, hablando consigo mismo —si ya no queda nada como estaba originalmente?

Pero la mayor parte del tiempo me la pasé sentado en el muro de las lagartijas con Atanasio, que parecía haberme perdonado lo del entierro de Lilia. Este muro es en realidad una parte de la muralla que, según cuentan, rodeaba por completo la iglesia de San Filemón, y mucho antes, la pirámide que había debajo. Ahora ya no quedan

más que piedras pelonas, pero si atendemos al imprescindible libro de la *Gesta Heroica de Cuetzpaltenango*, escrito por el ilustre Don Rubén Ontiveros y texto obligatorio en la primaria del pueblo, hace todavía unos años se podían ver en él restos del aplanado original con figuras pintadas que ilustraban “una procesión de lagartijas y símbolos del agua”. Así es que el muro se llamaba así no porque en realidad siempre hubiera viejas chismosas y lagartijas asoleándose sobre sus piedras, sino por unos garabatos arcaicos que ya nadie era capaz de adivinar en él.

Pero como digo, ahora los que nos asoleábamos ahí éramos Atanasio y yo, que vimos durante algunos días los trabajos mientras tomábamos cervezas y hacíamos crujir los empaques de papas y otras nutritivas frituras.

Atanasio me dijo un día:

—Yo me imagino que tú te acuerdas bien de cuando éramos unos chamacos, ¿no?

—Mjú— respondí, asintiendo con la cabeza mientras le daba un largo trago a una cerveza sudada que los judiciales hubieran deseado siquiera tocar.

—Bueno— continuó —pues a ver si ya por fin me dices lo que andaba haciendo el Padre Camargo con Doña Inmaculada allá junto al río, el Año del Gato Colgado, cuando los vimos a los dos juntos desde las piedras y estabas tan impresionado que no me dejaste ver nada y hasta nos peleamos.

Atanasio estaba tocando, sin duda todavía algo resentido a pesar de tantos años, un asunto que por ser tan penoso había yo perdido la esperanza de que alguien me lo creyera en Cuetzpalténango. Había dejado que el tiempo pasara y casi lo había olvidado, pero veo que aún tengo muy vivas aquellas imágenes. El caso es que, en contra de lo que pensaba toda la gente en el pueblo, Doña Inmaculada tenía en realidad varias manchas que lamentar en su haber. No era, ni mucho menos, la santa que todos admiraban. Lo que sí es que desde sus años mozos había sido siempre horrenda. Me consta. La mañana que recordaba Atanasio los dos andábamos por el monte tirando pitahayas y asustando armadillos con las resorteras. Comenzábamos a caminar desde temprano, cruzábamos el cementerio y luego nos sentábamos en un lugar alto al que le nombran La Atalaya, que dicen que sirvió de puesto de observación durante la Intervención Francesa de 1862, para ver desde ahí los sembradíos verdes y amarillos que cuadriculan el valle abajo. Cuando ya estábamos acalorados y con hambre, volvíamos a bajar para acabar de jugar en la casa en ruinas y tirarnos en el río Cipacapan. Ahí fue donde nos encontramos al Padre Camargo y a Doña Inmaculada, aunque ellos no nos vieron. Fue como un movimiento extraño que percibí fugazmente con el rabillo del ojo mientras bajábamos corriendo por el sendero de piedras al que apodan “el

tumbaburros”. De inmediato pensé que aquello no era un animal, y haciéndole a Atanasio un ademán para que se detuviera y guardara silencio, me subí a una piedra alta y desde allí lo vi todo.

Éramos sólo unos niños. En aquel entonces lo que pensé al ver aquello era que Doña Inmaculada había hecho algo tan malo que ni siquiera la investidura del Padre Camargo o el Sacramento de la Confesión eran capaces de perdonar, porque el padre estaba de rodillas, con los ojos en éxtasis y la sotana recogida al hombro; sus nalgas peludas al aire mantenían un extraño movimiento hacia delante y hacia atrás, casi con el mismo ritmo que tenían las fuertes nalgadas que le daba a Doña Inmaculada, que estaba delante de él, también arrodillada y de espaldas al padre, apoyando sus manos en el suelo. La pobre mujer gritaba desgarradoramente y muy arrepentida.

—Félix, déjame ver— decía Atanasio en voz baja y daba jaloncitos a mi camisa, pero yo le detenía con una mano la cabeza para que no pudiera asomarse, porque lo que yo quería era ver todavía más.

—¡Qué te pasa, déjame ver!— dijo, levantando la voz, forcejeando y enfurecido por mi egoísmo.

—¡Shh!, espérate, caramba.

—¡Nada, qué! ¡Te quitas o te quito!

Y Atanasio me tiró el primer golpe en el estómago. Me sacó el aire, pero tuve fuerzas todavía para contestarle

con una patada, con la cual lo puse sosiego un instante, perdí el equilibrio y le caí encima desde la piedra. En el suelo nos dimos con todo entre gritos y escuchamos también la voz jadeante y horrorizada del Padre Camargo: —¡Eh! ¡Quién anda ahí!

Justo es decir que el Padre nunca pudo volver a ver a los ojos a ningún niño del pueblo. Me imagino que en cada uno de nosotros veía materializarse una amenaza terrible. Quizás fue en parte esa angustia la culpable de que muriera más tarde, el Año que Hirvió el Agua. La gente había comenzado a notarlo cada vez más triste, más sin ganas de salir a la calle para hacer sus visitas, pero yo sabía que lo que en realidad tenía era un miedo avasallador a los niños que jugaban todo el día en la calle. Yo creo que pensaba que un día, el menos esperado, cualquiera de nosotros se le iba a acercar para decirle frente a todos, con seguridad hundiéndole el codo en las costillas a otro niño, algo así como “Eee...éjele, el padre se anda tirando a Doña Inma”, o que un domingo en la misa algún mocoso se iba a levantar a medio sermón para preguntar “Oiga, padre, ¿qué no fornicar es lo que usted le estaba haciendo a Doña Inmaculada allá abajo, en las ruinas junto al río?”. Así que el padre nunca más quiso tener que ver con los niños; dejó de darles catecismo pretextando enfermedades inexistentes, y en el colmo de la histeria hasta dejó de celebrar primeras comuniones. El Año que Hirvió el Agua

será siempre recordado por una gran cantidad de hombres y mujeres resentidos que tuvieron que experimentar la humillación de subirse a un autobús vistiendo un trajecito o un vestido blanco y llevando en sus manos un cirio y un haz de espigas para ir a recibir la eucaristía a Yolonochtla, un pueblo mugriento que siempre ha querido usurpar nuestra supremacía en la producción de pitahayas.

Tal vez sería útil aclarar que en Cuetzpaltenango el tiempo se cuenta de una manera diferente. Nadie recuerda los años por su número, como en cualquier otra parte, sino por sucesos que lo hayan marcado de una manera especial. En realidad a nadie parece importarles recordar tal o cual año ni marcarlo con algún hecho específico, pero cuando se ofrece recordar algo, siempre surge en la memoria algún detalle que todos pueden reconocer. “El Año que Hirvió el Agua” debió en realidad ser llamado “El Año de la Deshonra”, si tomamos en cuenta las infamantes primeras comuniones realizadas en el pueblo rival. Pero no, a alguien le pareció más importante el hecho de que un día, ese año, el agua de los charcos en las calles comenzó a burbujear como si estuviera hirviendo, quién sabe por qué. Los Uribe, por ejemplo, huyeron del pueblo ante esa señal inequívoca, según ellos, del nacimiento de un volcán. Tampoco se llamó “el Año en que se murió de tristeza el Padre”, ya sea porque era un nombre muy largo, o bien

porque todos han de haber querido que ya se muriera para que no siguiera ocasionando vergüenzas al pueblo.

“El Año del Gato Colgado”, que más bien debió haber sido el de “el Padre Fornicando con Inmaculada en el Río”, debe su nombre a que un mal día apareció un gato muerto y destripado colgando de una rama en el atrio de la iglesia de San Filemón. El suceso quedó profundamente grabado en la memoria colectiva, como se ve, más que nada porque nunca se pudo saber quién había desgraciado al pobre animalito. Y eso que cuentan que un tal Cosme, que siempre mostró un odio acendrado por los gatos y la Iglesia, confesó su culpa durante una asamblea, donde inexplicablemente nadie le creyó.

Estábamos todavía hablando de la anécdota del Padre Camargo, que Atanasio escuchó atentamente y con una expresión que dejaba adivinar asco y admiración, cuando vimos que el gordito Santisteban dejaba de escribir sobre su tabla, se limpiaba el sudor con la manga y se dirigía hacia nosotros, visiblemente satisfecho.

—¡Don Félix!— gritó él, alzando la mano.

—Hombre, qué lata, ya tengo que trabajar— expliqué a Atanasio mientras daba un salto para bajarme del muro de las lagartijas —Al rato nos vemos.

Los ojos de Edmundo Santisteban brillaban más de lo acostumbrado y su cara, radiante y redonda, era más que nunca la de un niño que acababa de hacer un gran

descubrimiento. La investigación, me dijo, había concluido por fin a pesar de todos los obstáculos. Yo, incrédulo, me preguntaba qué tantas cosas habría podido hallar él entre los escombros que no hubiéramos visto ya nosotros, pero estaba visto que trabajando a su lado me iba yo a llevar varias sorpresas.

—Mire usted, Don Félix; no le voy a hacer el cuento más largo de lo que es— dijo con expresión muy seria —Don Eneas hizo muy bien en mandarnos llamar, porque en este pueblo hay alguien que debiera estarse pudriendo tras las rejas después de matar a tanta gente, y en vez de eso anda caminando por ahí como si nada.

—No me diga, Detective— le contesté, usando el sobrenombre con el que yo lo llamaba desde hace unos días, algo que hacía en son de burla pero que él tomó siempre como un cumplido.

—La cosa no puede estar más clara— declaró el gordito — nada más que le quiero pedir su total discreción para que no cunda el chisme y vaya a volar nuestro pajarito— Aquí Santisteban hizo un gesto infantil al agitar sus manitas como alas —Yo por mi parte le voy a entregar mi informe completo a Don Eneas mañana mismo.

—Será como usted diga— contesté exageradamente y con un mal hecho saludo militar que él agradeció feliz antes de darse la vuelta para meterse en la tienda de campaña a terminar su informe, seguido de los judiciales.

Quiero que quede claro que yo sólo cumplí con mi trabajo, que era decirle todo a Don Eneas a pesar de la petición expresa del gordito Santisteban de que me quedara callado. Lo malo es que Don Eneas se puso eufórico, y como en las películas, se puso a gritar: “¡Ajajaaa! ¿ya ven? ¡tenía yo razón!” Y todos los de su casa vieron que, efectivamente, tenía razón; que alguien había matado a toda esa gente y que había un maldito asesino suelto en el pueblo.

En menos de veinte minutos lo supo todo Cuetzpaltenango. Cuando el chisme llegó finalmente a oídos de Edmundo Santisteban éste montó en cólera y se puso tan congestionado que muchos creyeron que se iba a infartar, y le ofrecían vasos de agua helada de pitahaya y horchata que él, a pesar de querer matarlos a todos, declinó amablemente. No creo tener que aclarar que le dije al Detective que yo no había dicho nada a nadie y que le juraba por la cremada Virgen de Almudena que no me explicaba qué había pasado. Él me creyó. Un rato después me dijo muy convencido que él pensaba que, dada mi indiscutible probidad, el único que podía haber ido con el chisme era mi impertinente amigo Atanasio.

No tuve corazón para contradecirle.

## VI

**F**ue a principios de marzo, el Año del Pollo Gordo. El atardecer se veía venir con una fuerza inusitada, mostrando a quien tuviera ojos que algo se traía entre manos. Nosotros lo sabíamos o lo intuíamos. Quizás sería mejor decir que lo deseábamos. La anciana abuela de Lilia a mi lado iba tratando de explicarnos no sé qué cosas como si realmente la fuéramos escuchando, mientras recorríamos las calles del pueblo hacia las afueras. En esos momentos, al manejar por aquellos caminos, todo me parecía en calma. No era así, en verdad; afuera había tanto ruido como cualquier otro día, pero no podíamos notarlo. Bueno, tal vez la abuela de Lilia sí lo notaba y estaba extrañada de tanto silencio que para nosotros no hablaba sino de ansiedad. La anciana no podía imaginar que por el espejo yo no veía otra cosa que la hermosa cara de Lilia mordiéndose los labios y entornando los ojos. Aquella imagen ocupaba todos mis sentidos, y si mi imaginación en ese momento hubiera podido materializarse, solamente habría podido esbozar un burdo remedo de lo que sucedería después que dejamos a la abuela en casa de unos amigos y regresamos a toda prisa a casa de Lilia.

Subimos las escaleras tomados de la mano hasta su habitación, ella adelante pues de otra manera no

hubiéramos cabido ambos. No recuerdo haber dicho ni escuchado una sola palabra. La puerta se cerraba a mis espaldas y una vieja llave daba vuelta lentamente para aislarnos del exterior. Esperé unos momentos más en silencio mientras Lilia cerraba aquellas cortinas como de gasa, y a partir de entonces no pude saber si la luz rojiza que bañaba su antigua cama de madera se debía a los últimos estertores del sol tras las montañas o a la magia de esa piel que parecía irradiar luz propia. Besé su cabello claro mientras con mis manos sobre sus hombros hacía caer los tirantes del vestido con flores que cubría su cuerpo. Después la abracé, deslizando mis dedos sobre su pecho. Mucho me temo que Lilia jamás notó cuándo me quité yo también la ropa, pero poco importa; estábamos ya sobre la cama y yo paseé mi boca sobre cada milímetro, cada vello, cada pliegue de su cuerpo. No quise o no pude detenerme, no lo sé. Quizás era imposible resistir el aroma dulce de esa carne encantada y ella lo sabía bien. Quizás no lo sabía y estaba saboreando el poder de su descubrimiento. El sol estaba dejando de existir, lo pude ver en los ojos incendiados de Lilia que estaban bebiéndose los míos. Como uno solo, ensayábamos ritmos y tal vez bailábamos; la música era el ruido de la madera rechinante y el áspero frote de las sábanas en nuestros cuerpos; el canto era la voz desesperada y el intenso palpitar de nuestras venas que, sin más aviso, cesó de

pronto; en un segundo desbordante de perplejidad y asombro, incrédulos al sentir que adivinábamos la eternidad con nuestro único cuerpo, abrimos los ojos en mitad de un grito y nos descubrimos irremediabilmente encadenados.

La tarde se volvió noche no teniendo más que iluminar. Lo había visto todo, lo había escuchado todo. Se llevó su luz a hurtadillas para no evitar que cayéramos exhaustos, escondiéndose tras los primeros grillos y el murmullo de la gente aturdida en las calles que se preguntaba qué había sido aquel prodigioso temblor en el cielo. Lilia y yo permanecemos unidos largo rato, y al despertar tuve un vago recuerdo de lo que había sucedido mientras dormíamos. Soñé que Lilia miraba hacia el horizonte con una sonrisa perfecta, y al voltear para descubrirla con la misma expresión, aún dormida a mi lado, se me abrieron los ojos. Entonces no logré imaginar por qué, pero tuve la feliz certeza de que aquella tarde yo mismo había firmado mi sentencia de muerte.

Apenas unos días antes Lilia me mostraba en la cima de un volcán el final de un eterno camino rodeado por bosques helados. Había decidido que conociera la nieve que hasta entonces sólo había imaginado, y mientras subíamos sin palabras por la escarpada y ceniza ladera donde nuestros pies se hundían hasta los tobillos, imaginé que ella estaba disfrutando como nunca, no tanto aquella

montaña que conocía tan bien, sino mi mirada fija en la cima. Llegué sin aliento. Hacia abajo se abría un cráter inabarcable y partido en dos, y en el fondo de cada uno de los lados se tendía un diminuto y apacible mar cuyas aguas, de diferentes colores y lamidas por las sombras inmóviles de los picachos, relucían con calma ligeramente agitados por el viento. Casi rodamos hacia el fondo. Lilia se sentó sobre una roca llena de manchones de musgo, verdes, azules y rojos. La nieve estaba a sólo unos cuantos pasos, y lo primero que intenté, aún sin querer usar las manos, fue probar que fuera tan blanda como creía. Mi bota se hundió fácilmente dejando una huella profunda. Después me di cuenta que esa nieve estaba hecha de una especie de granizo diminuto, nada parecido al que cae en Cuetzpaltenango cuando hay heladas y que puede llegar a ser del tamaño de un guijarro de río. La alfombra blanca del cráter se veía interrumpida a trechos por las enormes rocas que ahí se levantaban, rodeando las lagunas y dándoles forma. Sobre el agua helada danzaba una diminuta capa de niebla que apenas podía evitar que la superficie reflejara las nubes que cruzaban rápidamente por la cima. Y al darme la vuelta me topé con Lilia, que me había seguido sobre la ceniza y la nieve. La miré tímidamente y sin decir nada; le tenía un miedo inexplicable al estar con ella en ese lugar o en cualquier otro. Supe que aquel miedo era a ser tocado por ella o a

sentirme incapaz de evitar tocarla yo mismo. Sólo la miré, tratando con ello de decir “gracias”, y acabamos vagando entre el contraste gris y blanco de la alta montaña.

Todavía unos días antes de la visita al volcán yo a Lilia ni siquiera le dirigía la palabra. Nos habíamos ignorado mutuamente por años, cruzándonos por las calles o coincidiendo en la plaza. Había pasado tanto tiempo desde aquella última vez en que hablamos que ya no podía recordar su voz. No recuerdo haber volteado a verla siquiera, pero eso sí, traté de hacerle la vida imposible. Como un niño, le inventé un apodo con el que la convertí en un habitante del infierno y me encargué de que todos en el pueblo lo supieran y utilizaran. No recordaré aquí el estúpido error que me llevó a hacerlo, pues no vale la pena. No debe creerse que en aquel entonces la odiaba; creo que simplemente decidí aplastarla por ser tan amenazadoramente diferente. Parecía como si en todo fuéramos opuestos, y creo que fue precisamente eso lo que no pude tolerar. Pero lo que más me enfureció fue que ella fingió durante años no saber de mis maquinaciones. Todos mis esfuerzos eran inútiles, porque a Lilia parecían no hacerle mella mis ofensas, tan metida como estaba en ser quien era. Así fue como poco a poco me fui rindiendo y llegué a desistir, sin que con ello se agrietara mi inquebrantable silencio. Al paso de los años tuve que rendirme ante la evidencia de que Lilia existía a pesar de

mí, y yo a pesar de ella. Nada podía hacer para que eso cambiara.

Mi sorpresa fue descubrir que Lilia no fingía. En realidad nunca se percató de cómo me esmeraba por fastidiarla. Y eso, que antes me habría molestado tanto, sólo logró mostrarme lo insignificante que podía ser yo, incapaz siquiera de molestar a alguien. Fue el sentirme miserable lo que hizo que venciera mi orgullo y me acercara a Lilia una tarde cuando iba cruzando el parque. Supongo que había llegado a mi límite y decidí enfrentarla para pedirle perdón por todos esos años de odio injustificado. Intuí también que pasara lo que pasara sería el último enfrentamiento que tendríamos en nuestras vidas, pero está claro que también en eso me iba a equivocar. Lilia se sorprendió al ver que era yo quien gritaba su nombre y se detuvo en seco. Increíblemente, aún guardaba una sonrisa para mí, que de inmediato había comenzado a decir cuantas palabras se me ocurrieron a manera de disculpa. Le expliqué lo que había hecho, cómo y por qué. Sus ojos me miraron apaciblemente durante aquellos minutos, y de pronto, quizás rindiéndose la invisible barrera que la contenía, una lágrima salió de uno de ellos y dibujó un lento arroyo sobre su mejilla y hasta sus labios, donde finalmente desapareció. Aquel brillo en la cara de Lilia, que de repente se me apareció como la maravilla que siempre fue, me dijo que estaba redimido,

que jamás hubiera esperado que yo me volviera a acercar, y más aún, que no tenía absolutamente nada que perdonar.

Tan sólo unos pocos días antes de este reencuentro con Lilia, nadie en el mundo hubiera podido creer lo que años después comenzó entre ella y yo la tarde en que el sol estalló tras las cortinas y nosotros nos mezclamos a gritos entre las sábanas.

## VII

**E**l solo hecho de saber que tal vez estaba uno parado junto a un asesino despiadado rompió con muchas relaciones y hasta familias en el pueblo. Todas las miradas eran de recelo, en toda actitud recaían sospechas. Don Eneas vio invadida la Presidencia Municipal por señoras que llegaban con acusaciones, suposiciones y teorías que Edmundo Santisteban y sus colaboradores escuchaban con los ojos cerrados, dándose palmadas en los cachetes y deslizando después la mano por la cara ayudados por el sudor, en el colmo de la desesperación. Don Eneas, sin embargo, las escuchaba muy atento y tomaba nota hasta del último detalle.

—Odio venir con el chisme, Don Eneas —cuchicheaba la señora Ascensión al munícipe —pero el hijo de Catarino, que vive junto a mi casa, que es la de usted— Don Eneas agradeció aquí con una inclinación de cabeza —se la pasa quemando pólvora, y además de que el olor no nos deja dormir, me da la mala corazonada de que la afición que siente este muchacho por el fuego podría haber llegado más lejos, y a mí se me hace, claro, sin que pretenda yo injurarlo, que él le prendió fuego a la iglesia. Es que viera usted lo feo que contesta cuando le pido amablemente que nos deje respirar, no sé, no vaya a resultar que es una mala

alma, y quién sabe, tal vez si se le pone un alto de una vez...

—Catarino y su hijo son coheteros, Doña Ascensión— contestó Don Eneas con una paciencia que parecía no tener límite —De todas maneras, le aseguro que seguiremos esta línea de investigación hasta el final. Y gracias por su invaluable ayuda.

Después, levantándose y dando la vuelta a su escritorio, el munícipe puso su mano en el hombro de la mujer y la acompañó hasta la puerta, como con todas las anteriores. El gordito Santisteban parecía a punto de reventar del coraje.

—Política— le dijo Don Eneas —No crea usted que no me doy cuenta que esta gente viene aquí con puras patrañas dignas de alguien que no tiene nada mejor que hacer en la vida. Pero están asustados, los conozco bien, licenciado Santisteban— prosiguió el gobernante, para quien al parecer todos los funcionarios eran licenciados — y hacerlos sentir seguros y apoyados es exactamente lo que un presidente municipal debe hacer en momentos como éste. Nunca hay que olvidarse de los votos, ¿verdad?

—De seguro se da usted cuenta también— replicó el gordito con severidad —que esto detiene miserablemente nuestra labor. Cada minuto que pasa me siento menos responsable de nuestros resultados. Sólo quería que usted

lo supiera, porque tengo que mandar un informe a la capital, y usted comprenderá,

—Informes, informes— interrumpió Don Eneas chasqueando la lengua y moviendo la cabeza, condescendiente —sepa usted que si lo mandé llamar es porque confío plenamente en usted, licenciado, y porque su fama lo precede...

Las adulaciones del cacique no tardaron en calmar el ánimo del gordito Santisteban, que escuchaba con atención y le animó con los ojos a continuar.

—Como le digo, licenciado. Nadie aquí pone en duda su capacidad, y yo personalmente lo creo la persona ideal para dar con la solución de este penoso asunto. Pero basta de pláticas estériles. Me habla usted de informes y quiero que usted sepa que para ello cuenta con el apoyo de todo mi equipo de trabajo. Pero ¿qué le parece, licenciado, si lo discutimos mejor en la comida? Todo corre por cuenta del Ayuntamiento, claro está...

Edmundo Santisteban aceptó encantado, pero no dejó de hacerle a Don Eneas un gesto con el que señalaba a los judiciales que venían detrás de ellos y que también debían estar hambrientos.

—Hombre, por supuesto— contestó escribiendo en una de sus tarjetas un recado para la dueña de algún merendero —Mándelos al mercado. Usted y yo tenemos que

encargarnos de asuntos realmente importantes, más de acuerdo con nuestra categoría.

La comida transcurrió en la posada de Don Augusto, quien a falta de huéspedes en el pueblo había diversificado sus negocios poniendo a cocinar a su mujer mientras él fumaba en el comedor atendiendo, en palabras suyas, a los clientes, con quienes jugaba al dominó en las mesas que daban a la calle.

—Pero ¿qué no te das cuenta, mujer— rezongaba Don Augusto a su esposa cuando ésta le reclamaba por no hacer nada —que las relaciones públicas son lo más importante de un negocio? Si tú me ves aquí sentado, nomás “de baquetón” (con lo que además me faltas al respeto, insisto), pues es tu problema. Estoy empeñado en hacer que nuestros clientes se sientan como en casa, que es lo menos que puede uno hacer por ellos...

El hombre siguió haciendo la sopa con las fichas y dándole un trago a su cerveza. Movía la cabeza y soltaba a través de los dientes una especie de silbido, evidentemente molesto.

—Estas viejas de ahora— se lamentó, dirigiéndose a Don Eneas y el gordito Santisteban, que habían escuchado la discusión apenas entraban al lugar —Andan muy alebrestadas. Ya se les olvidó que sin uno no son nada. ¿Qué sería de este lugar sin mis esfuerzos? Otro puestucho de mercado, nada más. ¿O no, Don Eneas?

—¿Qué hay de comer?— dijo el munícipe por toda respuesta.

Supé de todo lo que se habló en esa comida porque a mí también me pagaba todo el Ayuntamiento. Allí estaba yo, sentado en una de las tres mesas disfrutando de la botana, cuando llegaron los funcionarios de categoría y, fingiendo sorpresa al verme, me invitaron a comer con ellos. La mujer de Don Augusto, de cabello recogido y perenne delantal a cuadros, se había esmerado como siempre con la comida y había preparado unas deliciosas verdolagas con carne de puerco, pero para mi desgracia no pude disfrutarlas; el gordito Santisteban se dijo delicado del estómago y pidió mejor unas piezas de pollo. Así es que tuve que ver, con todo el asco que fui capaz de sentir, cómo el detective envolvía y tomaba el hueso de una pata con la servilleta de papel para no ensuciarse, y cómo le iba arrancando a mordidas la carne, sin tomarse siquiera la molestia de quitarle antes el viscoso y chinito pellejo amarillo que la cubría. Más tarde el gordito se encontraba sorbiendo ruidosamente una ya descarnada manita de su pollo, cuando nos dijo por fin:

—Aquí Don Félix podrá decirle que la investigación no ha sido algo fácil, Don Eneas. Todo estaba fuera de sitio, pero claro, hay detalles que a los expertos no se nos escapan...

—Claro, pero por sabido se calla ¿No le dije a usted, Félix, que había yo mandado llamar a lo mejor de lo mejor?— Elogió nuevamente el presidente municipal. Edmundo Santisteban estaba que no cabía en sí mismo.

—Gracias— prosiguió éste —Le decía que en un incendio, aunque parezca que no quedó nada, siempre hay algo que apunte hacia las causas del siniestro; un detalle ínfimo puede representar para el ojo avezado la mismísima solución del misterio, no sé, una astilla, un imperceptible olor a solvente, la distribución de las manchas en las paredes que muestra el comportamiento del fuego, el aspecto del humo... detalles éstos que, sin asomo de duda, permiten sacar algún juicio concluyente con respecto al

—Sí, hombre, sí. Pero ¿por qué no dice de una buena vez lo que pasó en la iglesia?— interrumpió atrozmente Don Eneas, comenzando a perder la paciencia y tamborileando los dedos de uñas férreas sobre la mesa —Estoy empezando a ver que esto se está tardando demasiado. La gente se me pone cada día más tensa y no me puedo dar el lujito de permitirlo.

El gordito, nuevamente colérico por haber perdido el efecto de suspenso, sentenció entonces, casi cantando las sílabas con evidente enfado:

—Pueees lo que pasó es que aaalguien le prendió fueeeego...

—¡Caramba!— exclamó vengativo Don Eneas —¡Bueno me salió el licenciado para decirme lo que ya sabía!

—No no no señor. Ahora déjeme terminar— dijo el gordito creyendo que recuperaba la atención y el control de la disputa —Alguien llegó, trenzó unos alambres viejos de la instalación eléctrica atrás de un retablo, y esperó a que alguien encendiera el interruptor. Las chispas, el calor y la madera hicieron lo demás.

Yo estaba mudo y miré atónito a ambos con ojos como de plato.

—¿Y ya?— interrogó Don Eneas, nada impresionado — ¿Me va usted a decir, licenciado, que eso es lo que va a poner en su informe y yo le diré a mis gobernados? ¿Que fue un corto circuito y ya? ¡Hombre, qué bárbaro, si lo que hace falta son detalles!

Miré a Edmundo Santisteban lleno de admiración, porque habría sido muy difícil para cualquiera en el pueblo encontrar siquiera un alambre entre los restos del incendio. Él no sólo lo encontró, también vio que le habían metido mano a la instalación y que era eso lo que había iniciado el fuego. Por su parte, el gordito comprendió que ponerse digno con Don Eneas no lo iba a llevar a ningún lado, así que tomó unos tragos de su cerveza tibia y más relajado comenzó a contar con lujo de detalles cómo había ocurrido el incendio. Primero, contó, comenzó a arder el retablo de San Filemón, que era el del alambre sabotado; luego el de la Virgen de Almudena, y más tarde, las chispas saltaron a otros ornamentos de

madera como el púlpito con todo y su tornavoz, que por viejo y fuera de uso ardió mejor que si lo hubiéramos hecho astillas con un hacha y prendido con ellas una hoguera en mitad de la calle. Ya para entonces, siguió narrando el gordito, las beatas y el niño debieron notar el olor del humo y ponerse muy alarmados; quizás pensaron en salir ordenadamente y sin sucumbir al pánico, mientras rezaban una Magnífica. La otra opción, viéndolo todo con más sentido común, es que las más desesperadas hubieran corrido hacia la puerta dando empujones y alaridos, y al encontrarla cerrada (porque estaba cerrada por fuera, como se pudo ver al revisar el cerrojo) comenzaran a aullar y a pedir auxilio tosiendo por la humareda. El fuego se propagó rápidamente, porque la madera vieja del piso no pudo ser más propicia, y lo más seguro es que antes de cinco minutos todos adentro estuvieran muertos; no quemados, sino por asfixia. Una muerte espantosa.

—...Ahí mismo, detrás de la puerta— concluyó Santisteban — es donde los encontraron ustedes calcinados y, me atrevo a especular, prácticamente irreconocibles.

—¿No le dije, Don Félix, que el detalle de que no hubieran salido era relevante?— confirmó Don Eneas.

—Fue lo primero que me vino a la mente al tratar de imaginar por qué se había muerto la gente— aseguró el Detective, muy orgulloso.

—Pues sí, todo esto está muy bien, licenciado ¡Pero quién cerró la puerta, por Dios!— reclamó a viva voz Don Eneas golpeando la mesa con el puño —¡No llegamos a nada!

—Pues el asesino en persona— replicó Edmundo Santisteban, tajante y sintiendo que le hablaba a un montón de piedras incapaces de valorar sus esfuerzos — ¡Un ser despreciable, capaz de cualquier cosa, provisto de la suficiente sangre fría para andar todavía en el pueblo, como si nada...!

Yo escuchaba al detective, aún perplejo y con gran atención. El perito, muy alterado, iba elevando su tono de voz más y más en cada frase mientras su rostro abotagado y sudoroso se encendía presa de una profunda indignación. —...¡Un asesino cobarde y meticuloso, con un intelecto dedicado a la comisión del crimen, un bastardo imperdonable que merece el peor de los castigos!

El gordito se había levantado y apoyaba sus puños cerrados en la mesa con una actitud amenazadora que logró que hasta Don Eneas volteara a verme, desconcertado. En segundos, Santisteban ya gritaba, manoteando enfurecido y totalmente fuera de sí, exclamando algo así como "¡Maldito mata niños, pero ya verá... ya verá quién es Edmundo Santisteban, que se cuide!"

—Oiga, licenciado— dijo Don Eneas en tono que pretendía devolver la tranquilidad al gordito —Cálmese,

puede usted estar seguro que aquí la Ley no va a dejar sin castigo al asesino, faltaba más...

—¡Qué Ley ni qué ocho cuartos!— vociferó irreflexivamente Santisteban, en el colmo del paroxismo —¡Nomás agarro a ese desgraciado hijo de perra, y yo mismo, óiganme bien, me encargo de hacerle lo que los españoles al indio Caupolicán!

El gordito salió intempestivamente a la calle como alma que lleva el diablo, dejándonos petrificados por unos instantes. Sin tardanza, Don Eneas volvió a ser dueño de la escena.

—Qué caray, se nos alteró el gordito...— nos dijo tras alzar su botella de cerveza y chasquear la lengua —Que les sirva de ejemplo: tanto trabajo y tanta presión no llevan a ninguna parte. Pero hay que reconocerle sus avances, sí señor, me late que andamos sobre buena pista...

El resto de la comida transcurrió en un agradable silencio. Nada más al final, ya cuando íbamos saliendo, alcancé a escuchar que la anfitriona le preguntaba a su marido, angustiada hasta las lágrimas y en un susurro apenas audible:

—Oye viejo, y a todo esto, cuéntame. ¿Qué fue lo que le hicieron los españoles al pobre Caupolicán?

## VIII

**A** San Filemón no lo quieren en Cuetzpalténango desde hace mucho tiempo. En el referido libro de la *Gesta Heroica*, el cronista dedica apenas unas cuantas líneas al santo patrono y da una ligera pista acerca del origen de tan disparejo culto. Y es que a San Filemón, según apunta Don Rubén Ontiveros en una cita de su célebre opúsculo, se le celebra el veintiuno de marzo. Basándose en esa significativa fecha el historiador se lanza a hacer una breve digresión en la que concluye que el culto tuvo sus inicios durante la evangelización de estos parajes, y que en realidad se trataba de uno de los sangrientos dioses antiguos, festejado durante el equinoccio de primavera, que los frailes predicadores debieron sustituir por alguien un poquito más cristiano. Esta teoría fue aceptada durante muchos años, pero los últimos acontecimientos la han echado por los suelos. ¿Por qué diantres nos habrían impuesto especialmente a ese santo tan inútil, si ese mismo día se festeja también a los no menos desconocidos Lupicino o Berilo? Eso es lo que la gente se preguntaba, hojeando el *Año Cristiano* que la buena de Doña Inmaculada les había dejado como único legado. Y por si esto no fuera suficiente, estaba el detalle de aquella lápida

con la dedicación a ese otro ilustre desconocido, San Pánfilo, que había aparecido entre los escombros.

Lo único que quedó claro de este embrollo fue que la *Gesta Heroica de Cuetzpaltenango* y su autor no eran tan infalibles como todos creíamos y que el dichoso San Filemón había sido desde siempre un inepto. Mentiría al decir que semejantes descubrimientos no dejaron de acarrearle problemas al anciano cronista oficial del pueblo, quien de pronto vio abarrotada la entrada de su casa por una multitud que le exigía la verdad y una disculpa por tantos años de engaño. El librito estaba en los estantes de todas las casas y era parte esencial de la educación de todo pupilo en edad primaria, lo que desde luego le había proporcionado a Don Rubén y a su imprenta una renta fija durante varios lustros. La gente reclamaba que si ya no se veían las dichas lagartijas en el muro, y si el santo patrono de plano no era el que aseguraba su texto, entonces por qué demonios habrían de creerle también los pormenores de la vida del ilustrísimo Don Heriberto Meléndez y el apartado geográfico del libro, que no había sido actualizado y no mostraba con exactitud las propiedades de los terratenientes ni los cambios en el curso del Cipacapan. Inútilmente trató Don Rubén de explicar que aquellos datos eran historia, que los había sacado de mapas y documentos antiquísimos y que no pretendían mostrar la realidad actual, porque los quejosos

argumentaron que para qué les iba a servir a sus hijos aprender puras vejezas inciertas. Y entonces, ante un cronista abatido y doblegado por el llanto, esa misma noche ardieron en una enorme pira inquisitoria todos los ejemplares que se pudieron recolectar de la *Gesta Heroica de Cuetzpaltenango*. Dicen que el fuego y el humo se alcanzaron a ver desde varios kilómetros de distancia.

No es de extrañar, pues, que aquel nuevo incendio se convirtiera en el motor principal de un moderno movimiento para derrocar al desacreditado santo. Como dije, ya desde hace tiempo existía una gran ira contra él, porque yo me acuerdo que una vez, cuando fui a misa siendo un niño, la gente le pidió al Padre Camargo que quitara la imagen de San Filemón del retablo principal, por ineficaz, y lo castigara ocupando un nicho menos afortunado en los muros laterales. Así fue como el santo fue degradado y la Virgen de Almudena (que nadie sabía tampoco de dónde había salido) pasó a ocupar el lugar principal. Aunque ésta en realidad no hacía milagros ni atraía las peregrinaciones al pueblo, la comunidad decidió darle la oportunidad, misma que duró hasta el día del incendio sin que se hubieran registrado jamás curaciones ni salvamentos oportunos de almas extraviadas. A San Filemón nadie volvió a mirarlo siquiera; el desprecio hacia él era tan recalcitrante que hoy los niños ya ni saben que esa imagen era la del patrono, porque con el tiempo hasta

el letrerito con su nombre le quitaron. Allí se quedó la estatua, sola, sin que nadie volviera a pedirle nada (pues quién sabe para qué había sido bueno en vida), sin flores en su jarrón ni veladoras, empolvada en su nicho de humillación. Ahorrativos y resentidos, tampoco volvieron a encenderle, claro está, el foco rojo en forma de llama que debía alumbrar su nicho con un miserable resplandor.

A pesar de estos antecedentes, y por difícil que parezca creerlo, durante las asambleas para elegir un nuevo patrono después de que se quemó la iglesia hubo quienes clamaron que todo había sucedido por maltratar al santo durante tanto tiempo. Circuló el rumor de que Cuetzpaltanango era un pueblo carente de la virtud de la paciencia y que por ello Dios nos había castigado haciéndonos sentir, ahora sí, su ausencia absoluta. En pocas palabras, no habíamos pasado la prueba de fe que el Señor nos había puesto; ante la pérdida de la Esperanza, dijeron, sólo quedaba la penalidad y el abandono. Se conformaron entonces dos bandos opuestos, cada uno con una teoría teológica por defender. Unos decían que había que pedir perdón y hacer penitencia por no haber comprendido el mensaje; otras abogaban por la elección de un nuevo santo patrono, esta vez efectivo. Al Padre Estévez le fue imposible caldear los ánimos de los grupos en pugna y se la pasaba hablándoles de la paz, concordia y fraternidad, valores necesarios en un momento tan difícil.

Sin embargo para el Padre lo peor de todo no eran las peleas entre fieles, que a pesar de todo se conocían y querían de toda la vida y no iban a dejar que un santito se interpusiera entre ellos, sino que espontáneamente habían comenzado a surgir cultos no autorizados en distintos barrios de Cuetzpalténango. Esto tampoco era nada nuevo, sólo que hace años, cuando de pronto “aparecían” imágenes de santos y vírgenes en los campos o enterradas en cuevas, nadie les hacía caso. La mayor parte de las veces se descubrió que los videntes trajeron una imagen de la capital y la habían hecho encontradiza. Nada hubiera pasado si no fuera porque una vez, cuando el Arcángel San Miguel se le hizo presente a Doña Pura el Año de la Cabeza Rodante, la cosa sí se puso más seria. Porque no sólo se le apareció su imagen, una estatua de madera tallada y estofada que lucía y era muy antigua, sino que cuando la señora la llevó a su casa a su hijita le empezaron a dar unas como convulsiones que hacían que se retorciera y que los ojos se le fueran horriblemente como dos huevos cocidos. Y encima, cuando le venían los ataques, la niña comenzaba a decir cosas imposibles de traducir y comprender. Aquellos que la vieron tirada a los pies del Arcángel de la espada flamígera decían que estaba hablando en lenguas. De hecho fue a Doña Inmaculada a quien se le ocurrió decir que estaba hablando en hebreo, igualito que los profetas del antiguo testamento. Ignoro si

los profetas sagrados también debieron pagar de un modo tan atroz el privilegio de recibir la revelación, pero a la niña un día se la tuvieron que llevar al hospital en otro pueblo porque se estaba ahogando en su propio vómito. Ni escribió sus profecías ni recuerdo haberla visto otra vez, pero su mensaje había quedado, más por intuición que por entendimiento, muy claro: San Miguel reclamaba ser el patrón del Cuetzpaltenango. Lo malo es que según Doña Inmaculada, por mucho la más instruida del pueblo en temas bíblicos, el Arcángel había venido también a cumplir con su misión divina, que como todos saben es luchar contra el demonio. ¿Y quién más endemoniado que el corrupto presidente municipal, que a través de los años no había hecho nada más que enriquecerse a costillas de todos y regar mocosos por todos lados? Fue entonces cuando la puerca torció el rabo, porque de ser un asunto exclusivamente religioso y de fe, la cosa agarró de pronto un cariz político que además estaba cargado de una peligrosa ideología revolucionaria. Don Eneas habló seriamente acerca de este asunto con el Padre Camargo, quien por cierto quería permanecer al margen y atacar sólo el problema teológico, y de hecho le pidió que terminara con ese ingenuo culto que ponía en peligro no sólo su tan defendido patronato de San Filemón, sino la seguridad del pueblo mismo. Pero a pesar de estar tan cercano a Doña Inma, la intervención del padre poco o ningún efecto tuvo

sobre los seguidores de San Miguel. No sólo le ignoraron, sino que fundaron una cofradía secreta y la dueña de la imagen acondicionó en la sala de su casa un adoratorio a la imagen del ángel guerrero, donde mucha gente del pueblo agradecía ya de rodillas sus últimos milagros. Cuando Don Eneas supo que las celebraciones en la casa de Doña Pura se hacían cada vez más seguido, y que además en ellas se planeaba ya hasta cambiarle de nombre al pueblo, se enojó muchísimo. Tan trascendente decisión no podía ser tomada sin su aval. Esto lo obligó a convocar a todos los que pudo en la explanada del Palacio Municipal, donde comenzó a arengarlos:

—Aquí es donde los deberes de un buen cristiano terminan— vociferaba —y comienzan, señores, los de un buen gobernante. ¿Debemos permitir que una turba de fanáticos intolerantes, idólatras por demás, tomen por sí mismos decisiones que corresponden a todos en el pueblo, de acuerdo con nuestra reconocida vocación por la democracia? ¡No, señores míos, estimados coterráneos! ¡Si a todas luces esta imagen no es más que una pérfida invención, una mentira nacida de las más viles ideas desestabilizadoras! ¡Que Dios me perdone, hermanos, pero no he de permitir que este despropósito venga a menoscabar la calma que con tanto esfuerzo hemos construido en nuestro amado Cuetzpaltenango!

Pocos minutos después el cuerpo de policía, al que se sumaron algunos personajes ilustres del pueblo adictos a Don Eneas, tomaron por asalto la casa de Doña Pura, dispersaron a los conspiradores, y la emprendieron a machetazos contra la imagen de San Miguel Arcángel. Las astillas terminaron desperdigadas en toda la calle ante el estupor de sus devotos, quienes además debieron soportar la humillación de ver convertida la cabeza del ángel, debidamente desnarigada y desorejada por el mismo Don Eneas, en pelota. Los niños, inocentes testigos de la contienda, jugamos con ella por horas y horas.

Con esto se terminó aquel intento de adoptar un nuevo patrono para Cuetzpaltenango, máxime porque al día siguiente, a la vista de todos, Don Eneas se fue a confesar y comulgó tras un discurso en el que aceptó no tener nada contra el divino San Miguel, aduciendo que el mismo servidor de Dios hubiera hecho lo mismo ante tan peligrosa veneración de una imagen falsamente aparecida y que instigaba a la rebelión injustificada. Pero lo que calmó a la gente no fue ni el discurso ni la contrición del funcionario, sino el darse cuenta de que, si en realidad el farsante San Miguel hubiera deseado convertirse en el protector del pueblo, no se habría dejado dar tan vergonzante golpiza en frente de todos.

Pero no nos olvidemos de San Filemón, en cuyo engaño también yo me vi envuelto alguna vez. Como

todos, yo tuve mis grandes preocupaciones de niño; tuve maestros malísimos, compañeros burlones y una familia para la que todo era pecado y ocasión para ir a misa. Por eso yo sí sabía cuál era la estatua del santo, y viéndolo tan solito, tan polvoriento y olvidado, iba a pedirle de vez en cuando algunas cosas. En verdad era un santo infame; jamás obtuve de él absolutamente nada, ni una señal siquiera de que me hubiera escuchado. Y eso que yo sí le prendí una veladora, que me costó. El día que de plano dejé de creer en él fue cuando le pedí ayuda para no reprobar un examen de matemáticas; el muy taimado no sólo no lo impidió, sino que además hizo que mi mamá tuviera que rogarle al maestro para que me dejara pasar el año. Unos meses después, ya solucionado el problema, le conté a ella que le había pedido a San Filemón que me iluminara y cómo me había decepcionado.

—¿Ya ves?— me dijo mi mamá en tono de reproche — ¡Ese santucho no sirve para nada!

—Más le valiera no estar allí dentro de la iglesia— concordaba moviendo la cabeza una tía que estaba comiendo con nosotros el día que le hice la confesión a mi mamá — Sólo sirve para causar lástimas...

Las opiniones de mi mamá y mi tía eran nada más dos entre muchísimas otras en Cuetzpalténango. Acerca de San Filemón sólo se escuchaban quejas, y de esta situación de rechazo general han derivado incluso varias

frases coloquiales que se hicieron célebres; máximas como “Mientes como Filemón” y “Todo lo quieres de a Filemón” (o sea, de a gratis) siguen usándose hasta nuestros días. Yo he de confesar que muchas veces me sentí mal al ver la seráfica cara barbada del santo, su calvita reluciente y su mano extendida como si fuera a pedir algo, pues durante mucho tiempo los insultos y burlas que le dedicaban se me hicieron poco justos y tendenciosos. Fue así hasta antes del examen y aún más cuando años después me puse a pensar que fue precisamente gracias a él que conocí a Lilia, y entonces no me quedó otra que aceptar que sí, que de veras San Filemón era un santo ensañado y llevado de la mala.

## IX

La cara del gordito Santisteban era como de piedra, sumida como estaba en una profunda reflexión. Sus ayudantes se habían sentado a un lado en una casi total actitud de respeto a su superior, que consistía en permanecer callados aun en medio de un juego de naipes españoles que yo les había conseguido para no verlos tan aburridos. Eran tan feos los pobres que daba miedo que en una de esas, en su tedio, fueran a hacer alguna fechoría para variar y salir de la rutina. Ya bastante teníamos con las muertes recientes. En ellas debía seguir pensando precisamente el Detective, porque luego le oímos murmurar, cotejando datos consigo mismo:

—A ver. El Chato ya corroboró en la línea de camiones que nadie ha salido del pueblo a pesar de haberse corrido el chisme del asesino. Por tanto, el asesino sigue aquí. Ahora bien, ¿A quién quería eliminar realmente? porque si lo que quería era matar a... mmmno, de haber sido así...

Durante un buen rato todos escuchamos con suma atención para ver si lográbamos captar aunque fuera el más nimio detalle de las cavilaciones del gordito, que al calor del medio día estaba sudando peor que nunca. Pero nadie pudo encontrarles sentido. Pronto notamos que Edmundo Santisteban, cuando hablaba solo, tenía la

horrible manía de nunca acabar sus frases o de evitar nombrar a sus sospechosos, como si con ello pudiera evitar que se le escaparan. Lo vimos levantarse repetidamente y dar vueltas alrededor del campamento; se detenía, manoteaba y hacía gestos con los que parecía querer autoconvencerse, inventaba supuestas respuestas de un interlocutor invisible, las refutaba alzando las cejas y poniendo cara de hartazgo, se sentaba, se rascaba la cabeza, resoplaba sobre su propia cara para refrescar el sudor y luego se callaba hundiendo su barbilla en el pecho mientras sostenía su cabeza con ambas manos. Así le vimos por varias horas.

—Yo estoy empezando a creer, Don Félix,— comentó finalmente el Detective volviéndose hacia mí con una mirada seria y pasando su brazo inmenso sobre mis hombros —que aparte de no tener conciencia nuestro asesino es además un idiota.

—¿De veras?— repliqué —¿Por qué lo dice, Detective?

—Hombre, porque puedo creer que haya querido matar a una de las personas adentro de la iglesia, pero me cuesta trabajo creer que a todas. Yo pienso sinceramente que a nuestro individuo le falló, que no supo calcular y que debe estar lamentando haberse llevado de corbata incluso al niño. Lo que nos pone sobre la idea de que el asesino traía entre ojos a alguna de las señoras (en serio, qué mal pudo haberle hecho el inocente y buen Juliancito, en una edad

tan tierna), pues de no ser así sólo podemos concluir que tenemos un ferviente anticatólico en el pueblo.

—¿Y si nomás se tratara de un vulgar pirómano?— insinuó con timidez el Chato, uno de los horribles judiciales que acompañaban a Edmundo Santisteban.

—Pues no, ya había yo pensado en eso. Supongamos que alguien quería quemar la iglesia; eso no sería nada extraño en las condiciones en que se encuentran las relaciones entre la gente y el dichoso santo patrón. Pero no. Parece que se te olvida, mi estimado Chato, el artero detallito de la puerta cerrada. ¿Por qué iba a querer nuestro asesino matar a toda esa gente inocente, si nada más quería ver al demonio danzando entre las llamas del templo? ¿Para qué diablos le echó el cerrojo al portón?

—Ah, pues sí— dijo el Chato por toda respuesta y concentrándose de nuevo en su partida de naipes.

—Bueno, Detective, entonces ¿qué procede?— pregunté al gordito haciendo gala de mi mejor jerga policíaca.

La cara de fastidio de Santisteban hubiera sido suficiente para resolverme la duda que acababa de plantearle, pero de todos modos contestó, arrastrando la voz de esa forma tan característicamente suya:

—Pues naaada, qué va a ser. Que-vamos-a-tener-que-ir-a-ver-a-Don Eneas, sí, ooootra vez, y explicarle hacia dónde van las nuevas investigaciones...

—¿Oyeron?— bisbiseó feliz el Chato a los judiciales —¡Ya es hora de comer!

—Lo que usted me cuenta, Licenciado Santisteban—dijo Don Eneas apenas oyó la historia que le acababan de contar —es algo alarmante que debemos solucionar cuanto antes y sin que la gente se nos vaya a espantar. Cómo va a ser eso de que en un pueblo tan pacífico, tan reconocido por su rectitud y deseo de progreso, de pronto se sepa que el asesino es un maldito infiel iconoclasta, satánico o sectario... ¿Qué van a decir de nosotros en los otros municipios, que no sabemos cuidarnos o que de plano somos unos ineptos? No, Licenciado, lo que sigue es encontrar de inmediato a este desgraciado y darle un castigo ejemplar ahorita que todavía están los muertitos frescos en sus tumbas. Ya sabe usted, y aquí el buen Don Félix no me dejará mentir, que yo siempre me he preocupado por el bien y el orden de nuestro bienamado Cuetzpaltenango, y por ello no voy a escatimar, óigalo usted, ningún esfuerzo para que todo siga así. Faltaba más, caramba. Eso sí, lo primero que le pido, Licenciado, es que modere usted su carácter y practique la virtud de la prudencia. Ya se habrá dado cuenta de que a este tipo de investigaciones no les van nada bien los berrinches e indiscreciones...

El gordito recibió aquella inmerecida humillación con notable desagrado, pero no hizo más que ponerse rojo de ira y echar con fuerza el aire por las narices en un afán de mantener la calma frente al munícipe.

—A usted, Don Félix, no me queda sino felicitarlo. Ha cumplido admirablemente su labor y le pido a usted que le brinde apoyo total a nuestro amigo Santisteban. Y no se preocupe si acaso nota que de pronto tiene más trabajo. Sepa usted con absoluta seguridad que el Municipio sabrá recompensárselo como es debido.

Fue así como de pronto, sin aviso de ninguna especie, mi camino y el de Edmundo Santisteban quedaron unidos para llevar la investigación hasta sus últimas consecuencias. Por mi parte no dejaba de sentir una viva incredulidad, porque eso de encontrar a un asesino partiendo de dos alambritos chamuscados se me hacía algo que yo tenía que ver con mis propios ojos. Como era de esperarse, los horribles judiciales bajo las órdenes del Detective regresaron entonces a la capital, con excepción del Chato, quien había demostrado ser ligeramente más útil que sus viscerales amigos en los días anteriores. El gordito también se encontraba satisfecho.

—Pues sí, mi buen amigo Don Félix— me dijo, secándose el sudor con la manga de la camisa —¿Viera usted que ya comienzo a acostumbrarme a este lugar? Debo confesarle que cuando llegué, y sentí al bajar de la camioneta este

endemoniado aire caliente golpeándome la cara, pensé que realmente estaba yo pagando por algo que había hecho mal y que por ello me habían mandado al infierno. Pero no, como le digo, y no se me vaya usted a ofender, ya hasta estoy encontrándole lo bonito al pueblo éste. Mire nomás qué hermosa tarde.

Santisteban sonreía mientras admiraba los alrededores montañosos de Cuetzpalténango, enrojecidos por el crepúsculo. Los mismos que yo hace mucho tiempo evitaba ver, por razones obvias.

—Y ya verá usted, Don Félix. Vamos a agarrar a este desgraciado más pronto de lo que usted se pueda imaginar.

Nos dimos la mano y nos despedimos. Yo iba unas calles adelante, hacia mi casa, cuando volteé hacia el atrio. Ahí vi de nuevo al gordito Santisteban y a su inseparable Chato, quitándose las camisas en la penumbra y colgándolas en el tendedero que habían improvisado a un lado de las ridículas tiendas de campaña en las que debían pasar unas noches infernales, y recordé también todos las habitaciones vacías en la posada de Don Augusto, los ventiladores que había en algunas de ellas y el agua caliente que salía de las regaderas. Llegando a mi casa me hice el firme propósito de lograr que la gente del pueblo aceptara siquiera que el Detective existía y que era de fiar. Lo que sea de cada quien, por el Chato decidí no hacer

nada, porque la verdad es que me importaba un comino y de seguro ni me lo iba a agradecer.

Después de tomar un baño me dirigí a la posada por mi cena. Iba también con la idea de convencer a Don Augusto o a su esposa de que le dieran una habitación al Detective, pero decididamente no los encontré de humor para andar haciendo caridades. De hecho, se encontraban en medio de una de sus habituales discusiones, tan comunes para nosotros que ya ni nos incomodaban. Aquella tarde, sin embargo, las cosas debieron haberse puesto más candentes, porque además de los gritos, volaron inusualmente algunos platos y vasos que se estrellaron con estrépito en los escalones de la entrada.

—Ándale, ándale, ponte histérica, total, deja que todos te vean dando de alaridos como una loca y sepan qué clase de vieja me vino a tocar— decía Don Augusto con una seguridad cómica que pretendía demostrar parándose en medio de las mesas, cruzado de brazos y hablando con un cigarro entre los labios, donde finalmente lo alcanzó una certera sartén voladora que, dejándole una inmediata marca negra e hinchada en forma de media luna, lo hizo caer al piso privado de la conciencia.

—¡Vago miserable!— gritaba su esposa, fúrica, al salir de cocina y sin saber lo que había hecho —¿Te has pensado que soy tu esclava, maldito borracho? ¡Ay, Santo Dios, Augusto, mi amor, por favor, perdóname...! ¿Augusto...?

Al ver que algunos de los amigos de Don Augusto huían despavoridos y los otros clientes se levantaban discretamente con una pena ajena insoportable, supe también que no me iban a dar de cenar. Recordé entonces al pobre gordito Santisteban, que seguramente ahora estaba abanicándose la cara con cualquiera de sus folders y cenando uno de esos viscosos jamones enlatados que había traído de la capital, y lo envidié.

## X

¿De veras quema la nieve, Don Félix? —preguntó intrigado el gordito Santisteban, que al parecer me veía como una especie de experto en la materia.

—Como el fuego, Detective. Pero uno nunca se da cuenta a tiempo, su suavidad es capaz de engañar a cualquiera. La nieve —expliqué— atrae a su presa porque es irresistible. Se deja contemplar, tocar, y después acariciar, pero aun en ese breve acercamiento, sin que uno lo sepa, está quemando ya, apoderándose de los ojos primero, luego robando el calor de la piel, y al final consumiendo la carne en lo que podría parecer un milagro pero que en realidad es la muerte. No, Detective, ya le digo, la nieve no siempre es lo que parece.

Edmundo Santisteban había seguido mis mil veces pulidas palabras paso a paso, con ojos muy abiertos y asintiendo con la cabeza como si estuviera tomando apuntes. Hasta había dejado de comer, cosa que agradecí porque además de hacer un ruido asqueroso, al gordito le encantaba el pollo y lo comía todo el tiempo. Aunque le expliqué en varias ocasiones mi aberración por tan horrible alimento, creo que nunca comprendió el mensaje. Le dije que a mi casa no entraba el pollo, pero poco pareció importarle y no me quedó sino resignarme a verlo

llegar del mercado con al menos tres cadáveres desplumados cada semana. Acostumbraba agarrarlos por las patas y dejar que las bamboleantes cabezas casi golpearan el piso al caminar. La verdad es que no me importaba abrir el refrigerador y verlo lleno de manojos de cilantro, cebollas y chiles, pero definitivamente consideré un ultraje la contemplación de aquellos pollos muertos y pintados de amarillo cuyos ojos me miraban, opacos y perdidos, cada vez que yo buscaba algo de comer.

Es que ante la negativa de Don Augusto y su mujer de cederle una habitación al Detective, decidí que lo invitaría a mi casa mientras durara la investigación. Me sobraba un cuarto y además Santisteban me caía bien. Le hice la invitación una tarde, cuando al despedirme de él no pude soportar más la terrible situación en que se encontraba en su campamento, donde sin duda convivía ya con las ratas y los alacranes. Su tienda de campaña estaba totalmente revuelta y empolvada; no tengo idea de cómo podía dormir aquel voluminoso personaje entre tantas cosas regadas por todas partes. Presa del calor, debía tener abierto el cierre de su tienda el mayor tiempo posible, pero entonces el pobre quedaba a merced de los insectos. Y no quiero ni recordar el olor, pero es necesario. En combinación con el desparpajo de sus pertenencias, el insoportable hedor del montón de latas abiertas que había

detrás de la tienda comenzaba a ser perceptible a la distancia.

Desde luego, esto era producto de la penosa necesidad del gordito de dormir en un lugar abierto, donde apenas podía vestirse y desvestirse sin ser visto y condenado por alguien en la calle. Además, era un espectáculo deprimente verlo quitarse la ropa y esconderse como pudiera para bañarse con la manguera detrás de una sábana. Una vez afuera, tras varios minutos de esfuerzo, quedaba vestido y exhausto con la frente nuevamente perlada de sudor. Pensé que no era posible desearle a nadie una vida así, y por eso decidí rescatarlo para restituirle algo de su dignidad perdida.

Ahora el cuarto que le cedí en mi casa al gordito es una copia al carbón de su campamento. Por más que he intentado pedirle orden, sigue lanzando su ropa sucia (con mayor libertad, pues *nadie* lo ve) tan pronto se la quita, y la cama está cubierta en parte por bolsas de frituras, actas periciales y migajas de irreconocibles galletas. Por las noches, ya tarde cuando cierro los ojos, a veces le escucho masticar cosas mientras habla consigo mismo tratando de dar con la solución de nuestro problema. Lástima que mi casa no tenga muros gruesos como otras en Cuetzpaltenango, porque a veces el gordito canturrea hasta muy entrada la noche, y uno no sabe qué lamentar

más, si no conocer la canción o tenerla que oír interpretada por Edmundo Santisteban.

A pesar de todo el Detective es buena gente. En mi casa se bañaba todos los días y parecía estar genuinamente interesado en mi persona. Por alguna extraña razón no hablaba mucho de él mismo, y por eso sólo he podido averiguar que en la capital vive solo y trabaja más por amor al arte que por otra cosa.

—Usted debería contarme más acerca de la Lilia, Don Félix— decía con curiosidad cada vez que le era posible.

—No, porque se me acaba la historia y luego de qué vamos a hablar.

—Uy, mi amigo— me decía con un gesto como de incredulidad —Me dispensará que se lo diga, pero se le nota clarísimo en los ojos que usted nunca va a poder terminar de hablar de ella...

—Está muerta— solía contestarle con severidad, como siempre que me veía acorralado por esas preguntas que, al venir de alguien tan solitario, me llenaban de un coraje terrible.

En general no me gusta hablar de Lilia. Siempre termino al revés de como quiero hacerlo. Se lo dije muchas veces al gordito en un intento de que me dejara en paz, pero sólo logré que se quedara callado y expectante unos minutos. Después, ya cuando la plática iba por otros rumbos, sonreía y se lanzaba a la carga nuevamente, ahora

con otra pregunta, pero del mismo tema. Era un interrogador nato.

—Ándele. No se haga del rogar— me decía al descuido — De perdida cuénteme que pasó el dichoso Año ése del Pollo Gordo, ¿Sí?

Al parecer el repugnante pollo que estaba destazando él mismo para hacerse un caldo me trajo los recuerdos necesarios, y no me quedó más que empezar a hablar:

—El Año del Pollo Gordo, y muchos meses antes, tuvimos una sequía espantosa aquí en Cuetzpaltenango— dije —Y sí, ya sé, se preguntará por qué entonces no le pusieron mejor “El año de la sequía”, como podría parecer natural. Pues está muy claro. Me acuerdo que hasta Don Eneas tuvo ciertos problemas ese año porque el torrente del Cipacapan bajó de forma alarmante, dejando sin posibilidad de crecer ni a los rastrojos. De no ser por las trojes de La Sonora, que él siempre quiso mantener llenas para alguna contingencia, creo que a todos nos habría cargado la tristeza. Las siembras se malograron por completo, pero el buen Don Eneas nos salvó como tantas otras veces. Aunque sumó un mínimo interés a los pagos diferidos y cobró un comprensible sobreprecio por los granos, todos en Cuetzpaltenango pudieron adquirir lo suficiente para sobrevivir mientras llegaban de nuevo las lluvias, que por cierto, todavía tardaron bastante. La gente

compró y se endeudó, pero inexplicablemente para muchos, el padre de Atanasio, mi amigo, no necesitó hacer mucho gasto. Por el contrario, comenzó a hacer el negocio de su vida. Don Jorge tuvo siempre algo de científico; casi todos pensaban que estaba loco y nadie lo veía mucho en el pueblo. Y como a Atanasio nunca le apasionaron las cosas de su padre, siempre estaba conmigo. Él me contaba cosas extrañas de su padre, quien se pasaba el día haciendo extractos de plantas y pastas con cactus e insectos apachurrados. Nadie en verdad le hacía mucho caso. Sabíamos que vivían de los pocos pollos, criados en el traspatio, que algunas veces venían a vender al mercado. Siempre tuve curiosidad acerca del lugar Donde Don Jorge hacía sus experimentos, y más de una vez, cuando iba de visita a casa de Atanasio, le pedí que me dijera a qué se dedicaba. Él siempre decía que su padre estaba loco de atar y que ya ni su mamá lo aguantaba. Seguramente después, cuando gracias a los trabajos del loco les fue tan bien, esa idea ridícula se les quitó a los dos. Esto pasó el día en que Don Jorge se presentó como siempre en el mercado con su habitual carga de pollos. Pero había que ver qué clase de pollos. Era imposible no notarlos entre los otros que la gente vendía; inmensos y gordos como pavos, tuvieron tanto éxito que en un santiamén no quedó ninguno. Como la sequía estaba en su apogeo y la gente compraba granos a Don Eneas sólo para comer, sus pollos

vivían exclusivamente de lo que podían rascarle a la tierra. Y como ésta estaba tan seca y agrietada, poco o nada se le podía sacar, lo cual tenía a los pollos enclenques y en un estado lamentable. Pero no los que cada semana llevaba la familia de Atanasio a vender; eran enormes e hicieron que la gente se preguntara cómo era posible que estuvieran tan gordos si los granos que Don Jorge compraba, por cierto cada vez menos, a todas luces se los comían él y su familia sin dejarles ni un puño a los inocentes pollos del traspatio.

Cómo estaría la gente de desesperada que por aquellos días se organizó una peregrinación para que San Filemón nos sacara de aquellas penurias. Aún faltaban dos o tres meses para que llegara la fiesta del santo, y aunque el alimento estaba garantizado por las trojes de Don Eneas, ya nadie tenía un centavo para comprarlo o ánimo siquiera para embarcarse en una deuda que duraría generaciones. Así que mejor decidieron pedir lluvia y sacar a San Filemón del olvidado nicho de degradación en que lo habíamos puesto, y comenzaron a pasearlo en su andarilla, dándole vueltas y vueltas por todas las ermitas. Por increíble que parezca, y a pesar de la desgracia, se organizó una gran fiesta para ganar el favor del santo. Llegaron la feria y los cohetones, y al ver pasar la imagen de San Filemón por las calles la gente le salpicaba agua a la cara de la estatua con la esperanza de que el patrono despertara y después les hiciera lo mismo a ellos, pero desde el cielo.

Yo creo que San Filemón no estaba tampoco ahí cuando le rogaron que lloviera, porque como siempre se quedó muy quitado de la pena, aún alargando la mano para ver si más bien nosotros le dábamos algo a él.

Justo al otro lado de la calle, sumido entre la gente que lanzaba papelitos y vitoreaba llena de fe al santo, encontré el rostro de Lilia. Sus ojos atentos miraban el festejo llenos de curiosidad, y de pronto, sin más aviso, vinieron a posarse en los míos. Aquella mirada que yo tenía en el olvido me dejó mudo unos instantes. Como si fuera una desconocida, creí oportuno preguntarme de dónde había salido. Lilia no era del pueblo. En ese momento se me ocurrió la estupidez de que tal vez Lilia sólo estaba de paso. Pero pronto volví a la realidad. Había dejado que desapareciera de mi memoria y ésto la había vuelto invisible, hasta ese momento en que mi mirada sostuvo la suya en medio de la multitud y supe a la perfección que siempre había estado allí. ¿Sabe, Detective? Lilia siempre causaba la impresión de estar huyendo de algo.

—¿Y usted le habló, Don Félix?— preguntó el gordito, que había seguido el relato con mucha atención.

—Más bien fue como si con su ojos ella me hubiera hablado a mí— contesté —Lilia era muy comunicativa, lo cual debió causarle algunos problemas con la gente de aquí, que sólo habla para hacer chismes y se guarda todo lo

que es para que nadie pueda tocarlo. Ella, por el contrario, se mostraba tal cual era o tal como a ella le hubiera gustado que uno la viera. Tenía ese poder de ser auténtica y al principio no la entendí; por eso dejé de verla y hablarle. Era demasiado real para ser creíble ¿Me entiende, Detective?

Edmundo Santisteban tenía las cejas arqueadas y la boca dibujando una mueca que denotaba una aceptada ignorancia. Comencé a creer que las caras que ponía cuando yo le contaba algo, y que en un principio pensé eran sólo un rasgo de cortesía para que yo no me ofendiera ante su falta de atención, eran reales. Siempre que el gordito me escuchaba ponía una atención extraña y desmedida que me costaba mucho comprender.

—Poco o nada— contestó el perito con sinceridad.

Sentí que era el momento de abrirle un poco los ojos y de paso sacarle un poco acerca de él. A punto estaba de lanzarme a una serie de preguntas con las que me hubiera sido fácil conocerlo mejor, pero su mirada anhelante me detuvo.

—Por Dios, Detective. Muchas mujeres son como Lilia, claras como la lluvia pero imposibles de entender. Bueno, pero no me va usted a decir que...

Preferí quedarme callado. Edmundo Santisteban se había puesto rojo de pena, con la barbilla hundida en el pecho y las manos, empalmadas como si fuera a rezar,

clavadas entre las piernas. El minuto de silencio que siguió a esta reacción del gordito fue uno de los más largos de mi vida.

—No, Don Félix— murmuró finalmente sin levantar los ojos —Yo no... todavía no.

—¡Vamos!— dije en un tono festivo que intentaba sacarme de esa metida de pata —La cuestión es que a las mujeres no hay quien las entienda. Ya verá, cualquier día de estos se le aparece el diablo, y entonces se va a acordar de mí.

—Fíjese nada más— dijo él, recobrando sus fuerzas —Un demonio hecho de nieve. Quién iba a decir que eso era el amor.

Después le acabé de contar al gordito que Don Jorge hizo mucho dinero con esos pollos gordos que luego se supo él alimentaba con no sé qué menjurje nutritivo que había descubierto al mezclar hierbas y cosas que el cerro le ofrecía gratuitamente. Aquel año, gracias a los pollos gordos y para mi desgracia, todos en Cuetzpaltenango comimos en abundancia. No quiero decir que comimos *bien*, porque sería mentir miserablemente. En cada casa, en cada fogón, se cocinaba un maldito pollo gordo, y eso obligó a que muchos sembraran su cilantro en macetas que sí podían regar y de esa forma condimentar los horribles caldos grasientos con los que me atormentaban. En esos

días Don Jorge amplió su rancho y su criadero a pesar de que Don Eneas, siempre celoso de su deber, le llegó un día con una larga lista de impuestos que debía pagar cuanto antes por el bienestar del Municipio. Ni siquiera eso detuvo al papá de Atanasio, quien muy pronto abrió a un lado de la carretera el restaurante que habría de encumbrarlo finalmente al grado de rico. Así fue como, también para mi desdicha, “El Mil Pollos” fue inaugurado. —Se come bien allí— interrumpió el gordito Santisteban, en tono de defensa.

Después de chasquear la lengua y alzar los ojos al cielo en busca de piedad, expliqué que el nombre se debía a las diversas maneras en que allí se preparaba el ya famoso pollo gordo, la especialidad de la casa. Lamenté asimismo que en esos días, además de comprarle pollos a la familia de Atanasio, también comiéramos, nada más por moda, pollos en la casa de Atanasio. El restaurante se convirtió muy pronto en un centro de reunión bastante visitado.

—No veo en qué le pudo afectar ésto, Don Félix.

—Déjeme decirle algo más— dije en tono de advertencia al gordito —Una cosa es ir a un restaurante y comerse lo que le traigan, y otra muy diferente es darse cuenta de cómo preparan lo que uno habrá de comerse. Créame que si usted viera la matazón de pollos, el desplume y la posterior fabricación del consomé cotidianamente, como yo hice por ser amigo de la familia, no se comería tan

tranquilamente el pollo suyo de cada día. El pollo, Detective, es una de las más irónicas creaciones de la naturaleza. Es un animal absolutamente imbécil, incapaz de pensar en otra cosa que no sea tragar, defecar y dormir. Es un ave, pero no vuela; tiene plumas, pero en ellas sólo colecciona corucos. Es escandaloso y agresivo. Y por si fuera poco lo que le digo, su carne no sabe a nada de nada. —Qué bueno es usted para cambiar de tema, Don Félix— reprochó Edmundo Santisteban, que silbaba y movía una mano de arriba a abajo sobre su pecho. —Empezamos por la Lilia y acaba usted queriendo quitarme el placer de comerme mi buen pollito de vez en cuando. Deje ya en paz a esos pobres animales, que por otra parte ya están muertos, y hábleme de lo verdaderamente importante. Ya no le dé tantas vueltas. ¿Estaba usted que se moría por la Lilia, sí o no?

Me había vuelto a acorralar. Me sentí furioso e impotente y sólo acerté a quedarme callado mientras caminaba por la habitación con los ojos inquisidores del gordito encima de mí en demanda de una respuesta. Fue un silencio angustioso que, desesperado, hubiera roto si no fuera porque alguien azotaba insistentemente la aldaba de la puerta.

—¿Quién será?— dije, y respiré aliviado mientras miraba en el reloj que pasaban de las once de la noche. Edmundo Santisteban se había puesto de pie haciéndome con sus

manos el ademán de que él abriría y no me preocupara. Volvió después de unos cuantos minutos, en los que yo me había concentrado en inventar una respuesta o al menos una evasiva satisfactoria a su odiosa pregunta sobre Lilia. Vi sus cejas contraídas y supe de inmediato que era imperativo responderle, pero en lugar de eso hice una pregunta estúpida, acompañada también por una sonrisa estúpida:

—Era un borracho perdido, ¿verdad?

—Acaban de matar al Padre Estévez— gruñó Edmundo Santisteban, más serio que nunca.

## XI

**A**sí como lo encontramos, quietecito, sentado en su silla y con la cabeza reclinada sobre un hombro, cualquiera diría que el Padre Estévez se estaba echando una siesta. Había una especie de paz en aquel rostro pálido cuyo único color era el amarillo subido de la vela que lo alumbraba. Por instantes, al ritmo crepitante de la llama, parecía como si de pronto su boca fuera a empezar a moverse y balbucir disculpas al verse rodeado por tanta gente al despertar. Pero el pobre estaba más tieso que una tabla, tan frío como la absurda oscuridad en que lo habíamos encontrado. El cielo debe haberle cerrado los párpados en un postrero gesto de misericordia, evitando que contempláramos aquellos ojos que se adivinaban vidriosos y helados.

Mientras andábamos a tientas, nuestros pies chapoteaban en una sustancia pegajosa. Edmundo Santisteban, quien al darse cuenta de la barbaridad en que incurriamos al pisotear la evidencia me hizo una seña para que me pegara a la pared, no dejaba de seguir con la mirada a la mujer que alumbraba la escena con su vela. El rostro tras la llama, colorido en contraste con el del Padre, mostraba unos ojos indefensos perdidos tras el movimiento de su cabello largo y suelto, que sólo

intuíamos gracias a unos leves brillos sobre el fondo de negrura. Instintivamente miré hacia el techo. El Detective hizo lo mismo y concluyó, tan extrañado como yo al bajar la cabeza y verme levantar los hombros, que faltaba la luz en la habitación. Ahí, colgando, vimos el viejo y empolvado candelabro y se me ocurrió por un momento que Alma, la mujer que había hallado el cadáver del Padre Estévez y ahora nos lo mostraba con la tenue luz de su vela, había apagado las luces respetuosamente. O tal vez lo había hecho para evitar que el espectáculo nos impresionara demasiado. Edmundo Santisteban abrió los brazos, y caminando hacia atrás nos hizo retroceder hasta casi ponernos de espaldas contra la pared. Alma, aún callada y mirándolo fijamente, sacó otra vela del delantal y tras encenderla, se la ofreció amablemente. Noté que al gordito le temblaba la mano al tomarla, y tras unos segundos en los que seguramente ideó una posición de la mano que evitara andar tirando gotas de cera por todo el piso, se volvió a acercarse al inerte Padre Estévez, no sin antes agacharse a reconocer sus propias huellas sobre la sangre y tratar de determinar si había otras. El silencio era incómodo y aún así nadie parecía estar dispuesto a decir una sola palabra. Nadie, excepto el Chato, que había entrado en la casa parroquial al amparo de la oscuridad y logró ponerse a mi lado con dificultad. Lo reconocí por su olor.

—¿En qué le echo la mano, jefe?— preguntó, haciéndole notar al Detective su presencia.

Edmundo Santisteban volteó a vernos y su rostro me pareció aún más rojo de lo acostumbrado a la luz de la pequeña flama.

—Esto sería más fácil si pudiera ver, ¿no crees, Chato?— contestó, como al aire.

—¿Le prendo la luz?— dijo el Judicial, solícito e ingenuo con la mano sobre el interruptor y sin notar el movimiento negativo de cabeza que con ojos muy abiertos nos hacía Alma desde su esquina apenas iluminada.

—Gracias a Dios que no hay luz— declaró con alivio y sarcasmo el gordito Santisteban al ver el gesto de Alma — Por un momento pensé que así era como se hacía la investigación de un asesinato en este pueblo...

El Chato me miró con resignación y encogió los hombros. No duraría mucho así. Un grito del Detective lo puso de nuevo en alerta:

—En vez de poner esa cara de estúpido, Chato, ¿por qué no mejor vas allá afuera a ver qué diablos pasa con la luz? ¿no ves que así no se puede hacer nada?

—Ah, pues sí— dijo el judicial, y sin más, salió de la habitación trastabillando.

El gordito había abandonado sus observaciones y caminaba a nuestro alrededor, dando vueltas. Parecía querer decir algo, pero mirándome supo que no era a mí a

quien debía hacerlo. De todos modos se me acercó, y poniéndose cerca de mi oído, me susurró:

—Don Félix, ¿Me haría usted el favor de preguntarle a la señorita a qué horas ocurrió esto?

—Desde luego, Detective— respondí en el mismo tono — Pero ¿por qué no se lo pregunta usted mismo, si se puede saber?

—Hágame usted ese favor— me dijo, visiblemente cohibido y con las manos metidas en las bolsas del pantalón.

Tomé la vela que me ofrecía y me dirigí a Alma, que seguía en su rincón con cara compungida. Estuve con ella unos cuantos minutos, escuchando lo que tenía que decirme y que me relató en una voz apenas audible. Después volví con el gordito, que aguardaba impaciente.

—¿Y bien?

—Dice que debe haber pasado hace como una hora y media o dos, Detective— le informé, tratando de reproducir las palabras exactas de la mujer —Lo encontró todo así cuando venía a ver si se le ofrecía algo al Padre antes de irse a dormir.

—¿Y la luz?— inquirió el gordito —¿Tampoco había luz cuando lo encontró?

—No. Cuando llegó trató de encenderla y se extrañó de que no sirviera el candelabro.

—Bueno, ¿y qué demonios pasa, si en la casa de junto sí hay energía eléctrica? ¿Dónde carambas está el inútil del Chato?

—Aquí— contestó el aludido desde la puerta —Con la novedad, mi jefe, de que cortaron el suministro...

—¡Cómo! ¿Alguien no pagó el recibo a tiempo, o qué?— refunfuñó el Detective, visiblemente contrariado pero aún con un poco de humor sarcástico.

—No, jefe. Quiero decir que cortaron los alambres...

Santisteban prácticamente me arrastró tras de sí para ver aquello con sus propios ojos. Al llegar a la toma de luz pudimos observar que, efectivamente, los cables habían sido cortados con extraño cuidado.

—Esto se pone bueno, Don Félix— dijo él antes de lanzarse nuevamente hacia adentro. Una vez allí, dio órdenes al Chato para que fuera al campamento por las herramientas, fotografiara la toma de luz y reparara el daño cuanto antes.

No pasó mucho tiempo sin que sus peticiones se vieran cumplidas. En ese lapso, sin embargo, pudimos ver con mayor detalle la escena del crimen gracias a las linternas que hizo favor de prestarnos la gente de Don Eneas, que había llegado a la casa parroquial en las camionetas del Municipio.

El piso alrededor del cuerpo del Padre era ya a esas alturas un verdadero estropicio. Un sinfín de huellas

sobrepuestas le daban un aspecto lastimoso y el olor dulzón de la sangre inundaba el ambiente. El Padre Estévez yacía sentado y con sus propias tijeras clavadas en el cuello, que al parecer habían sido encajadas allí mediante un golpe seco y decidido. Sus manos estaban también llenas de sangre coagulada, como si frenéticamente hubiera intentado sacar el improvisado puñal de la herida. Algo o alguien debió mantenerlo ahí sentado e inmóvil, tras esta acción refleja, hasta que se desangró por completo. Sin duda, el rápido ataque del que fue víctima evitó que pudiera gritar. El concienzudo análisis del gordito no descubrió señales de lucha en la habitación ni objetos fuera de su lugar habitual, excepto unas cuantas monedas y una llave que encontramos sobre la cajonera. A Alma le pareció rarísimo ver estas cosas ahí cuando nos detalló la manía que el muerto tenía por el orden.

Una vez restablecida la energía eléctrica evaluamos con mayor calma la situación. La llave sobre la cajonera había servido para abrir una de las grandes y sólidas gavetas. Esta era la única con chapa y no parecía forzada, sino solamente mal cerrada. Los otros cajones y su contenido permanecían intactos. En ellos se guardaba, impecablemente doblado, el guardarropa del religioso y algunos otros objetos personales al parecer sin valor para el atacante y aún en escrupuloso orden. El intruso había

enfocado sus esfuerzos en el cajón con chapa, donde el Padre guardaba celosamente el dinero de las limosnas. Alma me informó entre lágrimas que ignoraba la cantidad que ahí se guardaba, pues sólo el Padre tenía acceso a la llave. Al revisar de nuevo el cuerpo del muerto hice notar al gordito que tenía la camisa inusualmente desabotonada y que faltaba en su cuello la cadena de la que colgaba aquella cajita metálica que servía para guardar la ostia, la llave del extinto sagrario y, entonces lo supe, también la de aquel fatídico cajón en la casa parroquial. Inútilmente buscamos la cadena de oro y la cajita de la eucaristía. Una rosácea herida de fricción en la parte trasera del cuello del Padre convenció a Edmundo Santisteban que ésta le había sido arrancada con violencia.

El Detective explicó al recién llegado Don Eneas que el Padre vivió para contemplar el ultrajante robo a que fue sujeto. El munícipe, vivamente conmovido y sin poder apartar su vista del cadáver, mandó colocarle una sábana encima y escuchó al gordito relatar cómo los cajones intactos le habían hecho llegar a tal conclusión. El ladrón y asesino supo perfectamente a dónde dirigirse, información que sin duda obtuvo del aterrorizado Padre, a quien después despojó de su cadena de oro. Al llegar a este punto, el gordito se detuvo y pareció reflexionar. Me llamó con un vaivén de la mano.

—Pregúntele a la señorita, Don Félix, si encontró una vela al llegar a la habitación ¿quiere?

Accedí encantado. Me gustó descubrir en el gordito aquella aparente imposibilidad de dirigirse a las mujeres que en otras circunstancias me habría sido imposible comprobar. Fui con la frágil Alma, se lo pregunté, y volví con los funcionarios. Les dije:

—Alma no vio ninguna vela, ni encendida ni apagada, cuando encontró muerto al Padre Estévez.

—Qué raro— replicó a su vez el Detective con un dejo de intriga en su voz y llevándose teatralmente la mano a la barbilla.

—¿Qué es lo raro?— interrogó impaciente Don Eneas, tomando al gordito por el hombro.

—Pues que al momento del asesinato aún había luz en la habitación. Quienquiera que haya sido, debió haber cortado los cables al salir.

—¿Y para qué demonios?— explotó el munícipe —iEso carece de sentido!

—Absolutamente— sentenció el gordito, pensativo.

—Otra vez los cables, como en la iglesia...

Aquella última frase, que nos dejó fríos y causó que las miradas de todos se cruzaran como afectadas por una revelación, salía, ni más ni menos, de labios del horrible Chato.

—Siga— ordenó Don Eneas al judicial con los ojos desorbitados y apresurándolo con un rápido movimiento de mano.

—Pues yo nomás digo— detalló el Chato arrastrando la voz al saberse centro de la atención —Allá los cruzaron, acá los cortaron...

—Nuestro asesino anticatólico, Don Félix. ¿Se acuerda?— susurró iluminado en mi oído el gordito Santisteban —Y parece que nos reta. No, si este condenado Chato es un genio...

Don Eneas no dejó de mostrar una intensa preocupación. Sus ojos desvelados delataban una comprensible desazón que probablemente le iba a quitar el sueño por varias noches. Afuera de la casa parroquial, la gente se había arremolinado tras conocer la noticia del infeliz fallecimiento de su eximio guía espiritual. En pequeños coros, el clamor popular era una demanda por la seguridad del pueblo y el pronto esclarecimiento de los recientes hechos delictivos. Las beatas lloraban nuevamente desconsoladas, aferradas a sus rosarios como única vía de salvación. El ambiente general era de absoluta reprobación y Don Eneas fue bombardeado al salir con reclamaciones y algunos objetos contundentes. Por fortuna, el presidente municipal se rehízo rápidamente y se encaramó como pudo en la caja de una de las camionetas.

—¡Amigos!— gritaba, levantando las manos con las palmas abiertas, gesto muy suyo con el que buscaba caldear los subidos ánimos de la turba y que como es sabido nunca le había fallado en situaciones adversas. Las manos, sin embargo, sólo le sirvieron esta vez para detener los objetos que le lanzaban, y debe decirse que no lo hacían con mucho éxito. Cuando por fin la gente logró calmarse, o bien se quedó sin proyectiles, Don Eneas levantó de nuevo su estentórea voz. En su rostro se percibía una furia harta de verse contenida. Tan pronto como pudo tomar aire, exclamó:

—Amigos, bien sé que ya no tengo cara para seguirles prometiendo cosas. No hace ni un mes perdimos a nuestros queridos hermanos y una buena parte del patrimonio monumental de nuestro amado Cuetzpaltenango. Cualquiera de ustedes puede tener la certeza de que hemos seguido todas las líneas de investigación, aunque desafortunadamente sin resultados palpables. Bien sé también, aunque suene redundante, que esto les ha causado, como a mí, un profundo sentimiento de desesperanza e indefensión que difícilmente habremos de erradicar de nuestros corazones.

Pues bien, no haré más promesas. En cambio, reafirmaré las anteriores. Se hará justicia, porque hoy, nuevamente, hemos visto perjudicada la paz de nuestro pueblo; nos ha sido arrebatada otra vida inocente y

dedicada al servicio, cuya humildad y honestidad quedarán por siempre fuera de toda duda. Se hará justicia, insisto, porque de poco valdría tener de nuestro lado a la ley si no la aplicamos apropiadamente. Y la estamos aplicando. Por Dios que me mira que estamos poniendo todo de nuestra parte. Y es aquí donde refrendo mis promesas, amigos. Vamos a agarrar a este cínico asesino-electricista y le vamos a hacer pagar por cada una de esas vidas destrozadas. Y hasta por cada lágrima, ¡Faltaba más!

La verdad es que la última parte del visceral discurso de Don Eneas ya nadie la escuchó. Nadie vio tampoco que las lágrimas se le salían al funcionario con cada inflexión de su voz. Todos estaban más bien interesados en ver cómo salía el cadáver de Padre Estévez en una camilla y cubierto por una sábana blanca que sólo dejaba asomar los zapatos ensangrentados. Las mujeres continuaban con su inagotable llanto y hacían cuanto les era posible por tocar el cuerpo y santiguarse, como si fuera una de esas imágenes de las procesiones. Y bueno, tal vez lo era, porque lo que sí era seguro era que Cuetzpaltenango se iba quedando cada día con menos y menos santos.

Edmundo Santisteban, que había estado dirigiendo la maniobra del traslado del cuerpo tras la obligatoria toma de fotografías y huellas en el lugar, salió por fin a la calle y vio con desconsuelo el ambiente funesto reflejado

en los rostros macilentos de la gente, que abandonaba el lugar encaminándose al velorio de su sacerdote. El Chato apareció poco después, palmeando como quien se sacude el polvo y preguntando por la cena, pero el gordito lo fulminó con una rápida mirada que lo hizo callar de inmediato.

—No me lo va usted a creer, Don Félix— me dijo el Detective, tan pronto quedamos a solas —pero después de todo lo que me ha venido contando estos días, y a pesar del dolor y la furia que me causa esta nueva tragedia, lo que no puedo es dejar de pensar en la cara que habría puesto su Lilia al ver lo que pasa. Como usted me la ha descrito, apenas logro imaginarla tan triste en medio de este trance...

Lo miré con los ojos entrecerrados, intrigado.

—No le entiendo, Detective ¿Por qué piensa usted que Lilia estaría siquiera un poco triste por todo esto?

—¿Cómo por qué?— obvió él, dando vuelta y alejándose —¡Pues por la muerte del Padre y el pueblo entero sin amparo!

—Qué va— dije sonriente, chasqueando la lengua y manoteando el aire restándole importancia —Si Lilia no era nada religiosa, le disgustaban las ceremonias y los templos y todo eso...

Vi al gordito Santisteban detenerse en seco antes de darse de nuevo la vuelta y mostrarme en su rostro una

agresiva expresión de incredulidad que me tomó por sorpresa.

—¿Qué?— reclamó con voz temible mientras caminaba hacia mí apuntándome con un dedo, hasta encajármelo repetidamente en el pecho —¿Por qué no me dijo eso antes, Don Félix? ¿por qué?

## XII

**E**l problema con el gordito Santisteban es que después de enojarse por algo no habla. Por eso no me pareció raro que aquella noche no le escuchara hacer ruido al llegar, y que prácticamente pudiera dormirme de inmediato. Tampoco me despertaron sus mandíbulas batiéndose sobre sus acostumbrados bocadillos nocturnos, ni sus cuchicheos e idas y venidas por toda la habitación. Dormí como un ángel. Al despertar por la mañana esperaba verlo como todos los días cocinando diligentemente el desayuno, práctica que se había hecho común en él quizás como una forma de agradecerme la hospitalidad que le brindaba, pero, para mi extrañeza, Edmundo Santisteban no se había levantado aún. Comencé a preocuparme, porque él nunca faltaba a sus alimentos matutinos, que de acuerdo con él eran los más importantes del día. No fui capaz de percibir rastros de tocino en el aire ni vi nada fuera de lugar en la cocina. El gordito debía estar enfermo. Aún bostezando y rascándome la cabeza decidí llamar a la puerta de su habitación para ver si necesitaba algo, pero ésta se abrió con el primer golpe de mis nudillos. Adentro todo estaba en orden, es decir, en el desorden habitual que tanto parece disfrutar el Detective. La cama, sin embargo, estaba intacta. Supe entonces que el gordito no había

pasado la noche en casa, y no pude sino alarmarme un poco. La muerte del Padre Estévez estaba muy reciente, teníamos a su asesino rondando por las calles, y sin duda el gordito perseguidor podía ser la siguiente víctima. Me vestí tan rápido como pude y salí corriendo a la calle con la almohada todavía marcada en el pelo. La bruma de todos los días se hallaba convertida en una finísima lluvia que anunciaba la temporada húmeda en Cuetzpaltenango.

Llegué al palacio municipal con la esperanza de encontrarle ahí, pero ni siquiera habían abierto las oficinas y con seguridad Don Eneas seguía roncando despreocupadamente en su cama. Esperé un rato debajo de los portales. De cuando en cuando algunas vagas siluetas se asomaban entre la niebla, pero ninguna tenía el volumen suficiente para ser confundida con la del desaparecido gordito Santisteban. Otras veces era el ruido de alguien caminando sobre los charcos lo que me alertaba acerca de la posible llegada del Detective. El pueblo estaba hundido en un silencio poco común, o al menos así me lo pareció con la preocupación que traía metida.

Lo que es cierto es que yo sabía que el gordito podía cuidarse solo. Incluso me negué a creer en la posibilidad de que le hubiera sucedido algo, pero no dejaba de sentirme culpable por lo que había pasado la noche anterior, cuando se salió de sus casillas al darse cuenta que yo lo había privado de un detalle para mí

carente de importancia pero que de algún modo resultaba una pieza clave en su investigación.

Al llegar a la casa no pude dejar de preguntarme por qué era tan importante el hecho de que Lilia fuera tan poco religiosa. Lo pensé mucho mientras hacía algo de comer y tuve un poco de tiempo para recordar algunas cosas. Por un momento, antes de dar el primer bocado del día, vinieron a mi memoria las pocas veces que vi a Lilia adentro de una iglesia y cómo acostumbraba mirar por el rabillo del ojo para ver qué era lo que los demás alrededor hacíamos durante la misa. Ella solía reírse de lo mala actriz que era al tratar de imitarnos, tal vez apenada por no conocer el rito ni las oraciones. Lilia siempre se levantaba y sentaba después de todos y murmuraba moviendo apenas los labios pretendiendo que realmente rezaba y comprendía lo que el Padre hacía al frente. Fue por estas añoranzas que de pronto me di cuenta de lo extraño que era el hecho de que Lilia estuviera dentro de la iglesia de San Filemón cuando ésta ardió. Había dejado de pensar en ella desde hacía tanto tiempo que no tuve la oportunidad de reparar en ese detalle. Para ser sincero, pensé mucho en ella durante esos años, pero no de la mejor manera. Había aprendido a odiarla. Al menos a creer que lo hacía con todas mis fuerzas. Cuando Lilia y yo dejamos de vernos ella simplemente decidió desaparecer de la vista de todos. Sobre todo de mí. Por eso fue que sin que nadie la viera,

una noche salió de Cuetzpaltenango y pensé, erróneamente, que era para siempre. Y yo me quedé esperándola afuera de su casa vacía, por cuyas ventanas se asomaba una y otra vez su abuela enferma, sólo para verme ahí parado sin hacer preguntas, sin averiguar a dónde podía haber escapado Lilia dejándome ahogado en ese mar de preguntas que casi me volvieron loco. Inútilmente esperé que un día cercano reapareciera, porque no volví a saber de ella. Después me dijeron que la habían visto en otra parte, y con otro alguien. Pensaba por entonces que había logrado olvidarla por completo, y desde luego, por enésima vez, estaba equivocado. Llegué incluso a convencerme de la posibilidad de que Lilia hubiera muerto, lo cual me proporcionaba una extraña y falsa sensación de tranquilidad. Entonces, al saberla viva y al lado de otro, me sentí derrotado. Recuerdo que cuando finalmente ella misma me dijo que se había casado sentí que el verdadero muerto era yo. Olvidada o reducida como la tenía a una parte de mi cabeza que jamás creí que escombraría, Lilia volvió repentinamente a la vida y me pareció, al estar leyendo la carta que ella muy atenta y amablemente me envió, que aún podía escuchar el arroz cayendo sobre su pelo, donde quiera que ésto hubiera pasado.

El agonizante paso del tiempo se encargó de hacerme entender que sólo me quedaba el olvido. De

alguna forma, los años que siguieron a la boda de Lilia me convirtieron en un ser extraño y cerrado al que nada parecía importarle. Todo esto pasó después de que hice una hoguera con las cartas y los regalos que Lilia me había dado en el tiempo en que estuvimos juntos. Traté de explicármelo mil veces, pero lo único que logré fue darme cuenta de cuánto la odiaba.

Por eso, cuando Atanasio me dijo un día muy emocionado que la había visto caminando por el pueblo, me sentí confundido. Su marido, decían, la había abandonado miserablemente. Desde luego en un principio me alegré de que su destino hubiera sido igual al mío, pero después una incomprensible angustia se apoderó de mí. Dejé de dormir varias noches ante la posibilidad de que aquella vez fuera a ser igual que la anterior, cuando los ojos de Lilia se toparon con los míos en la calle y ya ni las palabras pudieron evitar que estuviéramos juntos. Después de pensar y pensar en el asunto, lo que sentí fue simplemente terror. Dejé de salir para evitar encontrármela, y cuando lo hacía fingía demencia y corría para esquivarla. No volví a escuchar su voz, y debo agregar que, para mi desgracia, Lilia seguía tan hermosa como antes. Era imposible no notarla. Tal vez ella se dio cuenta de que no deseaba verla ni hablarle. Hoy pienso que en realidad yo no le importaba. Después vino el incendio de la iglesia. Verla muerta y calcinada entre los escombros,

debo confesarlo, me trajo un alivio enfermizo que contrastaba con la desesperación de Atanasio, quien disfrazó de furia su desconsuelo y arremetió contra mi despreciable desapego.

Afuera comenzó a llover. Era la primera lluvia seria del año. Estaba atardeciendo, y genuinamente preocupado, me asomé varias veces a la ventana para ver si el gordito Santisteban regresaba de una vez por todas. Llegó apenas entrada la noche. Estaba completamente cubierto de lodo y chorreando por todas partes. Vi a Atanasio acompañándole hasta mi puerta y después partir casi sin palabras. Lo primero que hice fue preguntarle al Detective dónde había estado, pero sólo respondió con un gruñido indescifrable. Sentí entonces que mi deber era alimentarlo, así que saqué de la despensa uno de sus gelatinosos jamones enlatados, lo corté en rebanadas, lo freí, y lo acerqué a la mesa con un vaso de agua de pitahaya. Edmundo Santisteban salió unos minutos más tarde de su habitación, envuelto en un viejo sarape que yo guardaba en el armario. Aún temblaba de frío. Lo mismo sentí acerca de su mirada, inquisidora, que al seguirme por la casa me dejó helado. En ese momento le pregunté, lo más jovialmente que pude:

—¿Qué hay de nuevo, Detective?

—Mucho— contestó, devorando con fruición la escasa comida que le había servido. Me senté junto a él y le vi

comerse el jamón completo en cuatro bocados. Cuando hubo terminado, y después de darles sonoros tragos al vaso con agua, suspiró profundamente. Supe que iba a comenzar a hablar.

—Usted perdonará, Don Félix...— continuó al fin después de una de sus estudiadas pausas de suspenso —...que no haya tenido la delicadeza de avisarle que no vendría ayer a dormir a su casa. He andado todo el día caminando por los cerros, ¿sabe? Tratando de comprender. ¿Se da usted cuenta de lo ilógico que resultó todo esto cuando me dijo que la Lilia no entraba a una iglesia ni por error?

—Pues ahora que lo dice, sí— convine con él con voz apagada. El gordito seguía mirándome con una suspicacia paralizante.

—¿Y entiende usted el terrible predicamento en que esto lo pone, Don Félix?

—¿A mí?— pregunté, ofendido y con una convincente incredulidad preparada a lo largo de todo el día.

—Sin duda alguna— dijo tajante el gordito, clavándome profundamente sus ojillos brillantes. No sé, quizás esperaba que con aquella mirada acusadora yo me doblegaría finalmente y le contaría toda la verdad. Y yo, entonces, comencé a preguntarme qué clase de verdad querría escuchar el Detective. Por eso, en vez de hablar, lo que hice fue quedármele mirando con una expresión de idiota con la que, según me pareció, lo desarmé por

completo. Una vez repuesto de aquel desliz, el gordito se empinó lo que le quedaba de agua y secó su boca con una esquina del sarape lustroso.

—Me va empezando a parecer que el centro de todo este teatrillo del incendio y los muertos— dijo parsimoniosamente Edmundo Santisteban —es ni más ni menos que la famosa Lilia.

—¿Y eso?— inquirí, aún con mi cara de idiota.

—No vale la pena que finja conmigo, mi estimado Don Félix. Usted y yo sabemos muy bien lo que se traía con ella desde hace tiempo. Es claro que su presencia en el pueblo a usted le removía las tripas, y sólo Dios sabe si no el corazón también.

—Oiga, Detective, no se exceda, ¿de veras cree usted que yo...?— exclamé, agregando a mi cara de idiota una sonrisa y un manoteo de desprecio.

—Mire, mire— dijo el gordito con frialdad —Tuve todo el día para pensar en lo que le digo. A fin de cuentas, parece ser que la Lilia sólo le resultaba incómoda a usted. Su vuelta al pueblo debe haberlo puesto loco de coraje. Espero que no trate de negarlo, porque lo oí varias veces de usted mismo. Ya su amigo Atanasio, quien amablemente me acompañó durante el día por esos interesantes cerros que tienen ustedes, tuvo a bien contarme con más detalles la relación que usted tuvo con ella y el cambio que se operó en su persona al verse

abandonado. La pasión, mi amigo, puede llevarlo a uno al extremo y a pensar con las vísceras...

—Me parece, Detective— alegué de inmediato —que usted está adelantando juicios. Ya le dije que a mí Lilia había dejado de importarme hace bastante tiempo. Es cierto que no esperaba que regresara y que me tomó por sorpresa verla caminando por las calles como si nada, pero puede usted preguntarle a quien quiera si acaso dije una sola palabra al respecto.

—Precisamente— argumentó el gordito con una determinación tan firme que hizo que me asustara, y metiendo de paso su mano disimuladamente bajo el sarape, donde seguramente asió la cache del revólver que portaba en uno de esos incómodos arneses que suelen usar los policías —Ese silencio es lo más raro de todo. Es exactamente lo que yo haría si quisiera desviar la atención de los que me conocen... Si como supongo, usted seguía aborreciéndola, ¿Qué mejor coartada para el crimen que esa extraña costumbre suya de andar siempre solo y mudo por el pueblo? ¿Quién me quita la idea de que usted cerró la puerta del templo e inició el fuego para acabar con el terrible tormento de seguirla viendo?

—Atanasio— contesté con seguridad.

El gordito quedó como pasmado.

—¿Qué diablos pinta Atanasio en todo esto?— exclamó, ya con la pistola desenfundada al ver que me levantaba de la mesa tras su acusación.

—¿Le dijo Atanasio que él amaba a Lilia?— grité, francamente molesto— ¿Eh? ¿Que siempre la miró con devoción, sin recibir otra cosa que desprecios? ¿Le contó todo eso el buen Atanasio, Detective?

Edmundo Santisteban, destilando sudor, había quedado completamente paralizado.

—Nada de eso— dijo finalmente.

—Pues no me extraña que él mismo piense que fui yo quien mató a Lilia. A “la Lilia”, como ustedes le llaman. Atanasio nunca pudo soportar que fuera a mí a quien le hizo caso.

El gordito había caído pesadamente sobre su silla y después colocó la pistola sobre la mesa. Tomándose la cabeza con la mano, me pidió a señas que siguiera adelante.

—Mi amigo Atanasio— proseguí —tiene un gran defecto, y es que siempre se ha sentido aplastado por mí. A pesar de que siempre tuvo todo para que fuera al revés.

—¿Y la Lilia?— preguntó el gordito, en un resoplido.

—Lilia era algo que él siempre vio inaccesible. Ahora que lo pienso, Atanasio no debe haberse perdonado no poseerla. Por lo visto no ha dejado de culparme, primero por la salida de Lilia del pueblo, y ahora, imagino, por su

muerte. Debió usted verlo cuando me negué en un principio a enterrarla. De haber podido, me habría golpeado. Sólo el difunto Padre Estévez logró detenerlo.

—De modo que él la amaba también. Que pasión tan inútil.

—No crea. Lilia fue su amiga pero nunca lo dejó pasar de ahí. Al parecer le convenía tenerlo de esa forma, y a Atanasio ni los años pudieron evitarle seguir amándola.

—Con todo respeto, Don Félix, me parece que a la Lilia le gustaba jugar y ustedes fueron únicamente juguetes a sus órdenes...

—A Lilia, Detective, pasará usted toda una vida tratando de entenderla o abarcarla, sin lograrlo— sentenció.

—No tengo toda la vida para desenredar esto— exclamó el gordito al ponerse de nuevo su chamarra y guardar su revólver en la funda —Le pido una disculpa. Atanasio no debe estar lejos, y ahora tiene mucho qué explicar. Nada más falta, mi buen Don Félix, que también me haya mentido acerca de la maravillosa historia de su pueblo, del ilustre Don Heriberto Meléndez o de la magia de los cerros. Eso sí, se lo juro, no se lo voy a aguantar...

## XIII

**E**xiste una impresionante cantidad de pretextos para sentirse miserable. A veces las montañas que en otros tiempos solían ponerme feliz con sólo mirarlas me hacen soltar las lágrimas; los mismos montes donde el ilustre Heriberto Meléndez combatió furiosamente a los franceses invasores, donde se planearon grandes batallas y transcurrieron muchos años de mi niñez. Fue precisamente en el cerro de la Atalaya donde todo comenzó con Lilia, aunque ahora que lo pienso empezó en todas partes. Ahí, en la leve loma a la que llegábamos después de caminar un rato con la ingenua creencia de ser solamente amigos, comencé a mirarla de una forma que no se me pudo quitar hasta su muerte. Cuetzpaltenango se tendía en el valle abajo y algunas nubes, muy en lo alto, parecían querer tocar la calma con que contemplábamos el paisaje. Algunas veces el cerro estaba completamente seco y se podían ver los ríos de hormigas arrasando con todo a su paso, en camino a esos enormes edificios de piedra roja que habían venido construyendo desde quién sabe cuándo. Otras veces estaba todo cubierto de flores blancas y amarillas, tréboles y unas hierbas que, como mariposas, cerraban sus hojas cuando las acariciábamos, aterradas o simplemente en éxtasis. De cuando en cuando, las

parvadas de pájaros negros pasaban sobre nuestras cabezas, gobernados por una inteligencia incomprensible que las hacía moverse como si fueran una sola cosa antes colonizar la copa de un árbol en medio de un griterío solamente comparable a una multitud al borde de la locura.

Lilia solía mirar al horizonte con melancolía y en un profundo silencio. Mientras tanto, yo la admiraba a ella hasta que el sol se ocultaba. Otras veces, *Gesta Heroica de Cuetzpaltenango* en mano, pretendíamos estar viendo a los ejércitos maniobrando sobre las lomas, dirigidos por nuestro héroe o en medio de irregulares explosiones que, para nuestra admiración, no los hacían retroceder. Escuchábamos incluso el sonido de las espadas chocando, en manos de soldados con uniformes coloridos y perfectos.

A veces era sólo recordar. Los cerros están hechos para eso. Las fuertes lluvias nos azotaron sin lograr que nos moviéramos siquiera. El agua saltando en los charcos lodosos sólo nos hacía arrimarnos más el uno al otro. Lilia, que en aquel entonces me parecía el ser más protegible del mundo, lloraba escondiéndose bajo la lluvia horizontal y el hueco de sus manos sobre la cara. Lucía indefensa y ausente. Sólo Dios sabe lo que ella recordaba en esos momentos. Porque lo que yo recordaba difícilmente me hubiera hecho llorar. Los cerros de Cuetzpaltenango, por

el contrario, estaban llenos de cosas que me construían una sonrisa. Era como si siempre fueran nuevos o los viera por primera vez. Hoy no es lo mismo. Tengo motivos para no regresar ahí. Hablar de los cerros con Edmundo Santisteban, tan interesado últimamente en el tema, habría sido la causa de que yo terminara en llanto, aunque sinceramente no puedo acabar de explicarme por qué. Aun con Lilia arrancada de este mundo y mi impostada seguridad respecto a lo que sentía por ella, me sentí incapaz de narrarle al gordito lo que había aprendido en la escuela o mis correrías por las montañas. Ante la insistencia del Detective por saber más y más, decidí comprarle un ejemplar de la *Gesta Heroica* y dejar que averiguara todo por él mismo. El gordito había quedado intrigado por las cosas que Atanasio le contó durante sus averiguaciones, pero al mismo tiempo tenía dudas respecto al grado de verdad de su informante. Era lógico. Después de todo, mi amigo había omitido demasiadas cosas de importancia.

Mientras Atanasio era rudamente interrogado en alguna obscura habitación del Palacio Municipal, me di a la tarea de conseguirle su libro a Edmundo Santisteban. Y me vi de pronto a las puertas de la casa de Don Rubén Ontiveros, el historiador del pueblo. La mujer que trabajaba para él, una de tantas sin rostro en esta historia, se encontraba barriendo la entrada sin prestarme

atención. Mientras le echaba agua al polvo para facilitar el barrido, la mujer dejó caer la escoba distraídamente y su mango vino a caer a mis pies. Supe que aún no me había visto llegar, porque cuando me agaché para recoger la escoba y dársela, ella de pronto volteó, y al verme allí empuñando aquella arma contundente, echó a correr al interior de la casa, dando alaridos y azotándome la puerta en las narices. Desconcertado por su comportamiento, mismo que me impidió explicarle que sólo deseaba devolverle la escoba y comprar una copia del libro de Don Rubén, me quedé allí, frente a la puerta, escoba en mano y sin saber qué hacer. Al poco rato noté que un ojo escudriñaba mis movimientos detrás de la cortina de una ventana rota. Quizás se preguntaba si me iría, o tal vez sólo quería ver dónde le dejaba la escoba. Cuando intenté acercarme a la ventana para explicarle el motivo de mi visita, aquel único ojo se eclipsó de nuevo tras la cortina, y en ese instante escuché la débil voz de la mujer, que me decía a manera de ruego:

—Si vino a pegarnos, conténtese con romper lo que quiera y luego váyase.

Entonces me di cuenta de lo que había sucedido. Al retroceder unos cuantos pasos y contemplar la casa del cronista, vi que la mayoría de las ventanas estaban rotas y cubiertas por plásticos. Se notaban, además, varias abolladuras en la parte metálica de la entrada, y del farol

con el que solían alumbrarla sólo quedaba un foco roto e inservible colgando de un alambre. No me costó mucho imaginar la causa. Después de la terrible decepción sufrida por los habitantes de Cuetzpalténango al enterarse de los supuestos yerros contenidos en la *Gesta Heroica*, la casa del cronista se convirtió en el blanco de una gran cantidad de atentados, debidos con seguridad a la frustración y la ignorancia. Sin duda aquella mujer me tomó por un nuevo agresor cuya misión era quebrarle en la cabeza el palo de la escoba, y antes de tener que averiguarlo, había preferido ponerse a resguardo.

El ojo volvió a mirarme, intrigado por mi falta de actividad destructora. Le sonreí lo mejor que pude.

—¿Qué quiere?— volvió a decir la voz de la mujer, ahora tras la puerta de metal.

—Quiero hablar un momento con Don Rubén.

—Está postrado— dijo la mujer, que abrió la puerta para dejarse ver, aparentemente recuperada del susto inicial — No creo que pueda atenderlo.

—Dígale por favor que nada más necesito un ejemplar de la *Gesta*, que si me la puede vender.

La puerta volvió a cerrarse lentamente y la mujer, convertida en una sombra borrosa tras los cristales, se desvaneció. Después de unos cuantos minutos, que se me hicieron eternos bajo la mirada inquietante de algunas personas en la calle que me veían con enojo, volvió a

aparecer, y con aire resignado me indicó con una mano que pasara.

—Que dice Don Rubén que quiere verlo— masculló — Sígame por aquí.

Encontré al cronista sentado en una antigua mecedora, absolutamente silencioso y con la mirada perdida en la pared de enfrente. Al acercarme a él pude ver que el muro que miraba el anciano era en realidad una enorme estantería repleta de libros. La oscuridad en que Don Rubén se hallaba me impidió notarlo antes, pero una vez acostumbrado a la falta de luz, concluí finalmente que me encontraba en su biblioteca personal. La gente de Cuetzpalténango se refería a ese sitio como “la covacha”, aunque nadie hasta entonces había tenido la oportunidad de verlo en realidad. Imaginábamos su existencia porque Don Rubén, que siempre se caracterizó por sus ganas de que la gente leyera, había abierto hace años al público su cochera, donde puso mesas y sillas para los lectores de los libros que él mismo seleccionaba de su colección, y que para sorpresa de muchos nunca eran los mismos. Aquella precaria biblioteca pública, sin embargo, estaba cerrada hace varios días. Después del incidente nadie había vuelto a ver al anciano ni se había parado en la cochera, de no ser para lanzar una piedra al patrimonio del otrora orgulloso historiador del pueblo.

—No queda ni una— le escuché decir con su voz gastada y melancólica —y de todos modos no me explico por qué querría usted una *Gesta Heroica de Cuetzpaltenango*, si contenía puras mentiras.

—Yo no creo que estuviera equivocada— le contesté.

—Qué más da. De cualquier modo todas ardieron, hasta la última prueba de imprenta.

—¡Pero eso es imposible!— exclamé —¿Y sus propios ejemplares?

—Aquí la señora se encargó de sacarlos y echarlos ella misma a la hoguera— dijo Don Rubén en tono de resentimiento, señalando a la mujer que lo atendía, quien antes de salir llorando de la habitación mantuvo la cabeza agachada, aceptando su debilidad frente a la turba inquisidora.

—Entonces, ¿Ni una sola?

—Así es— dijo el viejo con amargura —Largos años de investigación y esfuerzo borrados para siempre y condenados al olvido. Todo se lo llevó el fuego de la barbarie.

—Pero volverá usted a imprimirlo, supongo.

—Supone mal. He desmantelado mi imprenta y devuelto los tipos a su lugar. Ya no tenía caso.

La forma en que Don Rubén Ontiveros se expresaba me dejó sin aliento y supe que su decisión era inobjetable. Permanecí junto a él todavía unos minutos en

espera de otra palabra, pero al no escucharla supe que debía marcharme. Me despedí del anciano con un austero “gracias” y salí a la calle por donde había entrado, dejándolo en la penumbra en que se hallaba voluntariamente recluido.

En el camino de regreso a casa me encontré a Don Eneas frente a la puerta de La Sonora. Si bien no lucía jovial, noté que se hallaba relajado y sin su acostumbrado séquito. Fumaba uno de sus largos puros y levantó la mano para saludarme y pedirme que me acercara.

—Se me hace que ya lo tenemos— dijo, satisfecho.

—¿De veras?— contesté, algo turbado por la posibilidad de que se estuviera refiriendo a Atanasio.

—Sí, Don Félix. En este momento su amigo debe estar cantando como un pajarito del monte. Ya ve, se nos contradijo el hombre y ya a estas alturas el Licenciado Santisteban ha de estar escuchando los detalles que nos faltaban, y que sin duda su pericia no habrá tardado en hacer aflorar.

—Pero ¿están seguros que fue él?— interrogué, preocupado.

—Pues quién más. Todo apunta a que así fue. Ah, mi estimado Don Félix, esto de los celos y el amor puede a veces resultar escalofriante. Yo por eso mejor no le entro. Ya tuve bastante con... Tricia, que en paz descanse. ¿Por

qué meterme de nuevo en problemas? La vida es mucho más sencilla sin amor, se lo aseguro.

Callé, sabiendo que eso sería darle la razón a mi jefe. Pero a pesar de aquel conveniente servilismo, en el fondo no pude sino estar de acuerdo con él.

—Por cierto— continuó Don Eneas —recuérdeme que al terminar con este desagradable episodio le extienda un bono extra por sus servicios. Aunque debo decirle que he echado de menos sus informes respecto al curso de la investigación, amigo Félix. Eso no está bien, me ha dejado mucho tiempo sin oír nada del caso.

—Pues es que no había tenido nada qué informarle, Don Eneas.

—Sí, sí. El Licenciado Santisteban ha estado medio inactivo, pero le tengo confianza. Ya ve, se tardó, pero ya me tiene agarrado a un sospechoso.

—¿Y la gente qué dice?

—Esta gente nomás pide y pide. Que agarremos al asesino, que les digamos qué va a pasar, que si les tapamos un bache, que si los ayudamos con una inundación. Lo de siempre. Nada que no pueda resolver un sentido discurso. Y para serle sincero, a mí se me hace que ya están empezando a olvidar.

Pasé con Don Eneas varias horas más. En uno de esos raros gestos en él, me invitó a comer en La Sonora y luego platicamos largo rato, sentados en el salón principal

de la hacienda. Allí, entre cuadros de sus antepasados y algunas obras de arte sacro que me pareció reconocer, el munícipe hizo un recuento de la historia de su familia y se extendió sobre las bondades que Nuestro Señor le había concedido a las tierras de La Sonora. Pero del incendio de la iglesia, o de la muerte del Padre Estévez, no dijo ni una palabra. Mientras lo oía hablar, confieso que casi sin ponerle atención, tuve tiempo de ver con más cuidado aquellos antiguos cuadros y figuras de madera estofada. Ahora los recordaba bien. Estuvieron en el templo de San Filemón por lo menos hasta la última vez en que lo restauramos y remodelamos, que fue cuando yo empezaba la secundaria y fui obligado, junto con muchos otros jóvenes supuestamente capacitados, a ayudar al Padre Camargo. Aquel forzado “servicio a la comunidad” se debió a que el pobre presbítero aún no lograba recuperarse de su supuesta gota, misma que como ya expliqué, era sólo uno de sus pretextos para evitar que esos endemoniados niños le echaran en cara su sacrílega relación con Inmaculada. Conociendo a Don Eneas, debo decir que no me causó sorpresa encontrarme esos valiosos objetos en su casa, donde seguramente él los atesoraba con el convencimiento de que después de tanto tiempo nadie los reclamaría o recordaría siquiera. Incluyéndome a mí.

Llegué a casa rozando la media noche, sintiéndome francamente cansado. El gordito Santisteban me esperaba

sentado a la mesa, que estaba puesta con tres lugares. Mi ceño fruncido por la extrañeza no sorprendió en lo más mínimo al Detective, quien me invitó a sentarme a su lado mientras yo trataba de distinguir en el aire lo que había cocinado. El gordito lucía extenuado también, pero noté en él una desusada sonrisa en la que con claridad advertí un descarado sarcasmo. Bastante intrigado, y no sin algo de susto, tomé asiento. En ese momento salió de la cocina Atanasio, que cargaba con tres platos abundantemente servidos. El gordito debió haber previsto también mi nuevo gesto de asombro, pues solamente rió con satisfacción sin voltearme a ver para corroborarlo.

—Don Atanasio está limpio— dijo como si nada —Y decidimos hacerle a usted de cenar para acabar con todos estos malos entendidos.

Atanasio me sirvió mi plato, en el que con gran alivio no encontré pollo, y pude ver en su mirada un sincero deseo de reconciliación. Sin decir una palabra, me levanté con la mano tendida que él recibió, y nos abrazamos como jamás lo habíamos hecho a pesar de toda una vida de amistad. Durante la cena el Detective se la pasó hablando alegremente de algunos recuerdos suyos en la ciudad, entre los que oímos sorprendentes relatos de crímenes resueltos, anécdotas familiares y chistes fuera de contexto que apenas entendimos. Atanasio, ojeroso y fiel a su carácter, casi no abrió la boca más que para comentar

algo por cortesía. Después me preguntó, seguro de no obtener respuesta:

—¿En serio, Félix, no te importa la muerte de Lilia?

—Ay, la Lilia, la Lilia— se inmiscuyó el gordito, moviendo la cabeza y sonriendo aún sarcásticamente —Qué personaje tan fascinante. Me habría encantado conocerla, pero los dos me han negado ese privilegio al no conservar siquiera una foto de ella. Estoy convencido de que esa mujer es la clave de todo este embrollo, aunque también he de aceptar que estoy desconcertado. Todas mis hipótesis se han venido abajo y siento que debo comenzar de cero.

Atanasio y yo admiramos calladamente aquella muestra de humildad del gordito.

—Quise que viniéramos a su casa, Don Félix —continuó el Detective —porque después de comprobar la inocencia de su amigo Atanasio en el fuego de la iglesia y la muerte del padre, no me queda nada nuevo qué decirle a Don Eneas. Pero no se me anden creyendo que me voy a rendir. A peores cosas me he enfrentado, y esto es sólo un estorbato del que habremos de salir adelante.

Referí entonces el encuentro con el munícipe, pero me cuidé de omitir el detalle de los objetos del templo de San Filemón. Conté, sin embargo, que Don Eneas estaba preparado para informar de los resultados, buenos o

malos, a la gente de Cuetzpaltanango. Sería algo rutinario que no le quitaba el sueño para nada.

—Hay que reconocerle a Don Eneas lo buen político— admitió el Detective al escuchar mi relato.

—Sí, bueno— se atrevió a decir Atanasio, compartiendo mi preocupación —Pero a la gente que pide justicia y bienestar ¿Qué le va a quedar?

El gordito se nos quedó mirando como si esperara que nosotros mismos encontráramos la respuesta, pero al toparse solamente con dos rostros en busca de iluminación, dijo con tono que no admitía replica:

—Ah, mis buenos amigos. Si mi abuela viviera me daría con seguridad la razón. Ella, como cualquier político competente, sabía que ante el vicio de pedir, está la reconfortante virtud de no dar.

## XIV

No abundaré sobre los detalles de cómo montó en cólera Don Eneas al enterarse de que Atanasio era inocente y que la investigación seguía estancada, y lo haré por dos razones específicas: uno, yo no estaba ahí cuando los peritos le dieron la noticia, y dos, que narrarlo tal como me fue platicado después no aportaría nada importante a todo esto. Lo que sí diré es que aquel coraje mandó a la cama al Múnicipe, pues al parecer el informe le causó un dolor agudo en la vesícula, seguramente plagada de un buen número de piedras que él había querido ignorar durante muchos años. El gordito Santisteban sólo pudo encogerse de hombros al terminar de referirme su infructuoso encuentro con Don Eneas. A sus espaldas, el Chato se frotaba las manos ansiosamente mientras repasaba con un movimiento afirmativo de la cabeza cada uno de los detalles que el Detective exponía durante su narración. Y ahora que hablo de él, el temible asistente parecía haberse bañado por fin. Aunque estaba igual de feo que cuando llegó a Cuetzpaltenco, se había rasurado y sólo resultaba reconocible por su poblado bigote, además de sus iconográficos lentes oscuros. Incluso la camisa que llevaba daba la impresión de estar inusitadamente limpia y planchada. Después pude darme

cuenta de que en realidad era nueva, porque en uno de esos arranques de barbarie que caracterizaban al Chato, y en medio de una desesperación bastante comprensible, se metió la mano en la parte trasera del impecable cuello blanco, y después de procurarle su primera mancha, arrancó la molesta etiqueta para luego lanzarla con desprecio al suelo. El gordito, sin embargo, permaneció ajeno al escrutinio que yo hacía de su ayudante, relegándolo a la ignorancia como era su costumbre y sólo llamándolo cuando le era absolutamente indispensable. Otra cosa que noté en el Chato fue su falta de quejas respecto al pueblo. Desde que llegó no hizo más que despotricar contra el clima y agredir a la gente insultando sus más sagradas instituciones, que bien podían ser las ruinas de su bienamada parroquia, la estatua del Hijo Predilecto de Cuetzpaltenango o simplemente sus derruidas pero históricas calles; lo hacía todo el tiempo, y uno podía sin mucho esfuerzo adivinar que estaba injuriando a quienes amablemente le habían abierto los brazos con sólo mirar sus cejas encajadas y su boca siempre murmurante cuando no se creía observado. Esto último, a decir verdad, ocurría con mucha frecuencia. El oficial era tan aterrador que la mayor parte del tiempo nadie volteaba a verlo siquiera. En los últimos días ya ni el gordito Santisteban parecía notar su existencia a pesar de lo solícito que solía ser el judicial.

Aunque el Chato me trataba bastante bien, algo de lo que uno jamás lo creería capaz, nunca experimenté ni el más leve asomo de afecto por él o lástima por las condiciones de vida a que se veía sometido para acometer la investigación, que de alguna forma el oficial parecía soportar estoicamente. Supe por otras personas, sin embargo, que en los últimos días había estado con Don Augusto a ver si finalmente se había desocupado una habitación de su supuestamente próspera posada, a lo que dicen que el hombre, bastante repuesto del sartenazo propinado por su mujer, aunque con una inquietante cicatriz en la frente, le contestó en medio de los ruegos de sus esposa por que aceptara:

—Pues discúlpeme, don oficial, pero seguimos totalmente llenos...

—Ah qué caray— dicen que dijo el judicial sin perder la calma. Acto seguido, metiendo la mano en una de las bolsas de su pantalón, sacó una buena cantidad de billetes, y tras contarlos ostentosamente y mostrárselos a la mujer de Don Augusto, se los ofreció al posadero con una sonrisa de satisfacción.

—Ándele, Don Augusto, acuérdesse bien. A lo mejor le queda por allí un cuartito libre ¿no?

—No— contestó éste, obstinado y sin hacer caso de la desesperación de su mujer, que veía escapar la posibilidad de contar con un necesario ingreso extra. Dicen que

ambos vieron al judicial darse la vuelta y regresar al campamento sin hacer una sola mala cara o decir una palabra más, y después, de acuerdo a su costumbre, se enfrascaron en una agria discusión, que por ser igual a las ya conocidas no vale la pena reseñar.

Noté también que el Chato estaba completamente de otro ánimo. El gordito lo ignoraba, es verdad, pero él seguía al lado de su jefe como si en ello se le fuera la vida. Daba un poco de lástima verlo convertido en la sombra de alguien que no parecía interesarse en él. En más de una ocasión durante aquellos días crucé algunas palabras con aquel horrible oficial. Y al decir “algunas” soy absolutamente justo, porque por más que uno le imprimiera buena voluntad al asunto, platicar con el Chato era algo así como entablar comunicación con un animal. En todo ese tiempo no recuerdo haber podido establecer un tema de conversación, y no era que me importara mucho, sino que una especie de sentimiento de piedad me movía a tratar de ser cortés con él. Pero nunca pude sacarle una frase más larga que sus ya para entonces célebres “pues sí”. Desde luego, no estoy contando esos esporádicos y gloriosos momentos de lucidez que el Chato aprovechaba para hacer gala de su escasisísimo vocabulario, pero como la mayor parte del tiempo nadie le prestaba atención, se podía en general afirmar que el Chato no era

más que un vulgar ayudante sin voz ni voto, y para muchos, sin cerebro propio.

Durante aquellos días, la ausencia de Don Eneas en Cuetzpalténango fue muy notoria. La gente murmuraba e incluso comenzaba a hacer chistes acerca de su presidente municipal. Varias veces quise visitarle en La Sonora, pero los empleados, que sin duda habían sido instruidos para evitarle cualquier tipo de molestias, sólo se asomaban por la mirilla del portón y repetían incansablemente que su patrón aún convalecía pero que estaba bien.

Por su parte, el gordito Santisteban lucía francamente ausente y decepcionado. Sentí que me escondía algo, o que luchaba por decírmelo, pues vagaba melancólicamente por las habitaciones de la casa, y al final de cada ronda, invariablemente, sus pasos iban a detenerse frente al refrigerador. Pudiera pensarse que el Detective es una de esas personas que suelen ahogar sus penurias en un banquete informal, pero estaríamos equivocados. Por el contrario, el gordito abría el refrigerador y miraba sin aparente interés los alimentos, incluido su inestimable pollo, del que para mi ruina moral siempre estaba bien pertrechado. Taciturno y pensativo, el gordito volvía a cerrar el refrigerador sin haber tomado nada de su interior para después continuar con su caminata errante. En más de una ocasión detuvo sus pasos a poca distancia de mí, mirándome detenidamente y con la aparente intención de

decir algo, pero invariablemente titubeaba, tartamudeaba algo incomprensible y después desaparecía otro rato. Pensé que era mejor dejarlo así, pues el Detective cavilaba sin causar la impresión de requerir ayuda, y me dediqué a continuar con algo que me había tenido ocupado en los últimos días, aunque sin éxito. Me refiero a la búsqueda afanosa de la *Gesta Heroica de Cuetzpaltenango*. Mis indagaciones en el pueblo sólo habían servido para dejar en claro que todos, hasta el último ejemplar del anteriormente apreciado libro, habían sido sistemáticamente destruidos en la hoguera. Y aquí considero importante aclarar que la *Gesta* no es en realidad lo que llamaríamos un libro. Es apenas un cuadernillo de pocas páginas que Don Rubén imprimía de forma precaria en su propia casa. Solíamos llamarlo “libro”, eso sí, debido a que era una lectura obligada de todo estudiante en Cuetzpaltenango, y hasta hemos llegado a imitar su lenguaje. El texto en cuestión estuvo, por tanto, en manos de cada uno de los habitantes del pueblo y se le tenía como una fuente histórica de indudable certeza. Me imagino que causaba esa impresión gracias a que hablaba de cosas que podíamos ver realmente o que podíamos imaginar mejor por tenerlas cerca. Su cubierta impresa, de un cartón ligeramente más grueso que el resto de las páginas, solía estar forrada de plástico para convivir con los otros libros obligatorios de la escuela. La portada,

quién podría haberla olvidado, tenía impreso el busto augustísimo de Don Heriberto Meléndez, quien con las elegantes hombreras de su uniforme militar, y aquella mirada fija en un invisible pero promisorio horizonte de libertad, parecía estar infundiendo a los lectores una tranquilidad sin límites. Junto a él, o más bien detrás de él, se podía ver el conocido contorno de los bienamados cerros de Cuetzpaltenango. Recuerdo que esta portada, salvo en ediciones más antiguas que los grandes heredaban a mis compañeros, estaba impresa a dos tintas a diferencia de las páginas interiores, que tenían dibujos y letras en negro. Don Rubén se cuidaba de hacerle añadidos en cada nueva edición, previniendo con ello que su libro pasara de mano en mano sin producirle nuevos ingresos. Así, uno podía estar supuestamente al día con la historia contemporánea del pueblo. Los maestros exigían que la *Gesta* estuviera siempre al alcance de la mano, porque continuamente citaban su contenido, que muchos sabían ya de memoria como si se tratara de un misal o una letanía.

Era preciso encontrar mi ejemplar. Dado que yo no participé en la quema el libro debía estar aún en mi casa, pero hacía mucho tiempo que no lo veía. Dudo mucho que mientras el gordito daba vueltas y vueltas por todas las habitaciones pudiera imaginar que lo que yo estaba tratando de hacer era encontrarlo para él. Como no tengo

muchos libros, me pareció que lograría hallarlo rápidamente, pero no fue así. Si bien me di a la tarea de buscarlo en mi desvencijado librero, pronto hube de rendirme ante la evidencia de que no estaba en ese lugar que me parecía tan lógico. Asustado, contemplé un inmenso y añejo montón de revistas y periódicos en una esquina del cuarto que ocupaba el gordito, quien por cierto en ese momento, ya sin causarme sorpresa aunque sí una ligera preocupación, asomó la cabeza vacilante solamente para quedarse callado otra vez. Me alcé de hombros. De vuelta a lo que hacía, temí que la *Gesta* estuviera arrumbada entre aquellos papeles viejos y me llevara horas comprobarlo; así que no esperé más y comencé a buscarla con impaciencia. El montón original, que poco a poco perdía altura, iba dando paso a otro, de renovada inutilidad. Cansado y sin victoria, juré que al terminar me desharía finalmente de tanta basura, que hasta hoy sigue en su lugar.

Justo es decir que la *Gesta* apareció muy poco antes de que me diera por vencido. Después de horas y horas de búsqueda incansable, se me ocurrió revisar bajo el añoso colchón del gordito, donde finalmente apareció, participando del olvido junto a una buena cantidad de papeles y destartalados libros de primaria. Apenas logré reconocerla; había perdido la portada y parte de la primera página, donde seguramente para ganar espacio el autor

reprodujo también el título de la obra. Ahí, después de plancharle un poco las arrugas, pude volver a leer, después de largos años:

**GESTA HEROICA DE  
CUETZPALTENANGO DE  
MELÉNDEZ**

Que narra y expone la historia y las glorias de este orgulloso enclave, cuna de héroes y riquezas inconmensurables, para la gloria de sus habitantes y de la Nación, tomada de documentos y mapas antiguos de la más probada verdad. Recogida, escrita y dada a la imprenta por Rubén Ontiveros, cronista y honroso hijo de tan noble tierra. Impreso en Cuetzpaltenango de Meléndez, Decimoséptima edición.

Me acerqué el cuadernillo a la cara instintivamente. Cerré los ojos y olí detenidamente cada una de las hojas de aquel papel amarillento y quebradizo en busca de algún resto, alguna traza de Lilia, en cuyas manos mi *Gesta* había estado tantas veces. No lograba concentrarme. Un temblor estremecía mis manos sin que pudiera detenerlo el tiempo suficiente para captar el perfume que buscaba; un aroma que los años habían querido llevarse casi sin piedad. En el fondo, uno de esos pensamientos que suelen

asomarse sin permiso a la conciencia estaba tentado a agradecerlo. Pero la voz del gordito me sacó de aquel sobresalto. El Detective se hallaba parado bajo la puerta, mirándome detenidamente, como divertido, pero esta vez supuse que no se iría sin decir algo. Comprendí también que era inútil preguntarle cuánto tiempo llevaba allí.

—Así que por fin la encontró, Don Félix— dijo, esbozando una especie de sonrisa de complicidad.

—Está muerta— contesté automáticamente y con voz entrecortada.

Edmundo Santisteban arqueó las cejas, al parecer sorprendido por mi inmediata respuesta.

—Me refería a la *Gesta Heroica*.

Me sentí inundado por una ola de vergüenza. Efectivamente, el gordito hablaba del libro que aún me cubría la mitad de la cara, y que por algún accidente había quedado con el título hacia el frente. Edmundo Santisteban se contentaba con reconocerlo e ignorar conscientemente la rara manipulación que hacía yo de él —Todavía huele a ella ¿verdad?— preguntó, amo de aquel momento y poseedor de toda la información necesaria para intuir que ese libro era el mismo que había ido y venido por los cerros en manos de Lilia, quien sin duda le habría dejado como recuerdo esa esencia tan suya que a pesar de la lejanía y los años aún se podía advertir entre sus páginas.

—Aquí está— dije, alargándole esas hojas apenas sostenidas por una deforme y oxidada grapa —Tiene usted suerte, Detective. Es probable que sea la última *Gesta* que sobrevive en Cuetzpaltenango.

El gordito tomó el libro respetuosamente, con una emoción difícil de describir en los ojos. Para mi sorpresa lo primero que hizo fue abrirlo al azar, y sin pudor alguno, acercárselo a la nariz.

—No quedarán fotos de ella— dijo después de permanecer unos momentos en misterioso silencio —pero ahora puedo tratar de imaginarla mejor. ¿Sabe, Don Félix? a riesgo de tomarme indebidamente una licencia poética, me parece que la Lilia fue siempre esto: vainilla impregnada en polvo que sabe que habrá de ser barrido por el viento. Y el polvo no puede ni debe ser de nadie, Don Félix. ¿Había usted pensado en ello?

Sus palabras me habían dejado inmóvil, atarantado e incapaz de responder. Muy a mi pesar, sentí que una lágrima rodaba fuera de mis ojos sin que yo tuviera la posibilidad, o tal vez la voluntad, de contenerla.

—Eso está mucho mejor— dijo Edmundo Santisteban dándome palmaditas en un hombro y ofreciéndome un pañuelo que desairé por puro escrúpulo higiénico —Mucho, pero mucho mejor, Don Félix.

Sonrió, y finalmente se dio la vuelta con la *Gesta Heroica* atenzada entre sus dedos rechonchos para

dirigirse a la sala, donde lo vi acomodarse para, vivamente interesado aunque sin desterrar de su rostro aquella extraña ausencia, leer lo siguiente:

## **PREFACIO**

Cuetzpalténango es una amena y tradicional población localizada en el margen oriental de la Sierra Transversa, en la confluencia natural del cauce del Río Cipacapan y el valle conocido como La Olla. Su inmejorable situación geográfica le permite gozar de bien determinadas estaciones y una gran variedad de microclimas entre los que se encuentran el semidesértico y el serrano bajo. Los recursos de estas tierras, en manos cuetzpalténanquenses, han demostrado ser ilimitados. Los amplios terrenos de la serranía alledaña proveen una espectacular variedad de flora y fauna que, en perfecta convivencia, han formado privilegiados ambientes, indignos de nuestra mirada. Los torrentes, aunque pequeños y sujetos al capricho de los calores, nutren como venas este privilegiado territorio, brindándole así vida y movimiento a

estas inestimables y maternales tierras de Cuetzpalténango.

Dotado de mil dádivas de la naturaleza, no es extraño que Cuetzpalténango haya ofrecido, desde tiempos inmemoriales, albergue y sustento a orgullosas masas humanas que hicieron de sus entornos nación y hogar. Audaces y llenos de visión, aquellos primigenios habitantes modificaron los ecosistemas para poder obtener de ellos sus mantenimientos; aprovecharon la abundancia de recursos que caracteriza a nuestra área y, observadores de su medio y de sus obras, tuvieron a bien bautizarla con el acertado nombre con el que hasta hoy ufanos le llamamos: *En el Muro de las Lagartijas*.

Grandes e invaluables construcciones nos legaron aquellos, nuestros venerados ancestros, de quienes sin duda heredamos una sangre profusa de fe y valor. Vestigios de construcciones previas a la conquista asoman por aquí y por allá, en armónica convivencia con las edificaciones modernas. Altiava se yergue hacia los cielos la valiosa construcción

barroca de la Señorial Parroquia de San Filemón, que aunque oscura en su interior por falta de cálculo, es muestra única de la valía de la gente de esta tierra y su compromiso con el arte y la belleza que hasta hoy nos caracterizan. Fueron las dotes de estos hombres y mujeres del pasado los que vinieron a forjar e inspirar el valor y la devoción de tantos héroes sin rostro, que ofrecieron en holocausto su vida a la Patria, y que acompañan en su gloria al prócer e hijo predilecto de Cuetzpalténango, el Insigne Don Heriberto Meléndez, ejemplo de virtud, entrega y sacrificio.

Enorgullécete pues, lector, de tus raíces, tus tierras y cultura. Que esta humilde obra sirva para que las generaciones venideras valoren el piso al que están sujetas, con su inagotable caudal de promesas de prosperidad y bienestar.

### **Rubén Ontiveros**

Aproveché aquel rato para darme un descanso y liberarme de la opresión que me había causado el encuentro del polvo entre las páginas de la *Gesta*. Salí a la

calle casi sin hacer ruido. Era tarde y el cielo estaba completamente despejado, por lo que a lo lejos, sobre los tejados y la antenas en las azoteas, distinguí los cerros bajo una luz que se asemejaba a la del crepúsculo. Dejé que pasaran algunos minutos y después respiré con más facilidad. Decidí que tenía hambre y regresé a la casa para cocinar algo. El gordito, pensé, estaría tan hambriento como yo después de un día tan poco productivo y la multitud de intentos que había hecho para que algo del refrigerador lograra antojársele. Sin que él lo notara, fui a la cocina y traté de esmerarme en hacer algo que condimentara de alguna forma la frustración que el Detective debía estar sintiendo por la evolución fallida y desastrosa de sus investigaciones, misma que lo tenía, a mi modo de ver, en aquella lastimosa depresión. En el tiempo que llevaba de conocerlo, no recuerdo haberlo visto tan abatido y aparentemente desganado. Mientras preparaba la cena estuve pensando alguna manera de serle útil, y una vez que acabé y la serví en la mesa, me dirigí a la sala para llamarlo. Había dejado caer la *Gesta* sobre sus piernas y tenía la mirada perdida en el cielo que se alcanzaba a ver a través de la cortina. No acerté a decirle absolutamente nada. El gordito solamente se levantó y se dirigió a la mesa, no sin antes echar un vistazo a la mugre en sus manos y levantar los hombros restándole importancia. Al sentarse, lo sentí caer pesadamente. De inmediato, con la

mirada anhelante, acodó un brazo sobre la mesa y se detuvo la cabeza con la mano, para después suspirar largamente sobre el plato humeante.

—Don Félix... — balbuceó.

—Dígame.

—¿Se acuerda usted de la noche aquella en que encontramos al Padre Estévez muerto en la casa parroquial?

—Pues sí— contesté, emulando al Chato y masticando ávidamente un pedazo de pan, tras lo cual el gordito pareció tranquilizarse.

—¿Me haría usted el favor de orientarme?

—Detective, ya sabe que estoy para lo que se le ofrezca— le aseguré, dejando los cubiertos a un lado y dedicándole completamente mi atención.

—Pues se me ofrece algo muy penoso— dijo Edmundo Santisteban mientras se tapaba los ojos como un niño regañado.

Lo miré, curioso y preocupado ante la temible posibilidad, que construí en aquel momento dentro de mi cabeza, de que aquél fuera el anuncio de su renuncia definitiva a la investigación. Callé en espera de sus palabras, que tardaron todavía unos segundos en llegar.

—Me cuesta mucho trabajo— suspiró de nuevo el gordito después de un largo momento de angustia en el que pude captar en su expresión un anhelo profundo disfrazado de

un frágil armarse de valor —Usted que sí sabe de esas cosas, ayúdeme con Alma, la muchacha ésa, ya sabe, la que conocí aquella noche...

Abrí los ojos desmesuradamente mientras el gordito se agachaba vivamente sonrojado, y entonces, sólo entonces, fui capaz de comprenderlo todo.

## XV

Como si no tuviéramos suficientes cosas de qué preocuparnos, unos cuantos días después amanecemos con la noticia de un nuevo crimen, sólo que ésta vez en contra del mismísimo Don Eneas. El munícipe apenas comenzaba a recuperarse de sus dolores biliares cuando se convirtió en la nueva víctima del cínico criminal que andaba suelto en Cuetzpaltenango. Al enterarse la gente del pueblo de este nuevo agravio, la primera preocupación de algunos fue la horrible posibilidad de contemplar a su munícipe muerto, pues en esos momentos de absoluta desinformación y chismerío, y tomando en cuenta los anteriores hechos de sangre, era difícil sacar una conclusión menos pesimista. Lo que se sabía era poco, pero con eso bastaba para que los rumores de una sangrienta muerte de Don Eneas se hubieran esparcido rápidamente de puerta en puerta. Aquella mañana las reacciones iban de la desesperación al más descarado festejo; hubo quienes lloraron la desaparición del ejemplar funcionario, que tanto bienestar había brindado a todos en el pueblo. Del otro lado de la moneda estaban también, no hay que olvidarlo, ese destacado grupo de mujeres seguidoras de la difunta Inmaculada, quienes durante décadas se habían opuesto obstinadamente al régimen de Don Eneas. Fueron éstas últimas las que, gracias a la

indiscreción de una de las empleadas de La Sonora, y con una velocidad admirable, se organizaron y salieron a las calles a gritar su libertad y celebrar la muerte del tirano. Y fue también el encuentro con aquella eufórica turba el medio por el cual el gordito Santisteban y yo nos enteramos de lo acontecido la noche pasada tras los muros de la Sonora.

El Detective me había pedido aquella mañana, más temprano de lo común, que lo acompañara a la casa parroquial. Para ello utilizó el inocente pretexto de querer corroborar datos que había pasado por alto la noche de la muerte del Padre Estévez, y que tal vez, al ser revalorados, le ayudarían a concluir algo sobre el misterioso asesino. Le seguí el juego. Por dentro no me quedó sino reírme de aquel infantil intento de ver de nuevo a Alma, la huérfana que estaba al servicio del finado sacerdote desde hacía pocos meses y habitaba un pequeño cuarto de la casa parroquial. Tras la muerte del Padre Estévez nadie tuvo corazón para dejarla en el total desamparo y obligarla a abandonar el albergue y la protección que éste le había ofrecido en vida. Mucho menos Don Eneas, quien extrañamente fue el primero en defender el derecho de la huérfana a contar con un hogar adecuado para seguir adelante.

Lo que sucedió es que ni siquiera alcanzamos a llegar a la casa parroquial. Apenas íbamos doblando la

esquina, el gordito ya con su peine en mano dispuesto a darse los últimos toques y el rostro curioso de Alma mirándonos a través de los barrotes de su ventana, cuando de pronto nos vimos envueltos en el barullo que las discípulas de Doña Inmaculada habían armado para festejar la muerte de Don Eneas. El improvisado desfile iba encabezado por las beatas, que gritaban frases relativas a la liberación, al buen gobierno y al triunfo del bien sobre Satán, encarnado en el infame presidente municipal de Cuetzpaltenango. Otras viejas, en segundo término, agitaban banderitas raídas o hacían escándalo al aporrear con cucharas sus despostilladas ollas de peltre, levantando polvo con los pies, en un curioso remedo de paso militar que les hacía elevar las rodillas hasta la cadera mientras intentaban sostenerse las faldas para no enseñar de más y no dar mal ejemplo a la juventud del pueblo. Un pequeño enjambre de niños venía a la retaguardia de la marcha jubilosa; caminaban con desgano, sin tener idea de qué pasaba y visiblemente malhumorados. Eran sin duda sus madres quienes les precedían en la columna, obligándolos a base de varazos a permanecer en las filas y así hacer más compacto el contingente.

No tuve que preguntar siquiera el motivo de la marcha. Al poner atención por un momento lo que gritaban me di cuenta de que algo malo había sucedido en La Sonora, y peor aún, a juzgar por la desfachatez y la

valentía de las mujeres al frente de la columna, era extremadamente grave. Alma se había quedado asomada a la ventana, aferrándose a los barrotes para observar mejor la manifestación. Su largo y lacio cabello se veía radiante, recién cepillado y relumbrando. Edmundo Santisteban no pudo reprimir un gesto de infinito placer al verla ahí reclinada hacia la calle. Por lo que pude apreciar, ni siquiera el ruido o la polvareda lograron que él le quitara los ojos de encima. Tuve que ponerle una mano sobre el hombro y sacudirlo para sacarlo de aquel trance y lograr que se diera cuenta de lo que sucedía. Me imagino que el Detective pensó que se trataba de alguna procesión de esas que solemos ver en el pueblo porque, observador como era, era imposible que no notara que al frente de la marcha varias mujeres llevaban un estandarte con la imagen de San Miguel Arcángel, a quien por lo visto seguían queriendo consagrar como patrón del pueblo a pesar de sus conocidos fracasos. El gordito reaccionó y se me quedó mirando, quizás esperando que yo le informara lo que se le había escapado. Le dije que era urgente ir a La Sonora y él, que por fin puso atención a los gritos de demanda de la turba, tuvo un repentino ataque de responsabilidad y me arrastró entre la gente, haciéndola a un lado con el infalible grito de “¡Paso a la autoridad!”

Llegamos a la hacienda unos cuantos minutos después y encontramos un revuelo general frente al

portón, donde la gente estaba apostada en espera de noticias claras del interior. Los empleados del municipio custodiaban la entrada con las armas cruzadas sobre el pecho y mirada escrutadora, con una expresión de seriedad que más bien tenía que ver con la ignorancia. Aun así, Edmundo Santisteban se acercó como pudo a los custodios, y sin darse un tiempo para secarse el abundante sudor que le cubría la cara, se puso frente ellos, exhibiendo sus credenciales y su placa.

—¿Qué diantres pasa aquí?— preguntó, exigiendo una respuesta inmediata que no recibió porque los policías sólo atinaban a mirarse entre sí y a levantar los hombros en señal de no saber nada o de no poder decir nada. Uno de ellos, finalmente, dio un paso al frente e hizo además de cuadrarse frente al Detective.

—Pues con la novedad, Licenciado, de que no podemos dejar pasar a nadie.

—¡Yo debo saber qué pasa ahí adentro!

—Lo siento, Licenciado— dijo a su vez el policía, muy en su papel —Mis órdenes son estrictas y nadie puede entrar...

—Tus órdenes me tienen sin ningún cuidado— exclamó el gordito, que para entonces ya apuntaba con su revólver hacia el policía con una expresión feroz —O me dejas pasar o te atienes a las consecuencias.

Los demás custodios cortaron entonces cartucho y encañonaron al Detective, quien en un alarde de temeridad les dio un fuerte empujón con el que logró cruzar finalmente la puerta de La Sonora, dejándolos atónitos. Segundos después, en medio de un silencio de espanto, le vimos regresar y asomarse, clavándome la mirada a manera de reproche.

—¡No se me quede ahí con cara de idiota, Don Félix, sígame!— exclamó el Detective antes de correr nuevamente hacia el interior de la hacienda. Miré a mi alrededor como no dándome por aludido, y tras unos breves instantes crucé el umbral, no sin antes sonreír nerviosamente a los policías, a quienes en tono estúpido les dije: “Ustedes disculparán, caray, ya ven ustedes cómo son estas cosas de los asuntos oficiales...”

El gordito me llevaba la delantera cruzando a toda velocidad los jardines que yo conocía tan bien. Intenté alcanzarlo, pero sólo lo logré cuando él ya se encontraba en el recibidor, tratando de adivinar hacia dónde debía dirigir sus pasos, dado que la casa parecía desierta y él simplemente no la conocía. Entonces me le adelanté y le indiqué que me siguiera a través del corredor hasta salir al patio central, donde una fuente esparcía gotas ajena por completo a la conmoción. Al tanteo, porque nunca había estado en aquella parte de la hacienda, guíé al gordito por una escalera que llevaba al segundo piso, donde corrimos

por uno de los pasillos protegidos por añejos barandales hasta una serie de puertas que no conseguimos abrir. Entonces el Detective, desesperado pero sin perder el temple, vio una puerta abierta del otro lado del claustro y me jaloneó hasta ella. Ahí, pidiéndome silencio con un dedo en la boca, amartilló su arma y, con el movimiento de una de sus manos regordetas, me indicó entrar en la habitación a la cuenta de tres. Me sentí completamente ridículo e indefenso sin un arma y sin poder predecir lo que encontraríamos adentro. Pensé lo peor e imaginé a Don Eneas muerto, tirado en el suelo con un charco de sangre rodeándolo. Tuve también la fugaz visión del presidente municipal atado a una silla como el Padre Estévez, mirándonos con unos ojos vacíos y probablemente aterrados. El rostro inescrutable del gordito me impidió saber si compartía mis temores, y mientras esto sucedía su cuenta se me hizo eterna.

Me equivoqué sólo en algunos detalles. Al allanar la habitación, oscurecida debido a las cortinas cerradas, vimos con angustia a Don Eneas a un lado de su suntuosa y enorme cama. Sus ojos abiertos, fijos y vidriosos, parecían querer mirar algo que nos era ajeno, quizás en el piso pero escondido desde nuestro ángulo. En sus manos inmóviles sostenía una escopeta enorme cuya sombra se balanceaba de manera casi insensible. Quedamos paralizados y mudos. Fue entonces cuando de pronto el

munícipe se volvió teatralmente para mirarnos, mostrándonos en su rostro cansado una expresión de infinita satisfacción.

—Qué creen, mis amigos— dijo Don Eneas con un tono orgulloso y afable —Se acabaron las pesquisas porque ya agarré a este maldito bastardo.

Edmundo Santisteban y yo nos miramos simultáneamente con expresión aturrida. Aún éramos incapaces de entender lo que sucedía o había sucedido durante la madrugada cuando todos en el pueblo dormíamos plácidamente. Dándose cuenta de que no entendíamos, Don Eneas pateó con fuerza el bulto que yacía bajo sus pies, mismo que soltó un apagado lamento seguido de una serie de resuellos que después se convirtieron en sollozos y súplicas sin sentido.

—Párate, chillón desgraciado— Ordenó el munícipe, despiadado y con el completo control de la situación. No tuvimos que acercarnos más. Detrás de la cama, absolutamente derrotado y cubierta su frente de sangre reseca, el bulto se levantó lastimosamente buscando dónde apoyar las manos. Nos fue imposible reconocer aquel rostro deshecho, con ambos ojos enteramente cerrados por los hematomas y una boca babeante que dejaba entrever la falta de al menos dos dientes. El gordito negó con la cabeza y se encogió de hombros tratando de decirle a Don Eneas que no sabía de quién se trataba.

—Ah, entonces será una sorpresa completa, Licenciado— dijo con alegría triunfal el funcionario —Pensé que aun en el estado en el que tuve que dejarlo tras una pequeña resistencia, usted y Don Félix serían capaces de reconocer a este lindo tesorito que resultó ser su ayudante.

—¿El Chato?— exclamé, con el pleno convencimiento de que estaba diciendo una estupidez.

—Creo que nunca le quedó mejor su apodo— manifestó Don Eneas, empujando aquella piltrafa y haciendo que cayera de rodillas frente a nosotros, profundamente abatido y con lágrimas que le fluían amargamente desde las dos rajadas donde teníamos que esforzarnos para adivinar unos ojos que de hecho nunca habíamos visto por estar siempre cubiertos por sus lentes oscuros.

—Pero ¿Será posible?—atinó a decir el gordito, pasmado por la noticia —¿está usted seguro, Don Eneas?

—Aquí el angelito tuvo ya la amabilidad de confesarlo todo, Detective. Desde luego habrán notado que tuve que brindarle un poco de ayuda para que se acordara, porque pobre, o tiene muy mala memoria o se me puso nervioso. El caso es que después de unos cuantos cariñitos me contó todo, con pelos y señales. Hemos pasado un buen rato, ¿Verdad, Chatito?

El Judicial levantaba el brazo y lo ponía sobre su cabeza, intentando evitar una nueva lluvia de golpes que para su fortuna, si alguna le quedaba, no llegaron. Por

último le dirigió al gordito lo que tomamos por una mirada implorante y después se desplomó, dando estruendosamente con la cara en el piso.

Don Eneas nos explicó entonces que tenía previsto exponer a aquel maleante en público, donde explicaría detalladamente sus fechorías. En ese momento no nos pareció oportuno decirle que no estábamos de acuerdo, pero lo hicimos más tarde durante el desayuno que nos invitó el presidente municipal con su ya conocida hospitalidad. Eso, claro, después de que Don Eneas se presentara personalmente en la puerta de su Hacienda y tranquilizara a los allí reunidos, refutando los chismes de que había muerto víctima del oscuro asesino. La noticia alegró a muchos, que aplaudieron atónitos a la figura del munícipe; éste, seguramente para acentuar el efecto de su reaparición, había decidido no quitarse el ensangrentado y ridículo camisón ni soltar la escopeta con la que había puesto puesto fin a las fechorías del enemigo de Cuetzpaltenango. Seguro de sí mismo, dirigió una amenazante mirada a la muchedumbre dirigida por las discípulas de Inmaculada, quienes hacía rato habían llegado a La Sonora para hacer partícipes de su alegría a los allí presentes y de paso promocionar la renovada causa de San Miguel Arcángel. Las beatas no dejaron de expresar su desilusión, y aun algunas de ellas, en el colmo del descaro, siguieron dando de gritos tratando de convencer

a los demás, sin conseguir eco alguno. Al notar las viejas que el munícipe las miraba con fiereza, sus voces y sus cuerpos con cabezas agachadas se fueron desvaneciendo después disimuladamente por las calles empedradas.

Resulta que el todavía convaleciente Don Eneas había despertado sin querer aquella madrugada a causa de una sed insoportable, y para su extrañeza, al llegar a la puerta de su habitación la encontró abierta de par en par. Aún adormilado, recordó que la servidumbre la había dejado perfectamente cerrada unas horas antes, después de asegurarse de que no le hacía falta nada y que hubiera tomado sus medicinas antes de dormir. De acuerdo a lo que nos contó el munícipe mientras mascaba ruidosamente su desayuno, fue entonces cuando su agudo instinto supo que algo andaba mal. Por su mente cruzaron varias buenas razones —entre ellas el conocimiento público de su enfermedad— por las cuales pudiera haberse convertido en un buen blanco para el malhechor. Se tranquilizó un poco pensando en el hecho de que La Sonora estaba siempre bien custodiada y que por más audaz que fuera nadie sería capaz de llegar hasta el corazón mismo de su casa, pero en ese momento, al intentar salir, escuchó un ligero ruido a sus espaldas y supo que no estaba solo. Con su habitual sangre fría, y lleno de ese valor que caracteriza a los de la familia Olivares, fingió no haber escuchado nada, cerró de nuevo la puerta y se

encaminó hacia la cama siguiendo las paredes para, según él, alejarse del intruso. Cuál sería su sorpresa al toparse de improviso con aquel cuerpo rechoncho pero macizo cortándole el paso en la oscuridad y tomándolo por el cuello sin que pudiera dar un grito de alarma. De inmediato, y gracias a sus impecables reflejos, Don Eneas dio un fuerte talonazo sobre la espinilla de su agresor, quien aflojó su brazo debido al dolor y la sorpresa. Ese fue el instante que el munícipe aprovechó para saltar sobre la cama en un intento de ponerse del otro lado, seguro de encontrar ahí algo con qué repeler el ataque. El extraño, sin embargo, se había lanzado tras él y le atenazaba una pierna. Apenas por un momento, gracias a un ligero destello que se colaba por la ventana, Don Eneas alcanzó a ver la afilada hoja de acero que el asesino le clavó profundamente en uno de los brazos con que luchaba desesperadamente por zafarse. Entero, y sin dar importancia al dolor de la cuchillada, el munícipe alcanzó como pudo un viejo reloj de latón que tenía sobre el buró y lo lanzó con fuerza a la oscuridad, donde fue a estrellarse, parece ser, en plena cabeza del malhechor. Una vez libre, el agitado Don Eneas pasó al otro lado de la cama, se libró del puñal que tenía aún encajado y se lanzó sobre la cama y su asaltante, donde se puso a brincarle encima como un niño malcriado. En un momento dado, aprovechando la confusión que esta inesperada defensa

causó en su agresor, Don Eneas metió la mano bajo la cama y tomó su escopeta. Con ella volvió a lanzarse sobre aquel hombre, que amenazaba con incorporarse, y logró dominarlo a cachazos, dándole tantos en la cabeza que la sensación que experimentaba era la de golpear un necio melón.

Apenas tuvo oportunidad encendió la luz del cuarto. Ahí estaba el Chato, incrédulo y mirándolo bárbaramente mientras escupía sus dientes entre espumarajos y tosijeos. Don Eneas lo encañonó, importándole poco que aquella escopeta de su abuelo tuviera años de no servir, y lo bajó de la cama hasta el lugar donde lo encontramos. Una vez allí el munícipe descubrió que el Chato traía encima varios objetos de valor que había tenido tiempo de robar de su habitación mientras él roncaba. Recuperó varios relojes, dos anillos antiquísimos con el emblema familiar y un buen fajo de billetes que guardaba obstinadamente en los cajones de su cómoda. Después, nos dijo, comenzó el interrogatorio, proceso de más de tres horas en las que el Chato recibió golpes en la cara por cada respuesta que no le parecía satisfactoria a Don Eneas. El resultado fue una confesión completa en la que, casi con orgullo, el Chato aceptó haber hecho todo por puro aburrimiento. Sí, él había matado al tacaño Padre Estévez, que no quiso decirle dónde estaba la llave del cajón de las limosnas. Él había llevado al párroco hasta el

límite del dolor sin conseguir lo que quería, y ya desesperado, viendo que el tiempo se le acababa, lo había atravesado con sus propias tijeras. Sólo entonces pudo ver en el cuello del prelado la llave ansiada, misma que arrancó violentamente del muertito consiguiendo de paso una agradable cadena dorada, que por cierto resultó no valer casi nada. De inmediato tomó del cajón el dinero atesorado por el Padre, varios miles que el muy avaro había guardado en secreto, fingiéndose pobre para ganar el cielo y los favores de la gente. Luego pensó el Chato que debía dejar alguna pista que indicara que el crimen lo había cometido el incendiario de la iglesia, y ya de salida, cuidándose de no dejar huellas en la encharcada habitación, se fue al otro lado de la casa y cortó el suministro de luz.

—El crimen perfecto— interrumpió Edmundo Santisteban, poniéndose una mano en la barbilla.

—Ni tanto, ni tanto— continuó Don Eneas —Resulta que su amiguito el Chato no tenía llenadero. También tuvo a bien decirme que fue el autor de otros asaltos menores que desafortunadamente no fueron denunciados, con lo cual fue aumentando su capital. El pobre diablo confesó haber pensado en Don Augusto como su siguiente víctima. Lo llamó “desalmado”, si mal no recuerdo, y entre lágrimas de cocodrilo me contó cómo el posadero había

rechazado su dinero, cuando él sólo deseaba hacerse un poco más digna la vida rentando una habitación.

—Imagino que después desechó la idea de asaltarlo a él al enterarse de que usted estaba enfermo y en cama—dijo el gordito, para tratar de concluir.

—Seguramente así fue. Debió pensar que yo estaba tullido o fuera de forma, pero ya ven, todavía no nace el que me pueda dar batalla. Y ya verán, con el escarmiento público que le tengo reservado al demonio ése, no le van a quedar ganas a nadie de volver a hacer una fechoría en mi pueblo. Faltaba más.

—Pero Don Eneas— intervine —Si usted les presenta al Chato como planea, seguro lo apedrean y lo linchan, acuérdense cómo es esta gente.

—No sería conveniente que las cosas se salieran de su control, a usted, la autoridad en persona...

Este último argumento del gordito pareció bajarle los ánimos al munícipe. Después de todo, el asesino estaba asegurado y no había necesidad de hacer que las cosas se pusieran más violentas. Don Eneas comprendió que con ello sólo le daría más de qué hablar a sus opositores, el grupo de Inmaculada, y pondría en duda su poder si dejaba que se le escapara el asunto de las manos. De esta forma, dejó en paz su idea de humillar al Chato y se limitó a pedir una camioneta cerrada que llevara al prisionero a la Municipalidad, donde sería interrogado y posteriormente

trasladado a la capital para ser juzgado como era debido. Al gordito se le hizo más sensata esta nueva actitud, pero no pudo reprimir un gesto de absoluta decepción. Después de todo, él era quien había traído al Chato consigo, y además había permitido que se quedara en el pueblo incluso cuando tuvo el poder de mandarlo de regreso. Noté en su pesar que de alguna forma se sentía responsable por aquel imperdonable fallo en uno de los de su grupo, e incluso intuí que llegaría a sentir temor de volver a salir a las calles, donde la gente podría fácilmente pensar que era cómplice de su descarriado ayudante.

Apenas pasaba del medio día cuando salimos de La Sonora. Don Eneas tuvo la amabilidad de acompañarnos, una vez vendada su herida y recompuesta su vestimenta. Por otro lado, el viejo munícipe parecía totalmente recuperado de sus antiguos malestares y mostraba una amplia y misteriosa sonrisa.

—Bueno, Don Eneas, nos vamos— balbució el gordito Santisteban con aire derrotado —Y espero, Don Félix, que aún tenga usted ganas de acompañarme a la casa parroquial, a darle una vueltecita a Alma...

Me sorprendí vivamente. A pesar de mis pronósticos, el Detective no parecía tener empacho en admitir públicamente que pretendía a alguien en el pueblo. Y tampoco debió notar las cejas arqueadas de Don Eneas al escuchar el nombre de la huérfana.

—¿Alma, dice usted, Licenciado?— inquirió aquél con marcada curiosidad al vernos partir.

—Pues sí, Don Eneas, ya ve usted lo que hace el tiempo y este lugar tan bonito. Viene uno a trabajar y mire, las sorpresas que da la vida. Creo que por fin voy a caer. Claro, si la señorita Alma quiere...

—Faltará también que quiera yo, Licenciado— Rugió Don Eneas con una intrigante molestia que por algún motivo parecía ser a causa del nombre de Alma en boca del Detective. Yo preferí hacerme a un lado, entreviendo que se acercaba algo que ni el gordito ni yo habíamos podido prever.

—Discúlpeme usted, Don Eneas, pero no le entiendo.

—Pues se lo diré en pocas palabras, Licenciado. Para fines prácticos, y por cosas que dudo que a usted le importen, resulta que Alma es hija mía. La única que me importa. Y como le será fácil adivinar, tengo que ver por su bien, lo cual implica desde luego asegurarme de que tenga a su lado a la persona adecuada, y no a cualquier advenedizo.

—Pero Don Eneas, es que usted...

—Es que yo nada— dijo el munícipe, tajante y para entonces fúrico —Creo que oyó bien, Licenciado Santisteban. Y me voy a permitir hacerle notar que con la captura del asesino su presencia en Cuetzpaltenango está comenzando a no tener sentido. Le hago saber que partir de este momento el Municipio le da las gracias pero

deberá prescindir de sus servicios. De todos modos no había usted avanzado mucho. Pase usted lo antes posible por su cheque y déjeme sugerirle que se ande usted con mucho cuidado. Buenas tardes.

El munícipe cerró entonces la puerta violentamente, dejándonos estupefactos. El gordito apenas podía esconder la impotencia y el enojo que lo embargaban, pero pude reconocerlas con claridad en su rostro inflamado y enrojecido. Decidí no dirigirle la palabra en esos momentos. Edmundo Santisteban permaneció un rato inmóvil, y luego, sumido en una insondable tristeza que se sumaba a la decepción que ya sentía, lo vi agachar la cabeza y suspirar, profundamente abatido.

## XVI

**A**unque una buena parte de Cuetzpalténango se quedó más tranquila con la captura del Chato, los siguientes días estuvieron llenos de tensión. La indisposición y las heridas de Don Eneas habían probado al grupo de Inmaculada que su gobernante no era inmortal. Inmoral lo era sin duda, eso lo sabían de tiempo atrás, cuando aún encabezaba el movimiento la aguerrida y fea beata que viera finalizados sus días y sus sueños en el incendio de la iglesia. La principal preocupación de estas mujeres, sin embargo, no cambió. Su misión era sacar adelante la ignominiosa situación del pueblo, que seguía sin santos y al parecer había sido abandonado por la mano del creador. A falta de Padre, las beatas se congregaban en la antigua casa de Inmaculada, que acondicionaron para convertirla en un centro de oración al que la gente ocasionalmente asistía a falta de un templo decente. Lo que más disgustaba a Don Eneas, aparte de la existencia de ese molesto grupo opositor, era que las viejas seguían pasando cínicamente la canasta de las limosnas a los asistentes, quienes no escatimaban sus monedas y billetes con la ilusión de que su dinero pronto se convertiría en una nueva iglesia con sus dos torres y todo. Nadie sabe a dónde fue a parar ese dinero, porque las únicas muestras de que había sido gastado en algo sacro eran las escasas flores que adornaban

la improvisada capilla y, eso sí, una nueva imagen de San Miguel que presidía la mesa que las beatas utilizaban como adoratorio.

Fuera de estas preocupaciones, la vida continuaba con una extraña tranquilidad. El gordito, que no salía de su mutismo, apenas acertaba a contestar monosilábicamente las cosas que yo le preguntaba. Como era su costumbre, de pronto murmuraba hablando hacia sus adentros, pero ya no daba a conocer sus conclusiones. Parecía enfrascado en un problema sin solución. A pesar de ello poco después, imagino que cansado de tanto silencio y durante la cena, se dignó hablar.

—¿Cómo es posible, Don Félix?

—¿Qué?

—Cómo qué. ¿De verdad son todos tan imbéciles en este pueblo, andando por ahí tan tranquilos como si nada, cuando resulta obvio que por más crímenes que haya cometido el Chato, él no pudo haber quemado la iglesia?

—Mucha gente habla de eso, Detective.

—¿De veras? Me cuesta trabajo creerlo, Don Félix. O qué, ¿ya se les olvidó el asunto? Sí, es cierto que se han resuelto una parte de los misterios, no gracias a nosotros, pero aún resta el de mayor importancia...

—El pueblo está más preocupado ahora por salir de las tinieblas en las que, dicen, el demonio nos ha metido tras

la destrucción del templo. Andan buscando un Padre y un nuevo santo.

—Pero qué inmensa sarta de estúpidos. Incluso a usted, amigo Félix, con todo respeto, parece no importarle cómo la Lilia le fue arrebatada de este mundo.

Soporté aquel golpe al orgullo lo mejor que pude, y aún pareciendo nula o escasamente afectado, le contesté, lo más sobriamente que me salió:

—Detective, estoy en esto porque me pagan y porque está usted al frente. ¿Cuántas veces he de decirle que Lilia es para mí algo sin importancia y del pasado?

—Ah, sí, sí. Se me olvida que usted goza haciéndose el tarugo con lo de la Lilia. Ya, está bien. Lo voy a dejar en paz. Nomás le digo que a mí, con la Lilia o sin ella, lo que me importa es aclarar quién diantres asesinó a tantas personas y por qué.

—Pues ya sabe, Detective, yo estoy aquí para lo que pueda servirle.

—Sin que se me vaya a ofender, Don Félix, para lo único que me sirve usted ahora es para prestarme su librito ése de la *Gesta*. Creo que por el momento no necesito nada más. Sólo dejar de pensar y escaparme un ratito de esta locura.

El gordito tomó el maltratado cuaderno impreso y salió a la calle. No era tan tarde, pero dado que la gente podía tomarlo como alguien poco grato en el pueblo, me

decidí a seguirlo sin que se diera cuenta. Llovía un poco, casi nada. Los pasos del gordito parecían no tener rumbo, pero pronto me di cuenta de a dónde se dirigían. Al llegar a la esquina en la que estaba la casa parroquial, Edmundo Santisteban recargó su pesada humanidad en una pared y se puso a contemplar la ventana donde habíamos visto por última vez a Alma. Cierto, el gordito apenas la conocía. Algunos saludos en la calle o el mercado y la fugaz visión de la ensombrecida belleza que la muchacha mostró aquella noche trágica de la muerte de su protector. Su voz apenas la había escuchado, pero de lo que sí estoy seguro es de que cuando ella estaba a la vista, él no se perdía uno solo de sus gestos. La espera bajo la ventana duró mucho más de lo que yo hubiera podido imaginar; con las manos en los bolsillos del pantalón, Edmundo Santisteban cruzó una pierna sobre la otra y dejó que todo su peso reposara en el hombro con el que se apoyaba en la pared. Ni siquiera intentaba evitar las finísimas gotas que poco a poco lo iban empapando, y yo, lo confieso, sentí algo de piedad por él. En el fondo, supe sin verlo que tendría puesta aquella mirada que yo mismo descubrí tantas veces en el espejo cuando Lilia se largó con otro. Era, ni duda cabe, esa expresión de anhelo mezclado con una apabullante sensación de abandono y desesperanza. El gordito bajó la cabeza unos breves instantes para contemplar cómo el riachuelo que corría bajo sus pies se

precipitaba con calma entre las barras de una vieja coladera. Debió haber visto también a la gente que, al pasar a su lado, volteaba a verlo desconcertada y tratando de adivinar el lugar donde sus ojillos irían a posarse. Pero él no se movió. Ni siquiera cuando la ventana se iluminó por unos cuantos minutos y dejó ver la silueta de aquel cabello largo, que ondulaba entre los pliegues de una inmisericorde cortina. En el interior, Alma parecía dar vueltas y vueltas por la habitación, como si algo se le hubiera perdido. Y de pronto, en un movimiento que a mí me pareció de algún modo sincronizado, Edmundo Santisteban se enderezó quitando el hombro de aquella pared en el momento mismo en que las cortinas de la ventana comenzaron a moverse y dejaron ver que Alma echaba una mirada anhelante hacia la calle, a la esquina donde él estaba. Los dos se miraron compartiendo una sonrisa enigmática que sólo duró unos breves instantes antes de que las cortinas cayeran y Alma apagara de nuevo la luz. Aquella increíble exactitud de movimientos me llenó de sorpresa. Intrigado, me moví al otro lado de la calle para ver al Detective desde un mejor ángulo con el deseo de ver en su rostro alguna pista que aclarara lo que había sucedido. En vez de eso, al llegar a la otra banqueta lo único que vi fue que el gordito había desaparecido. Inútilmente lo busqué por las calles apenas iluminadas. A pesar de su corpulencia debió haber corrido lo

suficientemente rápido como para perderme. Tras un rato de búsqueda que al final llegó a parecerme ridícula, decidí regresar a la casa, no sin antes voltear a la negra ventana e intuir que, después de encontrar lo que buscaba, Alma se había ido por fin a dormir.

En el camino de regreso me crucé con un pequeño grupo de gente. Llevaban antorchas y se dirigían al palacio municipal, decididos a no esperar más por la salud de Don Eneas para hacerle justicia a los muertos de Cuetzpaltenango. Como la verdad la suerte del Chato me tenía sin cuidado, los ignoré y seguí mi camino. Ni siquiera me detuve para desearle al judicial desde lo más profundo de mi ser que hubiera encontrado algo con qué ahorcarse en su celda.

Edmundo Santisteban esperaba ya en casa, cómodamente sentado en un sillón de la sala. El cabello aún le escurría, pero al parecer tuvo tiempo suficiente para pasarse un peine y así lucir un poco más presentable. En sus manos tenía abierta la *Gesta Heroica de Cuetzpaltenango*, y cuando me acerqué a saludarlo noté que leía con interés lo siguiente, que hoy, aunque sea fragmentariamente y a fuerza de innumerables lecturas en la escuela, casi puedo repetir de memoria:

### **CAPÍTULO TERCERO**

**En el que se hace un recuento meditado de la vida del ilustrísimo Don Heriberto Meléndez, Hijo predilecto de Cuetzpaltenango. Un líder nato. De cómo Don Heriberto supo honrar la memoria de sus antepasados al tomar las armas en contra de los invasores. La Batalla de la Atalaya. La muerte de un prócer.**

Apenas se oían por los caminos las voces de la liberación. Allá, en el amanecer de la República, que no fue sino una premonición, sucedió que llegaba al mundo quien habría de llenar de gloria a los hijos de Cuetzpaltenango y la Patria entera. Nacido en el seno de una familia humilde, pero rancio apellido Meléndez, Heriberto abrió sus ojos al mundo para no cerrarlos nunca más a la injusticia. Su niñez y juventud estuvieron llenos de inmensas satisfacciones para sus padres, cuyos nombres la historia lamentablemente no nos ha querido preservar. Fue Heriberto un incansable trabajador, ávido lector de cualquier libro que llegara a sus manos. Fue tal vez

en esos libros donde entrevió que su destino era darle la libertad a sus coterráneos y garantizar que su Nación estuviera a salvo de los invasores, quienes quiera que éstos fueran. Para ello forjó con los años su pertinaz carácter, laborando en el campo donde pudo experimentar las carencias y los despojos, viviéndolas en carne propia y templando su orgullo y su tenacidad. Dueño de un aguerrido carácter, se le vio desde muy joven al frente de movimientos en contra de los abusos de nuestro incipiente e inexperto gobierno, ganándose con ello un lugar dorado entre los fundadores del Municipio de Cuetzpalténango. Su voz se alzaba hacia los cielos con fuerza hipnótica, con un poder de convencimiento que le venía de lo más profundo de su ser; bastaba que él hablara con su nata sabiduría para lograr lo que la comunidad necesitaba. Bajo su mando, los orgullosos cuetzpalténanquenses lograron alcanzar metas antes inimaginadas, para las cuales el joven Don Heriberto trabajó personalmente, aun a costa de su propia salud e integridad. Fueron bajo su dirección tiempos de justicia social, pues

poniendo al servicio de su tierra su implacable sed de igualdad, supo pasar por las armas a los delincuentes desalmados y entregar lo justo a los desposeídos.

Pero se cernían nubes negras sobre la República. Pronto se supo que el invasor llegaba por los mares de oriente, arrasando con las fuerzas de nuestra Patria que a pesar de ser mayores en número y conocedoras del territorio no lograban hacer ceder al enemigo en su intento por apoderarse de nuestra ciudad capital. Preocupado por los acontecimientos, y deseoso como siempre de brindarle un digno servicio a la Nación, Don Heriberto Meléndez se dio a la tarea de conformar un ejército con los mejores hombres de Cuetzpaltenango y sus alrededores, transmitiéndoles toda su pasión y energía, entregándoles los secretos militares aprendidos en sus lecturas de juventud y la entereza lograda en toda una vida de servicio al prójimo. El enemigo se acercaba por las montañas de la Sierra Transversa, y fue labor del mismo Don Heriberto y su incansable

cabalgadura, de nombre *Valor*, dar caza y atrapar a los exploradores de ese ejército despiadado e irrespetuoso de nuestra independencia y soberanía. De poco les valió a los prisioneros fingir que no hablaban nuestro hermoso idioma castellano; ante su negativa de indicar el curso de las tropas invasoras, Don Heriberto Meléndez los degolló personalmente y envió sus cabezas de vuelta en las grupas de sus propios corceles.

Fue en lo que hoy debiera ser declarado monumento nacional, el Fortín del Cerro de la Atalaya, donde Don Heriberto, siempre atento y vigilante, vislumbró entre las cumbres las vanguardias de las tropas enemigas. Confiado en el valor de sus hombres, y siguiendo el impulso de su corazón heroico, hizo fortificar el cerro aun cuando sabía que no poseía la artillería suficiente para ofrecer la batalla. Estaba convencido, lo mismo que sus subordinados, en que más valdría dar la vida por la Patria que vivir para ver cómo caía. Los hombres se apostaron en sus posiciones, y Don Heriberto Meléndez,

decidido y con la frente en alto, esperó la llegada del enemigo en la parte más elevada del Fortín con una bandera tricolor en la mano, misma que vio ondear lujuriosamente bajo los vientos enardecidos de la victoria. Era el día decisivo, un Seis de Mayo que se recordará por siempre. Quisieron Dios y San Filemón que las tropas hostiles llegaran al cerro de la Atalaya reblandecidas y poco alertas, heridos y con los uniformes rasgados debido con seguridad al desconocimiento de estas tierras que nos han visto nacer. Su número no tiene hoy importancia, sino el valor con el que se desarrolló aquella memorable batalla. A una orden de Don Heriberto, erigido unánimemente en Capitán General de las Fuerzas Patrióticas de Cuetzpaltenango, nuestros hombres salieron al paso de los invasores, que resintieron la sorpresa y aún así vendieron caras sus vidas en la refriega. Muchos de nuestros hombres valerosos ofrendaron su vida en el campo de guerra, pero bajo el liderazgo de Don Heriberto y su corcel supieron que la victoria sería suya. Veintisiete enemigos dejaron de ser amenaza para la Patria

aquella honrosa jornada en la que a nuestro heroico capitán le fue cercenado un dedo meñique a traición. Cuetzpaltenango y su gente se habían revestido de gloria para la Eternidad. Había nacido un héroe y una leyenda: Nuestro Insigne y Heroico Don Heriberto Meléndez.

Pletórico del más puro estoicismo, Don Heriberto se negó a ser atendido de sus heridas de guerra. Dejó eso para los débiles, para quienes no podían aceptar que las pequeñas pérdidas son más tarde las más grandes ganancias. Pero quiso Dios que sus servicios en esta tierra terminaran pronto, y tras denodados intentos por librarlo de la infección y la gangrena en su dedo ofrendado, Don Heriberto Meléndez entregó su alma al creador semanas más tarde soportando el dolor en el más dignificante de los silencios. De acuerdo a sus deseos expresos, recibió honrosa y cristiana sepultura acompañado por sus compañeros de lucha. El lugar de su sepulcro por desgracia hoy lo desconocemos por completo, aunque consideramos un deber otorgarle un

lugar privilegiado en nuestros siempre  
agradecidos y deudores corazones.

Dicen que el mismísimo Heriberto Meléndez se habría sentido orgulloso del despliegue de energía con el que Don Eneas calmó a la muchedumbre congregada afuera del palacio municipal para eliminar al Chato. Enterado de que los esfuerzos de los tres guardias del prisionero habían sido insuficientes para contener el encendido intento de linchamiento, el munícipe se había olvidado de sus dolencias y vendajes e hizo acto de presencia afuera del edificio de gobierno donde el ya de por sí estropeado delincuente imploraba perdón bajo una severa lluvia de palos y patadas. No fue fácil arrancarle a la multitud aquel cuerpo vapuleado y casi inconsciente que iba de un lado a otro al ritmo de los golpes, pero que permanecía en pie de una forma inexplicable. Un rostro negro por la sangre machacada, casi desnudo y con las manos amarradas a la espalda donde alguien apagó uno que otro cigarro, fue lo que los refuerzos del municipio lograron rescatar a base de jaloneos y tiros al aire. El Chato para esos instantes pedía la muerte entre lágrimas que trazaban rudos senderos a través de la sangre que comenzaba a coagularse.

Don Eneas demostró tener fuerzas suficientes para levantarlo por el cuello de la camisa y aventarlo sin miramientos al interior de una de las camionetas. Después

se volvió hacia la furiosa congregación, y sin el más leve asomo de temor, se acercó hasta los más cercanos manifestantes para mirarles bien las caras. Con una recalcitrante mueca de odio clavó en ellas sus ojos e identificó de inmediato a las seguidoras de Inmaculada. Las viejas intentaron aún hacer que los demás secundaran sus consignas, pero era tarde; la mayoría había dejado caer sus armas contundentes en medio del pasmo que causó la decidida intervención del presidente municipal y se habían desbandado por los callejones, dejándolas solas y abandonadas frente al mismísimo demonio. Sin que nadie se diera cuenta, en medio del desconcierto Don Eneas ordenó que los guardias bloquearan la retirada a las líderes del movimiento, que de pronto se vieron rodeadas y con armas que les apuntaban, obligándolas a encarar la peor de sus pesadillas. En verdad lucía transformado el munícipe. Su rostro desenchajado y las cejas profundamente clavadas en el centro de su frente sólo podían predecir tímidamente la ráfaga de ira con que acometió a las beatas, que no dejaban de persignarse, aferradas a las cuentas de sus rosarios. Pero ninguna ayuda les llegó del cielo cuando Don Eneas arrancó personalmente de sus manos las antorchas con las que las viejas trataban de hacerlo retroceder como si fuera una bestia salvaje. Probablemente jamás disfrutó el munícipe un momento de gloria como aquél, pues dueño de una sonrisa espantosa

y una voz incomprensiblemente templada a pesar de escurrirse entre sus dientes apretados, dijo a sus enemigas: —Quedan arrestadas por sedición, intento de asesinato y alboroto público.

Las beatas berrearón rogando piedad de rodillas sobre las baldosas de la plaza, pero ni lágrimas ni falsos desmayos fueron suficientes para obstruir el cumplimiento de la orden de encarcelamiento que Don Eneas había completado a señas cuando se daba vuelta para marcharse. —...más lo que resulte— masculló el munícipe para sí mismo, mordiendo con una sonrisa malévola la punta de su puro al subir a la camioneta.

Las cinco mujeres desaparecieron al interior del edificio de gobierno. Esa noche sus lamentos fueron lo único que se escuchó en las calles, lejanos como si se tratara de las voces de varias almas perdidas y en pena.

## XVII

**M**e desperté con un alboroto general en el pueblo y una intensa columna de humo perfectamente delineada en el cielo gris. El gordito Santisteban estaba despierto y con un humor novedoso, haciendo chistes de cualquier cosa y comiendo con un apetito envidiable. Al llegar a la mesa, vi que el Detective había dispuesto todo como en los primeros días. Incluso traía puesto un horrible delantal a cuadros que seguramente encontró en uno de esos cajones que yo ya no acostumbraba abrir. Se veía francamente risueño y lleno de energía. Por la ventana veíamos a la gente correr con sus caras llenas de preocupación, agarrándose los cabellos o vociferando para enterar a los demás de las nuevas. No me quedó duda de que el gordito sabría ya lo que estaba sucediendo. Quizás hasta se había acostumbrado por fin al impredecible ritmo de Cuetzpaltenango, unas veces parecido a la locura y otras al más tedioso vacío. Pero lo vi tan en calma, tan vuelto a sus cabales, que tuve que concluir que me equivocaba. Mientras el Detective se esmeraba por servirme el desayuno, traté de captar en su rostro siquiera un minúsculo signo de la inquietud que reinaba allá afuera. Fue en vano, porque el gordito, una vez sentado, daba cuenta de la comida con grandes y sonoros bocados, y al

mismo tiempo, en un gesto cómico, dejaba ver los hoyuelos que adornaban sus cachetes hinchados cuando sonreía. Era obvio que el gordito había estado tan ocupado en sus quehaceres que pasó por alto el revuelo en el pueblo. Por unos instantes me dio gusto por él, que en los últimos días ya no era ni la sombra de quien yo había conocido. Los gritos afuera se escuchaban pero no se entendían. Eran demasiadas voces y ruido. Pero una vez terminado el desayuno, mientras el gordito tarareaba desafinadamente una melodía seguramente de su invención, me asomé a la ventana y traté de entender lo que sucedía.

—¿Qué dicen?— pregunté, sin que nadie afuera se detuviera a responderme.

—Ya saben quién es el asesino incendiario— dijo la voz del Detective a mis espaldas, en un tono que igual pudo sonar burlón o sumamente serio. Al volverme rápidamente pude aún descubrir en el rostro del gordito restos del gozo que parecía estar experimentando.

—¿Y el humo?— interrogué.

—Arde la casa de Inmaculada.

—Qué barbaridad— dije, perplejo.

—La barbarie es una niñería frente a lo que está sucediendo ahora, amigo Don Félix.

—Pero Detective, ¿Es que no le preocupa en nada todo esto? ¿cómo puede quedarse ahí, apaciblemente sentado mientras afuera parece que se derrumba el cielo?

—A mí ya me cesaron ¿Recuerda?

—¿Y?

—Cómo “y”. Que oficialmente ya no tengo nada que ver. Para Don Eneas todo ha quedado claro y se dispone a hacer justicia pública. No me queda nada más que reírme, y no crea usted que me siento tan bien de hacerlo.

—Detective, dígame ¿sobrevivió el Chato?

—No lo sé.

—¿Le achacó Don Eneas el incendio de la iglesia?

—Claro que no, Don Félix. Don Eneas es colérico pero no idiota. Supo desde el primer momento que no debía hacerlo o perdería credibilidad. En vez de eso, dejó que el pueblo pensara por sí mismo, con las consecuencias que usted ya conoce. Veamos el intento de linchamiento de anoche como el resultado de que el Chato traspasara los muros de La Sonora y la paciencia de su dueño, el bienamado presidente de este pueblo. Fue su venganza personal. Entienda que él no podía darle su merecido al Chato siendo el representante de la ley.

—Entonces— dije, no sin un cierto temblor que me recorría el cuerpo y la voz —¿a quién dice usted que señalan? ¿quién es el asesino incendiario?

—Los asesinos, debí decir— aclaró el Detective.

—¿Varios?

—Varias.

—Discúlpeme, Detective, pero esto ya me esta pareciendo una broma de mal gusto. ¿Pretende burlarse de mí?

—De ninguna manera, amigo Félix. Le voy a explicar todo. Cálmese. Ayer por la noche, tras el frustrado linchamiento, Don Eneas hizo acto de presencia y encontró la solución que buscaba. Apresó personalmente a las dirigentes del grupo de Inmaculada.

—¿A esas viejas miserables? ¿y por qué?

—Es sencillo. Porque estaban ahí en el momento justo. Como quien dice su presencia hizo que el munícipe tuviera su idea genial.

—Pues no entiendo nada.

—Ya lo hará, no se me desespere. Las viejas fueron acusadas de causar el alboroto aquél de las antorchas y pasaron la noche tras las rejas. En consecuencia, hoy esta gente intranquila de allá afuera amaneció con el chisme de que el culpable del incendio había aparecido. El humo que usted ve allá atrás de las casas es el resultado del arrebato de Don Eneas, quien mandó catear la casa de Inmaculada esta madrugada con resultados que prometen ser desastrosos para las de su grupo, igual que lo fueron para el infortunado inmueble.

—¿Con todo esto pretende usted decirme que fueron las incondicionales de Inmaculada quienes quemaron su

amada iglesia, y de paso se llevaron a su amiga de corbata?  
¡Es una de las peores estupideces que he oído!

—Yo siempre confié en que usted no sería otro imbécil como todos, o bueno, casi todos los demás en este pueblo.

—Es que un poquito de sentido común es suficiente para echar abajo la acusación de Don Eneas.

—Ahora ve usted, amigo Félix, que el sentido no es algo tan común como dicen. Y mejor ya vámonos, porque Don Eneas debe estar por presentarse frente a la gente para detallarles con uno de sus famosos discursos cómo salvó a Cuetzpaltenango una vez más, y de paso mostrarle al pueblo la clase de gente pernicioso que son las beatas de Inmaculada y su santito guerrillero.

En el camino me enteré de que Edmundo Santisteban supo los detalles básicos mientras barría la entrada de la casa, temprano por la mañana. Lo demás lo había adivinado él mismo con su pertinaz sentido de la deducción. Ahora íbamos hacia el centro del pueblo, rodeando por algunos atajos que el gordito sorprendentemente conocía. Poco antes de llegar, en una esquina donde incluso ya se escuchaban los chirridos de los altavoces que los técnicos de la municipalidad probaban con ridículas frases en las que arrastraban las eses, nos encontramos a Almita. Parecía como si nos hubiera estado esperando, aunque en realidad, según pude notar, sólo estaba esperando al gordito Santisteban. La

muchacha se sobresaltó un poco al verme y miraba al Detective con cara de no saber qué hacer o decir.

—No te preocupes— le dijo él con voz tranquilizadora — Don Félix ya está al tanto de lo que pasa...

—¿Que yo qué?— murmuré tan disimuladamente como pude a la oreja del Detective.

—En serio, Don Félix, no me subestime— dijo el gordito, llevándome aparte mientras le hacía a Alma un guiño y un ademán de que aguardara un momento —¿Cree usted que yo lo considero tonto para no extrañarse de mis caminatas nocturnas? ¿o acaso piensa que no me he dado cuenta de cómo me sigue hasta la casa de Alma? Por favor... yo a usted lo respeto.

—¿Y cuánto tiempo tienen, digo, cuánto tiempo lleva esto?— le pregunté, aún bajando la voz, admirado de que él hubiera hecho todo el trabajo de conquista sin esperar la ayuda que yo le había prometido.

—Imagínelo— dijo, por toda respuesta. Alma sonreía a sus espaldas, ligeramente apenada, y el gordito no tardó en ir hacia ella mientras yo los miraba con cara de idiota. Caminaron lo que faltaba para la plaza en completo silencio. No se atrevieron a tomarse de la mano, pero en sus miradas adiviné sin problemas lo que nadie en Cuetzpalténango había podido notar hasta entonces.

La plaza principal nos tenía deparadas algunas sorpresas. Con una velocidad que de no ser por la

apresurada puesta en escena de Don Eneas habría parecido increíble, sus empleados habían construido un estrado de madera justo al centro de la explanada. El lado frontal estaba dramáticamente enmarcado por las ruinas cenicientas de la iglesia, y sobre el podio colgaba una manta reutilizada en la que se leía en letras rojas “Justicia en Cuetzpaltenango”. La gente se congregaba poco a poco, llegando de todas partes. Algunos todavía preguntaban por los detalles formando grupos en los que, al centro, se encontraba la persona mejor informada. Escuchamos toda clase de tonterías mientras comenzaba el acto. El gordito Santisteban, absorto en su Alma, sonreía de todos modos de una forma enigmática, y mucho me equivocaría si no también nerviosa. Finalmente un empleado del municipio se acercó al pódium, sopló con fuerza sobre el micrófono, y tras carraspear estentóreamente, hizo el solemne anuncio oficial:

—Señoras y señores, vecinos, recibamos con un aplauso a nuestro estimado ciudadano presidente municipal, Don Eneas Olivares.

Apareció el munícipe con los brazos en alto, dueño de la situación. Los aplausos se apagaron rápidamente, ya fuera porque él hizo ademán de detenerlos con las manos, o porque simplemente la gente ya se quería dejar de tanto teatro.

—Amigos y conciudadanos— comenzó Don Eneas con esa energía protagónica que conocíamos bien —Les he pedido que nos reunamos aquí, en el benemérito corazón de nuestro pueblo, para hacerlos partícipes de mi alegría y enterarlos como es debido acerca de los graves acontecimientos que nuevamente han llenado de pesadumbre a Cuetzpaltenango. Grave situación es ésta, en la que no podemos confiar ni en nuestra propia gente. A nadie escapa, amigos míos, el dolor en que fueron sumidos nuestros corazones con el artero atentado contra la iglesia de San Filemón, cuyos despojos nos recuerdan a diario las vidas de aquellos que ya no están entre nosotros. Un acto vil e inhumano que, como prometí entonces, no habría de quedar sin castigo. Tan mal están los tiempos que pareciera que se han ido, queridos amigos, aquellos días gloriosos en que trabajábamos brazo con brazo por el bien común. Y perdonen si esto les suena a reproche, pero parece que también nos han dejado los hombres de valía. Han dejado de existir los Heribertos Meléndez, aquellos osados que con su valor y un arma cualquiera en las manos luchaban porque todo se mantuviera en su sitio. Se fueron los hombres y mujeres que en nombre de Dios y de la Patria encaraban el destino, cualquiera que fuera su cara. Hoy vivimos la ignominia. El desastre moral. Sí, amigos, lo digo con terrible dolor de mi corazón. De no ser por el respeto irrestricto a la ley y el orden que nos legaron

nuestros héroes, que por fortuna algunos nos preciamos de conservar, nada quedaría de nuestro pueblo. ¿Qué garantías podríamos ofrecer a nuestros hijos si así no fuera? ¿qué nos quedaría en el pecho, sino un corazón mezquino y cruel, a merced de las más bajas pasiones? Yo, amigos míos, lo tengo muy claro. ¡Nos quedaría esto!

En mitad del mutismo de la plaza resonó el chasquido de dedos con el que Don Eneas hizo que algunos policías obligaran a subir al estrado a las detenidas. Eran las discípulas de Inmaculada, doblegadas por un llanto que a fuerza de fluir toda la noche les había dejado las cuencas de los ojos casi vacías, renegridas e implorantes. Parecía como si a sus ya de por sí huesudos cuerpos les hubiera sido extraído a fuerzas el jugo restante. Con las manos esposadas les era imposible santiguarse. Algunas murmuraban incansables oraciones entre dientes, y aquello era como oír un castañeteo incesante. Otras guardaban un silencio parecido al del sepulcro. Pero ninguna intentó volver la cara hacia su acusador, que las exhibía como trofeos de caza, sonriendo rencorosamente. Tras el teatral espectáculo que estábamos presenciando y el murmullo generalizado del pueblo entero, el munícipe volvió al micrófono, arremetiendo contra las agitadoras.

—Apenas he tenido la fuerza para contener el castigo ejemplar que esta escoria merece— continuó —Me han valido los principios morales que me llevaron al cargo que

honrosamente desempeño y el buen consejo de Nuestro Señor. En otros tiempos la alta traición de esta gente les hubiera merecido la muerte por fusilamiento, el escarnio público. Hoy nos mueven el estado de derecho y las leyes. Amigos míos, sé que hablo duramente. Pero esta dureza apenas es acorde con la brutalidad de las aquí presentadas, quienes con sus actos ofendieron a todos y tomaron la vida de inocentes durante el atentado a nuestra parroquia centenaria. Fueron ellas quienes urdieron los acontecimientos de aquel negro día para Cuetzpaltenango; fueron ellas, movidas por sus oscuras y egoístas ideas libertarias, las que hundieron a nuestro pueblo en la desgracia.

El gentío clamaba por una explicación con un alboroto que creció hasta casi apagar la voz del munícipe en los altavoces. Edmundo Santisteban y yo apenas cabíamos del asombro que aquellas acusaciones nos causaban. Las presas miraban ahora a la multitud moviendo la cabeza negativamente, gritando para refutar las palabras de Don Eneas. Una de ellas, de pronto, cayó como muerta tras recibir una pedrada en la mandíbula, lanzada por una mano justiciera y anónima a la que le bastaba verlas en aquella situación para confirmar su culpa. Pocos segundos después el barullo fue disminuyendo, y otra voz sin dueño se levantó para exigir una justificación.

—¿Dónde están las pruebas?— exclamó, antes de volverse a confundir con los gritos de la multitud. Don Eneas quitó el micrófono del soporte, señaló con la otra mano hacia el lugar probable de aquel grito y continuó, en tono desafiante:

—Hay pruebas. Juro por Dios Vivo que las hay. Bástenos con recordar el comportamiento de la difunta Inmaculada y su séquito durante todos estos años. Siempre opuestas al progreso y a las decisiones del Hache Ayuntamiento que presido, organizaron consuetudinarias marchas y conspiraron en secreto, en el seno de nuestra añorada iglesia, para derrocar a éste, su servidor. Y no olvidemos tampoco su necia obstinación por cambiar al santo patrono. ¿No es verdad, amigos, que fueron ellas quienes siempre deploraron el nombre y la figura de San Filemón? ¿no es cierto también que en repetidas ocasiones intentaron destruir su imagen para sustituirla por un santo esquírol, el tantas veces vencido San Miguel Arcángel? ¿no es acaso verdad que en esta absurda y obcecada lucha, fueron ellas y nadie más quienes organizaron cofradías y centros de culto no autorizados, a las espaldas de nuestra Santa Madre Iglesia y de las autoridades? ¿quiénes sino ellas tendrían un interés directo en la desaparición de la iglesia de San Filemón? ¿quiénes?

—¡Pruebas!— volvió a resonar la voz, ahora al otro lado de la plaza, mientras aún oíamos la respiración agitada de

Don Eneas en las bocinas y Atanasio se acercaba a nosotros abriéndose paso a codazos entre la gente, tan intrigado como cualquier otro en la concurrencia.

—Las pruebas están aquí— prosiguió Don Eneas, y tras un nuevo chasquido de dedos le subieron al estrado una caja de cartón de la que asomaban varias bolsas de plástico. Tomando una de ellas como si le diera asco, la mostró a la multitud mientras retomaba su discurso.

—Creo que es justo informarles, amigos, que en el curso de esta madrugada, tras la captura de estas delincuentes liderando un alboroto público con tintes violentos, la antigua casa de Inmaculada Valtierra fue cateada bajo mis órdenes y personal supervisión. Con satisfacción les anuncio que el operativo fue un completo éxito. No sólo fue desmantelado un clandestino y sectario santuario religioso dedicado al impostor San Miguel, sino que además logramos el secuestro de los bienes monetarios que ilegalmente obtenían y usufructuaban las acusadas, en detrimento de la confianza y la fe que muchos de ustedes depositaron en ellas. Hallamos también pruebas contundentes de su participación en el sabotaje eléctrico que desencadenó la quema de nuestra parroquia. ¡Aquí, en esta caja, está la incontrovertible evidencia!

Al decir esto, Don Eneas agitaba brutalmente la bolsa de plástico que tenía en la mano. Dentro de ella pudimos observar unos alicates viejos y corroídos.

Después, tomando al parecer al azar otras bolsas de la caja, vimos también un rollo de cinta de aislar y un desarmador. Eso era todo.

—Llegando a la casa, recuérdeme que le ayude a enterrar su caja de herramientas, Don Félix— dijo el gordito con una sarcástica pero genuina preocupación —No vaya a ser que lo hallen culpable por tener bajo su techo los elementos básicos para cambiar un foco.

Las viejas lloraban inconsolablemente y de rodillas frente a un público azorado pero cada vez más convencido. Don Eneas, impávido, observaba con satisfacción mientras intercambiaba simulados asentimientos de cabeza con sus allegados. Al oír que llegaban los aplausos sonrió, complacido.

—Queda entonces de manifiesto la culpabilidad de esta gente sin escrúpulos— concluyó entonces el munícipe — Fueron ellas, y nadie más, quienes perpetraron este plan maligno. Fueron ellas quienes, aun a espaldas de su líder, maquinaron la manera de hacer parecer accidental el incendio. Sólo Dios será capaz de saber qué cruzaba por sus mentes torcidas cuando cerraron por fuera las puertas de la iglesia, evitando el escape de los allí reunidos. Cerraron las puertas con una sangre fría espeluznante, con ceguera fanática y despiadada. Ellas lo hicieron todo.

Nuevamente la turba comenzó a dar de gritos, esta vez de absoluta indignación. Comenzaron a llover más

piedras, e incluso observamos empujones y alegatos de quienes no estaban de acuerdo. El griterío era ensordecedor, pero entre toda la gente una voz comenzó a ser predominante. A empellones, la multitud acabó cediendo, abriendo paso hacia el estrado a una figura desesperada que no paraba de gritar la misma frase, repetida incansablemente entre un mar de lágrimas y un par de ojos desencajados.

—¡Fui yo! ¡Fui yo!— decía, quitando gente de su camino. El silencio se esparció otra vez, apagado solamente por los lastimeros alaridos, que no cesaban. Como pudo, el hombre subió al estrado, rasgando cómicamente el pantalón de su traje a cuadros. Don Eneas, mudo y perplejo, vio de pronto a su lado a un jadeante y deteriorado Antelmo Iturralde, el loco de Cuetzpaltenango. Su abrupta presencia allí arriba impidió que la gente profiriera las expresiones de menosprecio y compasión que acostumbraban hacerle en la calle. En un segundo arrebató el loco el micrófono a Don Eneas, y tras limpiarse las lágrimas y sorberse los mocos, gritó con voz quebrada y una cordura envidiable antes de caer de rodillas, doblado por el dolor:

—Están equivocados. Fui yo quien cerró las puertas de la Iglesia. Fui yo. Arréstenme ¡Yo soy el culpable!

## XVIII

Los minutos de incertidumbre tras la revelación de Antelmo fueron larguísimos. Don Eneas, mudo e iracundo al ver que su plan se venía abajo, hizo que los guardias detuvieran al loco confeso, quien sumisamente ofreció sus manos para que le fueran puestas las esposas. Muy pronto la gente congregada se fue dispersando, muchos de ellos dudando ya que las pruebas contra las beatas fueran tan contundentes como les había parecido bajo el influjo retórico del presidente municipal. Volvían a sus casas con expresiones de decepción y moviendo la cabeza. Minutos más tarde la plaza estaba casi desierta, presidida solamente por la imagen de San Miguel Arcángel, que mostraba un hoyo en su cabeza de yeso, tenía la espada rota y estaba siendo asaltada salvajemente por una horda de niños que le propinaban patadas, palazos y piquetes de ojo. La estatua era otra de las pruebas que Don Eneas expuso para probar la conspiración que pretendía cambiarle el nombre al pueblo y nombrar un nuevo santo patrono. Pero tras esta última batalla perdida contra las legiones del mal, el arcángel había demostrado con creces no ser un digno sustituto de San Filemón, y muchos en Cuetzpaltenango se sentían ya en el absoluto desamparo divino. Veían con preocupación, además, la aparición de propaganda

protestante bajo sus puertas desde hacía varias semanas, e incluso no faltó quien se pasara a las filas de estos grupos, que operaban con éxito en otros pueblos, como en el infame Yolonochtla.

La verdad es que esto no era nada nuevo. Desde hace mucho tiempo, desde el Año del Rayo Justiciero para ser exactos, no falta el domingo por la mañana en que alguien toque a las puertas de las casas de Cuetzpalténango. Una buena parte de estos misioneros de la palabra vienen de lugares lejanos, y otros son hasta extranjeros, lo cual se nota en su horrible acento cuando cada domingo, a las puertas de las casas, leen a la gente pasajes escogidos de una biblia traducida del griego por quién sabe quién, y que desde luego nos anuncian como más exacta que la leída por cualquier Padre católico. Desde entonces, como la mayor parte de los habitantes de nuestro pueblo son personas incapaces de una descortesía, estas pláticas en la puerta que casi siempre terminaban en discusión solían extenderse por horas. Recuerdo que mi madre no era tan benevolente. En el dintel teníamos pegado un cartoncito descolorido con la leyenda “Este hogar es católico. No aceptamos propaganda protestante”. Pero si aún a pesar de esta advertencia alguna señora tocaba para “hablarnos de Dios”, mi madre se encargaba de ponerla en su lugar, diciéndome después de correrla que esa gente era como Satanás mismo; si le das una

oportunidad, te atrapa. Y como somos tan débiles, y nuestra fe blandengue, lo mejor era no darles ocasión de ser escuchados.

—Pero mamá— le contesté aquella vez —Yo no creo en Satanás...

—¡El mayor triunfo del demonio es precisamente que no creamos en él! — sentenció, al tiempo que casi me hacía caer de frente con una sonora palmada en la cabeza — ¡Nunca lo olvides!

Y nunca lo olvidé, porque se me hizo que en el fondo el asunto tenía mucho de lógico. Aquellos días de mi niñez eran difíciles. Ante el embate protestante y la inutilidad de San Filemón, la fe andaba de capa caída. Doña Inmaculada pasaba también de puerta en puerta invitándonos a rezar el rosario, y a nosotros los niños nos felicitaba por la remodelación forzada de la iglesia, además de dejarnos papelitos con nuevas tareas para el día siguiente. Ahí nos tenían entre Don Eneas, ella, el Padre Camargo y los maestros cómplices de la escuela, diariamente formados a las siete de la mañana como si pasáramos lista en el servicio militar, vestidos con nuestras peores fachas para no destruir la ropa buena pintándola, engrasándola o rasgándola durante nuestras faenas. Eso sí, el pueblo entero estaba muy orgulloso de nosotros, sus esclavos. Nuestra única paga era un almuerzo mal hecho de pan, un huevo duro helado y un agua de limón con

todas las semillas flotando y nada de azúcar, mientras que en los pueblos cercanos los niños se dedicaban en sus vacaciones a jugar. Las iglesias, incluídas las protestantes blancas y picudas, gozaban de un buen estado de conservación. Esa gente, que también creía en el demonio, tenía unos santos patronos muy dignos y cumplidores. Doña Inmaculada tenía ya desde aquellos lejanos días la idea de derrocar al nuestro; no se había decidido finalmente a qué santo impulsar, pero decía tener buenas ideas. Fue entonces cuando supimos de la tragedia, y a la beata, como quien dice, se le prendió el foco. En Yolonochtla un domingo hubo reunión de una nueva secta recién llegada, y como no tenía templo ni gente para llenarlo, el pastor convocó a los interesados bajo la sombra de un gran árbol que adornaba la plaza mayor de ése, nuestro pueblo rival. No hubo muchos que respondieran al llamado; apenas unos veinte entre curiosos y decepcionados de uno u otro culto establecido. El caso es que sólo Dios sabe cómo, sin que en el cielo hubiera una sola nube ni negra ni blanca, cayó sobre el árbol un relámpago y los dejó a todos patitiosos. De inmediato en Cuetzpaltenango se habló de castigo divino para ese pueblo de gente corrompida y apóstata, pero fue Inmaculada, buena conocedora del pleito que teníamos contra los de Yolonochtla, quien no tardó ni tantito en querer proclamar a la Virgen del Rayo como patrona de

nuestro pueblo. Como es obvio, aquel oportunista intento tampoco llegó a prosperar, máxime porque ya teníamos a la también desobligada Virgen de Almudena. Así fue como conocimos aquel año como el del Rayo Justiciero, sin afán de burla. Para algunos, como a mí, aquello había sido una clara muestra del poder de Dios y una advertencia. Al menos yo lo entendí así: que los malos y los inútiles mueren o se enderezan fulminados por un rayo.

El gordito Santisteban exigió estar en el interrogatorio de Antelmo. Don Eneas trató de evitar que siguiera entrometiéndose en sus asuntos, pero para su desgracia el oficio de la Capital que indicaba que las funciones del Detective en Cuetzpaltenango habían terminado no estaba aún en sus manos. Así que como parte de la autoridad, mi amigo estaba en todo su derecho, y aunque no intervino más que con su presencia, pudo estar al tanto de lo que ocurría en el palacio municipal. El proceso fue de lo más ortodoxo, pues Antelmo demostró una abierta disposición a cooperar. Palabras más, palabras menos, esto fue lo que el gordito nos contó a Alma, a Atanasio y a mí al llegar a la casa ya entrada la noche, cuando le pregunté por la suerte del pobre demente y las beatas.

—Caray— contestó, todavía buscando respuestas en su cabeza —Pues resulta que con toda seguridad se puede decir que fue el loco quien encerró a la gente en la iglesia.

—¿Y para qué?— inquirió Alma en nombre de todos —Si Antelmo no es capaz de ni de aplastar una chinche hocicona...

—No, si su intención no era matar.

—Yo no entiendo— dijo Atanasio —Así la cosa no tiene ni pies ni cabeza.

—Pues los tiene, por raro que parezca.

—Cómo le gusta hacerla de emoción, Detective. Aclárenos de una vez cómo estuvo— le dije, ya muy impaciente.

—Quiso la fatalidad que ese día Antelmo cerrara por fuera las puertas de la parroquia, cosa que nunca antes había hecho, para en sus propias palabras defender lo que era suyo.

—¿Creía que la iglesia era suya?— exclamamos los tres, al unísono. El gordito disfrutaba como un niño nuestra curiosidad.

—No, no. Algo que había adentro— dijo por fin.

—¿Qué cosa podía interesarle tanto al loco adentro de la iglesia?— pregunté, chasqueando la lengua con incredulidad —Antelmo nunca ha sido lo que se puede decir un hombre piadoso, y mucho menos se le ha sabido de alguna donación a la parroquia; bueno, para acabar

pronto, ni siquiera ponía un pie ahí. ¿Qué diantres pudo querer proteger?

—A Andrea.

Los tres nos quedamos pasmados. No sabíamos si burlarnos o asombrarnos, porque conocíamos bien la obsesión de Antelmo por la mítica fotografía que nunca volvió a ver y que esperó pacientemente todos aquellos años. Pero el Detective hablaba muy en serio.

—En realidad— continuó —Antelmo no deseaba protegerla, sino evitar que se le volviera a escapar.

—Bah. Andrea era sólo un sueño de ese loco. Todos sabemos que ella era una cosa irreal— dijo tajantemente Atanasio, que buscaba nuestro apoyo con la mirada.

—No aquella mañana. Andrea se andaba paseando por el pueblo, en carne y huesos, y Antelmo lo ha jurado con una cordura que ya quisiera yo para un domingo.

—Espere un poco, Detective— interrumpí, no sin una ligera e irreprimible sonrisa —¿No irá usted a creer de veras que después de tantos años de espera, de pronto ese justo día Antelmo vio a su amada, que por cierto, puede que ya hasta esté muerta?

—El loco la describió, y no sólo eso, dice haber andado tras ella por varias calles sin conseguir que Andrea le contestara una sola palabra; por el contrario, a Antelmo le vino una mortificación espantosa, porque en vez de reconocerlo, la pobre mujer más bien parecía estar

espantada de él y su insistencia, al grado que después de correr y tratar de escapar sin éxito, se metió en la iglesia como único refugio posible. Esa fue la actitud que hizo que el loco, tras innumerables ruegos y promesas de amor, decidiera cerrar las puertas por fuera y así darle a Andrea unos minutos de reflexión, además de evitar que escapara.

—Esa pobre anciana debe haber estado muerta del susto— dijo Alma, compasiva como siempre.

—Eso es lo más extraordinario— contestó el gordito, rascándose la cabeza —Antelmo dice que era casi tan joven como cuando se conocieron. Tal como él siempre la había esperado...

Con ojos atentos, los tres rogamus al gordito que siguiera su relato.

—Bueno, pues al parecer pasaron los minutos sin que Andrea diera señales de cambiar de opinión. Quizás ni siquiera escuchaba las palabras de Antelmo al otro lado de la pesada puerta de madera. El caso es que nuestro buen demente, cansado de esperar, se convenció de que a pesar de no verla salir, sería imposible no volverla a encontrar más tarde ese mismo día, hermosa como era y caminando por las calles metida en aquel vestido azul que le pareció hecho de pedazos de cielo. Simplemente se alzó de hombros, se fue a dar una vuelta y olvidó definitivamente la puerta cerrada.

Atanasio se había levantado súbitamente con los ojos abiertos y mudo como de espanto. Tras unos segundos en que lo miramos con extrañeza, de pronto se volvió hacia donde yo estaba, en espera de una reacción mía que no llegó.

—La Lilia, Félix— balbuceó, con ojos extrañados.

—¿Qué?— exclamó intrigado el gordito, exigiendo a Atanasio que no se detuviera.

—La Lilia era la única vestida de azul entre los muertos de la iglesia ¿te acuerdas?

El peso de una enorme piedra invisible me impidió levantarme de mi asiento. Estaba más claro que el agua. El gordito resintió también el significado de aquella revelación de Atanasio, y en su desconcierto, Alma sólo atinaba a mirarnos sin entender lo que nos tenía así, compartiendo respetuosamente con nosotros el silencio. Unos instantes más tarde, el Detective daba vueltas por la habitación tratando de ordenar sus ideas.

—Con todo respeto, Don Félix, su condenada Lilia está en todo— dijo de pronto.

—¿La culpa por el incendio?

—No veo razones para hacerlo. Según me ha contado, ni era practicante ni tenía nada contra el santito ¿me equivoco?

—En nada— repliqué. Y por fin, en ese momento, logré explicarme por qué demonios estaba ella adentro de la

iglesia. Como Lilia tenía muy pocos días de haber regresado a Cuetzpaltanango, para algunos era prácticamente una extraña. Uno de ellos fue sin duda Antelmo, quien al verla en la calle debió pensar en su desvarío que había hallado a su añorada y lejana Andrea. Después de tantos años la ilusión acabó engañándolo, y parece que Lilia se espantó con una reacción tan rara de nuestro loco.

—La iglesia era un lugar lógico para refugiarse de su nuevo pretendiente— intervino Alma con ansias de cooperar.

—No para quien no es creyente— contestó amablemente el gordito, extasiado por aquella voz —Más bien debió ser el único que le quedaba.

—Yo sigo sin entender algo— dijo Atanasio como con pena —¿Cómo es que días después del incendio Antelmo seguía gritándole a Andrea, buscándola y dando vueltas a la plaza con su periódico bajo el brazo como si pensara que seguía viva?

—El caso de Antelmo es de dar lástima— lamentó Edmundo Santisteban —El pobre ha de haber preguntado a todos por ella y naturalmente nadie le dijo que nunca estuvo en la parroquia. En ese mundo aparte en el que vive, Andrea simplemente se le escapó otra vez. Ahorita, en su celda, debe estar tratando de dilucidar en dónde se le escondió y quizás llorando de nuevo su pérdida.

—¿Qué va a ser de él?— inquirió Alma, notablemente conmovida y con las lágrimas asomándose de sus ojos.

—Sólo queda esperar que el escaso juicio de Don Eneas alcance para brindarle un poco de comprensión y misericordia. Cualquiera hubiera podido cerrar las puertas de la iglesia, incluso un niño travieso y malcriado. Queda claro que el pobre loco nada tuvo que ver con el incendio. Sólo fue parte de una serie de infames casualidades, y ya veremos si es posible abogar por él.

—¿Y las beatas?— preguntaba Atanasio con curiosidad.

—Como yo lo veo— contesté —a mí se me hace que esas viejas ya se fregaron. Las agarraron en medio de uno de esos desórdenes que a Don Eneas le ponen los pelos de punta, y ahora ya tiene el único pretexto que le faltaba para refundirlas en la cárcel o desaparecerlas. Acuérdate que su odio mutuo era ya una cuestión añeja...

—Con todo y todo— opinó el Detective, va a estar difícil que les achaque el incendio. Por principio de cuentas nadie puede probar que las viejas tuvieran algo en contra su líder. Y las supuestas pruebas cualquier pasante de derecho se las echa abajo. Son infantiles y representan únicamente el deseo caprichoso de Don Eneas por acabar con sus contrincantes. Pero tiene usted razón al decir que ya se fregaron, aunque sea por un tiempo. Porque sus escandalitos callejeros y esa manía de andar armadas con palos y antorchas queriendo levantar a la gente en contra

de su gobernante, son cosas que se persiguen de oficio. Cayeron en el juego de Don Eneas y por Dios que de ahí es donde él se va a enseñar, ya lo conocemos. Pero lo que me resulta más irritante de todo esto es que hemos visto caer muertos y sospechosos, y nadie da con el dichoso incendiario.

—Por ahí andan diciendo que San Filemón se suicidó porque no le hacíamos caso— dijo Atanasio —Y como que veo a la gente cada vez con menos esperanzas, porque los de la Mitra ni contestan ni han mandado un nuevo Padre. La otra cosa es que el pueblo sigue sin patrón, y aparte de las beatas nadie le ha buscado por otro lado. Del tal San Pánfilo de plano se olvidaron, porque nadie en su vida lo había oído nombrar aparte de estar grabado su nombre en la placa de piedra que encontramos, y según dicen ni imágenes ni estampitas se pueden conseguir de él. Yo no sé qué es lo que nos va a pasar.

—Seguro se nos ocurrirá algo— concluyó Alma, que sin que nos diéramos cuenta ya estaba tomada de la mano del gordito, nunca cansado de mirarla. Al verlos así no pude evitar sentir angustia. Me vino a la cabeza el recuerdo de la amenaza y casi maldición que Don Eneas tuvo a bien echarle a tan polémico noviazgo. Dentro de su lógica corrupta, al munícipe le parecía inconcebible tener al gordito por yerno. Simplemente no estaba dispuesto a tener cerca a alguien que con seguridad conocía cada uno

de los aspectos turbios que lo mantuvieron en el poder durante tantos años. En el fondo, Don Eneas sabía que Edmundo Santisteban era una amenaza para él en varios aspectos y ansiaba verlo fuera de su jurisdicción lo antes posible. Y de su vida también, porque si hubo un detalle en el mundo que él no habría podido calcular, era el inesperado encuentro del Detective con su adorada y nunca antes reconocida hija Alma.

## XIX

**P**orque adorada lo era. Claro, de acuerdo con los términos retorcidos de Don Eneas. Los hijos ilegítimos del presidente municipal se paseaban por el pueblo de las manos de sus madres, que en general vivían solas y los habían sacado adelante ante la prohibición social no escrita para casarse como cualquier otra mujer decente. Don Eneas era bueno para engatusarlas. Quién sabe cómo, con sus antecedentes, lo seguía logrando con tanta facilidad. Se dice que a casi todas les prometía una mejor vida y hasta matrimonio, y para muchas de esas mujeres aquel cambio de vida resultaba irresistible. Y no era que Don Eneas fuera un hombre atractivo, pero cualquiera que hubiera visto la cómoda y desahogada vida de Doña Tricia a su lado debía sentirse tentada. El matrimonio Olivares fue ejemplar por varios años y su único defecto fue la falta de hijos. Bueno, hubo otra cosa mala, pero ésa sólo la sabían Don Eneas y alguien más. Doña Tricia tampoco lo sospechó, y no tuvo tiempo para hacerlo en el futuro, porque murió cuando todavía se podía decir que era una mujer joven. Su ausencia sorpresiva tras el accidente en la guardería deprimió mucho al munícipe, pero para el asombro de casi todos, incluido el Padre Camargo, su depresión pasó rápidamente. Apenas unos pocos días

después de la muerte de Doña Tricia a Don Eneas se le veía tan contento y activo como siempre. Todos atribuyeron esta recuperación milagrosa a la de sobra conocida fortaleza de carácter de su gobernante, pero estaban equivocados.

La otra cosa mala en el matrimonio Olivares era que Don Eneas fue infiel. Desde luego, la única otra persona que lo sabía era su amante, y resulta que esta mujer no era otra que la madre de Alma. Se llamaba Julia y Don Eneas la amó con todas sus fuerzas. Lo hizo incluso cuando descubrieron que estaba embarazada y cuando vio lo difícil o imposible que sería abandonar a Tricia para estar con ella y con lo que viniera. Alma nació en el más completo secreto y Don Eneas se encargó de que en lo sucesivo ni ella ni Julia volvieran a sufrir carencias. El munícipe las visitaba diariamente pretextando en el pueblo asuntos de trabajo, y es muy probable que ni sus empleados sospecharan la doble vida que llevaba porque Doña Tricia murió apenas un año y medio después sin nadie le quitara de la cabeza que tenía un marido ejemplar.

Julia llegó Cuetzpaltenango prácticamente por casualidad. Parece ser que escapó de su casa en un lugar lejano del que no habló nunca, y en busca de un sitio para vivir se estableció de manera ilegal en un terreno no habitado al borde del Cipacapan. Vivía de hacer ollas y otros trastes de barro, oficio que tal vez aprendió en la

vida que había dejado atrás. Sobrevivía de una forma austera y clandestina, confiando ilusamente en que nadie le reclamaría su estancia en Cuetzpaltenco, pero lamentablemente no fue así. Cuando el legítimo dueño de esas tierras la descubrió, y notó que la arcilla de ese lugar del río servía también para hacer dinero, quiso que Julia se fuera de inmediato. Como era de esperarse, el reclamo llegó muy pronto a oídos de Don Eneas, quien en aquel entonces aún se preocupaba genuinamente porque el pueblo estuviera en completo orden. Su primera visita a Julia tuvo también que ver con la extrañeza que le causó saber que él y los Olivares no eran realmente dueños de toda la ribera del río, cosa que supo cuando se enteró de la invasión de esa mujer que nadie conocía bien. De modo que fue la envidia lo que lo llevó una tarde a la casucha de Julia a bordo de una flamante camioneta del municipio. Pensando quizás que se encontraría a una bruja necia protegiendo su propiedad con una jauría de perros rabiosos, llevó también la escopeta de su abuelo y se presentó ahí inesperadamente. Don Eneas encontró a Julia de espaldas, que sacaba trastes de su horno de leña, y se le hizo algo fuera de lo común que su cabello oscuro estuviera escrupulosamente peinado y limpio. Observándola detenidamente y en silencio, estuvo admirando también lo hermosamente delineado del cuerpo de la transgresora hasta que el cacareo de una

gallina asustada la hizo voltear hacia donde él estaba. A Don Eneas debe haberle parecido entonces estar frente a la cosa más bella que había visto en su vida. Julia, muerta de espanto al ver a un hombre en su casa y con una escopeta, casi se desmayó, pero el munícipe dejó caer su arma al suelo y trató de identificarse con su voz más amable. Don Eneas no tuvo fuerzas para explicarle que venía a desalojarla. Por el contrario, no dudó en tranquilizarla diciéndole que nada más estaba haciendo un recorrido por el municipio y que venía a ver si se le ofrecía algo. Era obvio que todo se ofrecía en la precaria vivienda, pero Julia nada pidió. Don Eneas lamentó el estado en que se encontraba aquella mujer viviendo en el aislamiento, y como si se tratara de una obligación suya le prometió volver muy pronto. Es probable que al irse alejando de la orilla lodosa del río tenía ya decidido Don Eneas lo que iba a hacer. Al día siguiente mandó llamar al dueño quejoso de aquellas tierras olvidadas, y explicándole que habría sido el deseo de sus antepasados poseer la totalidad de la ribera del Cipacapan, le compró en sobreprecio los terrenos en disputa. El hombre salió feliz con el negocio redondo que acababa de realizar, pero difícilmente supo las razones de aquel rostro radiante de Don Eneas, quien se limitó a aventar los papeles en un cajón de su escritorio, donde es probable que hasta hoy estén.

Alma fue, por tanto, su primera hija y Julia su nueva razón de vivir. El munícipe se esmeró en secreto en proveerles los medios necesarios para dignificar la casa que habitaban, y como dije antes, sus sólidas ruinas nos sirvieron a los niños de refugio y lugar de juegos por largos años. Sí, el gusto a Julia y a Don Eneas les duró muy poco. Durante una de las impredecibles crecidas del Cipacapan el agua inundó la casa llevándose todo, incluso a Julia, que seguramente perdió la vida tratando de salvar la de su hija. El munícipe halló a Alma en medio de la destrucción, llorando en lo alto de un tapanco que la corriente no alcanzó a arrastrar. Devastado por la pena de esta nueva y definitiva pérdida, y para sorpresa de muchos, Don Eneas apareció esa tarde en el pueblo con una niña desconocida en brazos. Nadie hubiera podido adivinar el torrente de lágrimas que se agolpaban por salir de los ojos de aquel hombre, llanto que supo contener por puro manejo de imagen pública y que no podía justificar ante la gente tras la pérdida tan poco sonora de su esposa Tricia. El presidente municipal presentó a la niña como la sobreviviente de una tragedia, la más dolorosa de todas, y la dejó al cuidado del dispensario parroquial, encargándose personalmente de todos los gastos y dejando claro que en lo futuro nada debería faltarle. Días después Don Eneas se negó rotundamente a ser el padrino de bautismo de su

propia hija, pero extrañamente se empeñó en su nombre fuera Alma. Desde luego, nadie se opuso a su sugerencia .

Es seguro que el gordito desconocía esta historia. En consecuencia, la perseverancia del Detective se basó en la idea de que el munícipe no lo quería por razones de trabajo. Pero no fue su única necesidad. Era posible que en medio de su afán por encontrar un nuevo santo patrono los ignorantes habitantes de Cuetzpaltenango ya se hubieran conformado con no saber quién había quemado la iglesia, pero no él. Con Alma a su lado tuvo nuevas fuerzas y orgullo para tratar de reconstruir los hechos, a pesar de que Don Eneas le prohibiera el acceso a los datos de la investigación.

Edmundo Santisteban fue tan insistente, y preguntó tantas cosas y a tanta gente, que una buena tarde, sin anuncio alguno, el mismísimo munícipe se presentó en mi casa con el mal pretexto de pagar mis servicios. Para ello me extendió la mano con un sobre grueso y sellado, indicándome solemnemente que mi trabajo había concluído. La visita me pareció tan injustificada como inútil hasta que noté que lo que en realidad hacía Don Eneas era mirar todo el tiempo por encima de mis hombros hacia el interior de la casa. Como cosa rara, vi también que el indignado funcionario traía su pistola metida entre el pantalón y la camisa, sobresaliéndole por debajo de su barriga. Mi alarma creció

cuando el gordito apareció a mis espaldas y vi encenderse en los ojos de Don Eneas un odio inconcebible. Apartándome con su manaza, y usando la otra para encañonar al Detective, dijo con una voz espantosa, que a duras penas alcanzó a cruzar entera entre sus dientes:

—Licenciado Santisteban, ha hecho usted caso omiso de mis atentos consejos. De una vez le advierto que esta es su última oportunidad para largarse de mi pueblo antes de que le suceda un accidente. Sépase usted que cuando yo pido algo en Cuetzpalténango es para que se cumpla de inmediato. No sólo no tiene ya nada que hacer en este lugar, sino que recuerdo haberle exigido que se alejara de Alma, y créame que no me gusta ni tantito la forma en que me ha ignorado. Nada más le digo que si mañana anda todavía por aquí, lo haré matar como a un perro y no habrá nadie en este mundo que pueda reconocer lo que quede de usted, así que

Don Eneas se había detenido al ver a Alma, prácticamente una copia al carbón de Julia, entre el cañón de su pistola y Edmundo Santisteban. El furioso munícipe no estaba al tanto de que, aunque su hija seguía viviendo en la casa parroquial, pasaba mucho tiempo en la mía, al lado de su novio y de quienes ya nos considerábamos sus amigos. El arma temblaba peligrosamente con la mano del presidente municipal, cuyo rostro había adquirido una expresión de furiosa impotencia que daba la impresión de

contener un odio indescriptible. Alma alzó entonces la voz, sin piedad y con extraordinaria firmeza.

—¿Quién se cree usted, miserable, para decidir lo que haga yo con mi vida? ¿eh? ¿quién se cree que es para venir a amenazar a la gente decente?

—Yo soy tu padre— contestó Don Eneas con lo que le quedaba de fuerza —Quítate de enfrente.

—Usted no es nadie. Usted es un cobarde y un ladrón. Vergüenza le había de dar andar haciendo estos papelitos a su edad, escudado en una pistola que ni siquiera se atrevería a disparar.

Don Eneas pareció dudar, pero nuevamente levantó el arma hacia la pareja.

—Sí me atrevo. No me tientes, Alma, o no respondo. Te ordeno que te hagas a un lado.

—A mí no me ordena usted nada ni me convence con sus discursitos y sus amenazas— dijo Alma acercándose a Don Eneas, desafiante —Si no nos va a matar, lárguese ahora mismo antes de que todo el pueblo se entere de la clase de pobre diablo mentiroso que ha tenido como gobernante. Pero antes tenga la amabilidad de decirme ¿Toda la vida ha sido usted así de cobarde?

Estoy seguro que Don Eneas habría querido decir muchas cosas más, pero no pudo. Ni siquiera fue capaz de dejar caer una lágrima, aunque las vimos corroer sus ojos inyectados de sangre. Su último acto fue tragárselas y bajar

el arma mientras nos miraba pretendiendo no haber sentido aquel terrible golpe a su dignidad. La lluvia comenzaba a caer cuando el demolido munícipe se dio la vuelta y se alejó con la mirada fija en el suelo lodoso de las calles que nunca acabó de hacer empedrar. Su silueta ya se había perdido cuando momentos más tarde, al cerrar la puerta, le eché un ojo satisfecho al contenido de mi sobre y dejé que Alma y Edmundo Santisteban se fundieran en un abrazo silencioso. Como pude me escurrí para reunirme con Atanasio, que por estar en la cocina preparando uno de sus horribles pollos para la cena, y algo más apetecible para mí, no había escuchado ni una palabra de lo sucedido.

Por aquellos días perdió también el Detective el interés por la *Gesta Heroica de Cuetzpaltenango*, convencido de que contenía puras cosas improbables y que a él de nada le servían. Retomando su fuerza original, volvió a tener un período de pláticas en voz alta consigo mismo, de las que fuimos víctimas Alma, Atanasio y yo, aunque nada relevante pareció haber conseguido con ellas. Creo que sin tanta pasión, y con un poco más de atención a la historia, el gordito hubiera adivinado tarde o temprano que el sabotaje de los alambres en la iglesia no era nada nuevo; que databa de ese tiempo en el que yo ni siquiera conocía a Lilia, cuando me obligaron a restaurar el retablo de madera del infame San Filemón y yo, vengativo, tuve a

bien instalarle el foquito rojo que nunca nadie, para mi desgracia, quiso o intentó encender en casi veinte años. Tal vez fue la misma Lilia quien en un momento de desesperación accionó el interruptor del nicho del protector del pueblo, asustada por el encierro en la iglesia y los fanáticos canturreos de las beatas, que estaban lejos de imaginar que muy pronto Cuetzpaltenango se quedaría sin ellas, sin santos y sin alguien que pudiera decirme, de una vez por todas, qué diablos le había pasado al pobre Caupolicán.

*En Coyoacán, julio de 2002*

## Eres libre de:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

## Bajo las condiciones siguientes:



**Atribución.** Debes reconocer la autoría de la obra en los términos especificados por el propio autor o licenciante.



**No comercial.** No puedes utilizar esta obra para fines comerciales.



**No Derivadas.** No está permitido que alteres, transformes o generes una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.